

1ª, 2ª, 3ª Juan (5ª parte)

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD
PARA HOY
UNA ESCUELA DE
PREDICACIÓN IMPRESA**

Tomo 26, N.º 7

**1ª, 2ª, 3ª JUAN
(5ª PARTE)**

**Autor:
Duane Warden**

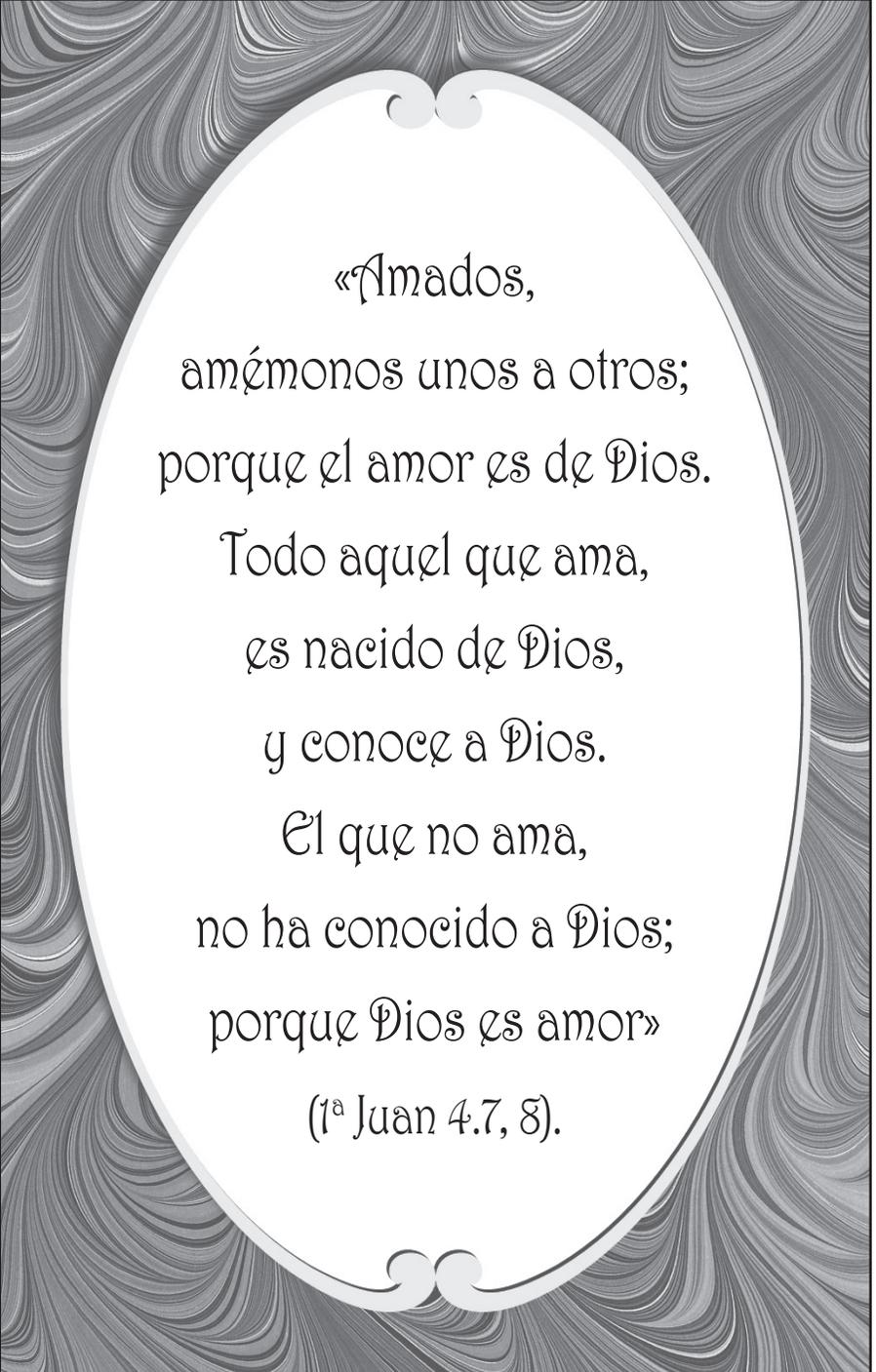
Lecciones para hoy
de 1ª Juan 3 3

Dios es amor
(1ª Juan 4) 20

Lecciones para hoy
de 1ª Juan 4 33

Cómo vencer al mundo,
1ª parte (1ª Juan 5) 44

**EDDIE CLOER, editor
2209 Benton Street
Searcy, AR 72143 - EE.UU.**



«Amados,
amémonos unos a otros;
porque el amor es de Dios.
Todo aquel que ama,
es nacido de Dios,
y conoce a Dios.
El que no ama,
no ha conocido a Dios;
porque Dios es amor»
(1ª Juan 4.7, 8).

El amor supremo

«Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: que nos amemos unos a otros; no como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué lo mató? Porque sus obras fueron malas y las de su hermano justas; hermanos, no se extrañen si el mundo los odia. Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. El que no ama, permanece en la muerte. Todo el que odia a su hermano es homicida; y sabes que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él. Conocemos el amor por esto, que dio su vida por nosotros; y debemos dar nuestra vida por los hermanos. Pero el que tiene los bienes del mundo y ve a su hermano en necesidad y cierra su corazón contra él, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad» (1ª Jn 3.11–18).

La Biblia usa muchos contrastes cuando nos habla del relato de Dios y el hombre. Algunos de estos contrastes descriptivos son «hijos de la luz» versus «hijos de las tinieblas»; «hijos de Dios» versus «hijos del diablo»; y aquí Juan usó «amor» versus «abhorrecimiento». Los contrastes en la vida nos ayudan a comprender el verdadero significado de la misericordia de Dios. El mundo nunca había conocido el verdadero amor de Dios. De hecho, no había forma de que fuera testigo del verdadero amor hasta que Jesús lo demostró en Su vida y muerte. Jesús demostró el amor superior cuando «dio su vida por nosotros» (1ª Jn 3.16). No es de extrañar que Juan se refiriera al amor como el nuevo mandamiento (1ª Jn 2.7), porque nadie había demostrado antes el verdadero significado de este amor que Jesús nos dio.

EL AMOR SUPREMO: MANIFESTADO EN CRISTO

Juan declaró: «Por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él» (1ª Jn 3.1b). No esperamos que el mundo comprenda el amor supremo y la

vida que engendra. El foco del mundo está en otra parte. Es egoísta. La nueva vida de Cristo se centra en Jesús y en los demás. En lugar de mirar hacia adentro, miramos hacia afuera. Por eso el mundo nos aborrece. Amenazamos su complacencia. Juan dijo que la vida que está en Cristo hace que nos cuidemos los unos a los otros lo suficiente como para darnos el uno al otro.

Jesús demostró cómo es el amor genuino y supremo. Supone una «entrega» total. El Nuevo Testamento enfatiza este nuevo concepto (*agape*) de manera extensa. Mi deseo es recordarle cuatro características distintas de este amor único. Primero, *tiene su fuente real en Dios* (vea 1ª Jn 4.16). En ese pasaje, Juan dijo que «Dios es amor». En segundo lugar, *es totalmente desinteresado*. Jesús lo demostró cuando «puso su vida por nosotros» (1ª Jn 3.16). En tercer lugar, *es completamente inmerecido*. Pablo escribió que «siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Ro 5.8b). Cuarto, *se extiende a todo el mundo*. En Juan 3.16, leemos que «de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». El que crea, vivirá. Pablo escribió: «y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2ª Co 5.15).

Si somos cristianos, no solo dejaremos que este amor supremo sea demostrado por Cristo; imitaremos este amor en nuestras propias vidas. Juan dijo que así como Cristo dio Su vida, también nosotros debemos entregar nuestras vidas a Cristo y a nuestros hermanos (1ª Jn 3.16).

EL AMOR SUPREMO: LA FUENTE DE VIDA

La humanidad siempre ha buscado la forma de prolongar la vida. Los médicos buscan constantemente
(Continúa en la página 51)

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, www.americanbible.org. LA VERDAD PARA HOY © 2022 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU. www.biblecourses.com

Lecciones para hoy de 1ª Juan 3

Cómo ser un hijo de Dios (3.1)

«Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él» (3.1). Cualesquiera que sean los cambios e incertidumbres de la vida, las tragedias que surjan, por muy decepcionado que pueda estar un cristiano, por muy aterrador que parezca el mundo, Juan ofreció seguridad. Este es el simple hecho al que se aferran los creyentes: Por su gracia nos hemos hecho hijos de Dios.

En cierto sentido, todo ser humano es hijo de Dios; pero Juan estaba haciendo una afirmación que va mucho más allá del hecho de que Dios ha creado la raza humana. Juan estaba escribiendo sobre una relación que él y sus lectores compartían con Dios, una relación que fue hecha posible porque Dios se acercó para salvar a la humanidad por medio de Su Hijo. Porque Jesús ha venido, ser hijo de Dios es participar de una nueva creación: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2ª Co 5.17); «y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad» (Ef 4.23, 24).

Es difícil leer las palabras de Juan, «Somos hijos de Dios», o de Pablo arriba sin pensar en aquellos que creen que los seres humanos no son más que productos accidentales de un universo inconsciente. Si ese fuera el caso, la vida sería vana y sin esperanza. Dios permite que un ateo crea lo que elija creer. Sin embargo, ningún incrédulo puede sermonear a nadie sobre la ética o sobre lo que él llama el bien y el mal.

Si ser humano no quiere decir más que ser otra forma de vida en el planeta, la moralidad es tan ajena para las personas como para un armadillo.

Aquellos que dicen que la preservación de la raza requiere sistemas éticos no cuentan con buenos alegatos. ¿Con qué criterio han decidido que la preservación de la raza humana es algo bueno, o que la preservación del mundo en sí es algo bueno? A menos que Dios haya incorporado valores en la estructura del mundo, no hay valores. El ateo tendrá que afrontar las consecuencias de su incredulidad.

Duane Warden

Llegar a ser como Él (3.2)

Mientras que los cristianos viven en un mundo cambiante, inestable e incluso aterrador por el momento, Juan declaró que llegará el momento para los hijos de Dios en que serán partícipes de la semejanza de Jesús (3.2).

El Nuevo Testamento afirma con seguridad que Dios ha tomado al Cristo resucitado para que esté a Su diestra, pero hay más. Debido a que Jesús pagó el precio por el pecado, los que están en Él pueden esperar confiadamente unirse a Él en el último día, cuando Él regrese. Para los primeros cristianos, el regreso del Señor era una cuestión de expectativa diaria. Pablo cerró la primera carta a los creyentes corintios con la frase aramea «*Maranata*», que quiere decir, «El Señor viene» (1ª Co 16.22). No en arameo sino en griego, Juan terminó el Apocalipsis con la frase «sí, ven, Señor Jesús» (Ap 22.20). La vida eterna con el Señor nunca está lejos de las mentes de aquellos a quienes Dios ha llamado Sus hijos.

Duane Warden

La marca de la vida santa (3.3)

«Y todo el que tiene esta esperanza puesta en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro» (3.3). La esperanza que Juan puso ante sus lectores fue la aparición del Señor al final de la presente era.

La motivación. En el Nuevo Testamento, la

anticipación del regreso del Señor es presentada como la mayor motivación para una vida santa. Su regreso no constituía una simple cuestión de curiosidad entre los primeros cristianos. El regreso del Señor para ellos constituía un incentivo para una vida piadosa. Pedro dijo: «Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir...!» (2ª P 3.11).

El modelo de justicia. Juan no solo llamó a los cristianos a ser piadosos, también les presentó a Jesús como el estándar de justicia. Jesús es el ejemplo, el modelo de conducta ética que agrada a Dios (1ª Jn 2.6). Saber que Cristo vendrá nuevamente, anticipar que vendrá pronto, le da una nueva perspectiva a la urgencia de una vida fiel. Vivir fielmente quiere decir vendar las heridas del prójimo, alimentar a los hambrientos y preocuparnos cuando un amigo tiene problemas. La iglesia implica participación en la comunidad del pueblo de Dios.

Una comunidad significativa. Aquellos que dicen o piensan algo similar a «¡Cristo, sí! ¡La iglesia, no!» simplemente malinterpretan qué es la iglesia. La iglesia es gente cristiana. Ser parte de la iglesia es compartir en comunión. Tiene todas las recompensas, riesgos y frustraciones de convivir con personas. Juan afirmó: «Somos hijos de Dios» (3.2). Anteriormente había hablado de nuestra «comunión unos con otros» (1.7). No puede haber comunidad del pueblo de Dios, ni iglesia, a menos que los cristianos tengan una confesión que los mantenga unidos y una vida común en la que se apoyen mutuamente.

Una vida espléndida. Juan fue muy claro en que Dios busca el corazón de Su pueblo (3.19–21). Si el corazón del creyente es justo, como resultado, hay fidelidad a Dios. El reunirnos y adorar son señales de la condición del corazón del creyente. Cuando Juan le pidió a sus lectores pureza, sin duda tenía más en mente que adorar en el día del Señor. Vivir como vivió Jesús compromete a toda la persona en todo lo que implica la vida santa y piadosa. Al mismo tiempo, podemos decir que la fidelidad en la asistencia a los servicios de adoración abarca una vida de pureza.

Duane Warden

Cómo superar la práctica del pecado (3.9)

Como cristianos, no solo tenemos la victoria sobre la culpa del pecado, también tenemos la victoria sobre la práctica del pecado. ¿Hasta qué punto? ¿Pueden los cristianos evitar por completo el pecado? Esto nos lleva a una pregunta contro-

versial: ¿Es posible que un cristiano peque?

Varios versículos de 1ª Juan parecen decir que un cristiano no puede pecar: «Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido» (1ª Jn 3.6); «Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él;¹ y no puede pecar, porque es nacido de Dios» (3.9); «Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado» (5.18a).

Algunos interpretan las palabras de manera literal. Creen que una vez que una persona es salva, siempre lo será. Según esta interpretación, un cristiano no puede pecar de tal manera que pierda su salvación eterna. Los partidarios de esta doctrina usan estos versículos para tratar de probar que un verdadero cristiano no peca. ¿Qué pasa si alguien que parece ser cristiano peca? Su respuesta es que el pecado es simplemente una prueba de que la persona que pecó no era realmente un cristiano, aunque parecía serlo.

¿Es imposible que un cristiano peque? ¿Tienen razón estas personas? ¿Es imposible que un cristiano peque? Las siguientes consideraciones hacen que esa explicación sea poco probable.

Primero, decir que es imposible que un cristiano peque es contrario a la experiencia. Nosotros, que somos hijos de Dios, sabemos que hemos pecado y estamos bastante seguros de haber conocido a otros que eran verdaderamente cristianos y, sin embargo, todavía pecaban. También va en contra de la experiencia de los cristianos en tiempos bíblicos; tenemos numerosos ejemplos del Nuevo Testamento de discípulos pecando.²

En segundo lugar, hace que gran parte del Nuevo Testamento carezca de sentido, ya que gran parte del mismo fue escrito para instar a los cristianos a no pecar.

En tercer lugar, contradice muchos pasajes de la Biblia que enseñan que es posible que los cristianos

¹ Según J. W. Roberts, el significado de «la simiente de Dios permanece en él» no está claro. Algunos piensan que «la simiente de Dios» es igual a «la naturaleza de Dios» (RSV), que los cristianos toman sobre sí mismos en el momento de su conversión. Algunos ven «simiente» como «descendencia», algunos equiparan la «simiente» con el Espíritu Santo (aunque Roberts dijo que no hay evidencia bíblica para esta interpretación), y otros interpretan la «simiente» como la Palabra de Dios (vea Lc 8.11; 1ª P 1.23). (J. W. Roberts, *The Letters of John [Las cartas de Juan]*, The Living Word Commentary [Austin, Tex.: R. B. Sweet Co., 1968], 85.)

² Veá, por ejemplo, el caso de Simón el mago (Hch 8.12–24).

pequen de tal manera que se pierdan eternamente.³ El Nuevo Testamento enseña consistentemente la posibilidad de apostasía.

El mayor problema de interpretar estos pasajes de manera literal y creer que es imposible que un cristiano peque es que tal interpretación haría que Juan se contradijera a sí mismo. Dijo en 1.8: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros». Escribió en 1.10: «Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros». Juan dijo que los cristianos pecan.

¿Qué quiso decir Juan? Escribió que «Todo aquel que permanece en él, no peca» (3.6a), «Todo aquel que es nacido de Dios, no practica pecado» (3.9a), y «todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado» (5.18a). Dado que Juan dijo que los cristianos pueden pecar, el sentido común sugiere que Juan quiso decir algo similar a «Los cristianos no pecan constantemente; el pecado no es el patrón habitual de sus vidas». Esa interpretación se ve reforzada por el hecho de que los verbos en los tres versículos están todos en tiempo presente, un tiempo que sugiere acción continua. El cristiano fiel no continúa pecando ni permite que el pecado sea una práctica habitual. Esta idea está bien expresada en la ESV, que consigna: «Nadie que permanece en él, sigue pecando» (3.6a); «Nadie nacido de Dios practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en Él; y no puede seguir pecando, porque ha nacido de Dios» (3.9); «Sabemos que todo el que ha nacido de Dios no sigue pecando» (5.18a).

¿Cómo es posible que nosotros, como cristianos, evitemos continuar en el pecado? Si bien se requiere algo de nosotros, podemos evitar pecar solo con la ayuda de Cristo.

¿Qué hace Cristo por nosotros? Leemos en esta epístola acerca de cómo los cristianos pueden vivir con justicia: Según 5.18, «todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado [de manera habitual]; pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda». Jesucristo, Aquel que originalmente fue «engendrado por Dios», nos guarda. Él nos capacita para no «seguir pecando». Nuevamente, en 3.8b, vemos que Jesús vino «para deshacer las obras del diablo». Jesús entró en el mundo para darnos la victoria sobre las tentaciones que el diablo pone en nuestro camino, haciéndonos pecar. Luego, en 3.9a, Juan dijo: «Todo aquel que

es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él». Cualquiera que sea esa «simiente», ha sido proporcionada por el Señor y nos permite vivir para Cristo en lugar de vivir en pecado.

Estos pasajes sugieren que podemos —y tenemos que procurar— ser victoriosos sobre la práctica del pecado. Sin embargo, no podemos lograr esa victoria por nosotros mismos. Podemos tener la victoria sobre la práctica del pecado gracias a Cristo. En 4.4, leemos: «Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo». Podemos vencer al mundo y el pecado que hay en el mundo gracias a Cristo. Mayor es el que está en nosotros, es decir, Jesucristo, que todos los que están en el mundo.

¿Qué tenemos que hacer? Para tener la victoria sobre la práctica del pecado, tenemos que esforzarnos de manera diligente para hacer la voluntad de Dios y vencer el pecado en nuestras vidas. A lo largo de su primera epístola, Juan instó a sus lectores a no pecar. Les escribió para que no pecaran (2.1a). Los animó a andar en luz, no en las tinieblas del pecado (1.6, 7). Les dijo que no debían amar (ni participar en) las prácticas pecaminosas (2.15–17). Los animó a practicar la justicia (2.29). Luego, en 1ª Juan 3, nos dio cuatro razones para evitar el pecado y vivir con justicia.

1) Evite el pecado debido a nuestra esperanza futura (3.1–3). Estos versículos afirman que, cuando Cristo regrese, «seremos como él» (3.2b). Dado que tenemos esa esperanza, nos purificaremos «como él es puro» (3.3b) para hacernos aptos para ser aceptos en Su compañía cuando Él regrese.⁴

2) Absténgase de pecar debido a nuestra relación con Dios (3.4–10). Juan contrastó dos grupos de personas y sus formas de vida en este pasaje. Por un lado, algunos son «los hijos de Dios» (3.10a). ¿Cómo viven? No pecan habitualmente, sino que «hacen justicia» (3.10b). Por otro lado, algunos son «hijos del diablo» (3.10a). ¡Practican el pecado! Juan estaba enfatizando que, dado que somos hijos de Dios y no del diablo, es inapropiado que sigamos pecando. Por nuestra relación con Dios, porque

⁴ Primera de Juan contiene varias referencias a la enseñanza de las últimas cosas (escatología). Juan habló de la «última hora» (2.18), de la segunda venida de Cristo (1ª Jn 2.28; 3.2), del juicio (4.17) y de la naturaleza transitoria de este mundo (2.17a). En contraste, también declaró que los cristianos vivirán para siempre (2.17b) y tendrán vida eterna (2.25).

³ Veá, por ejemplo, Ga 5.4; He 6.4–6; Stg 5.19, 20.

somos Sus hijos, debemos vivir con rectitud y abstenernos de pecar. Afirmar ser justo mientras se peca y se vive sin ley sería ridículo.

3) Evite el pecado y viva con rectitud debido a nuestras relaciones con los demás (3.11–18). Quizás el peor tipo de pecado, a los ojos de Juan, es la falta de amor. Dijo que si aborrecemos a nuestros hermanos, somos culpables de homicidio (3.15). Por lo tanto, debemos evitar el pecado y vivir con rectitud amándolos. Debido a nuestras relaciones con los demás, practicaremos la justicia amándonos.⁵ Evitaremos pecar contra ellos.

4) No peque por nuestras bendiciones presentes (3.19–24). En estos versículos, Juan dijo que tenemos estas bendiciones presentes, a saber: confianza en que somos aprobados por Dios (3.21, 22); seguridad en la oración contestada (3.22); la promesa de que Dios permanece en nosotros (3.24b);⁶ el Espíritu Santo que mora en nosotros y que el Señor ha dado a Sus hijos (3.24b).

Dado que tenemos las promesas de Dios, no debemos pecar; o, como dijo Juan, debemos «[guardar] sus mandamientos» (3.22b), «[hacer] las cosas que son agradables delante de él» (3.22c), «[creer] en el nombre de su Hijo Jesucristo» (3.23b) y «[amarnos] unos a otros» (3.23c).

Conclusión. Podemos vencer la práctica del pecado por medio de Cristo; podemos vivir la vida cristiana de manera victoriosa, sin practicar el pecado de manera habitual. Sin embargo, que lo hagamos o no, no depende completamente del Señor. Tenemos que esforzarnos en lo posible por hacer la voluntad de Dios, para «andar en luz» (1.7). Si damos lo mejor de sí, Dios nos permitirá ganar la victoria sobre el pecado en nuestras vidas.

Coy Roper

Cómo superar la culpa del pecado (3.21, 22)

El nombre de una tira cómica de un periódico popular es «The Born Loser» (Nacido perdedor). A muchos les gusta porque pueden identificarse con el personaje principal. Las cosas salen mal, el éxito es evasivo y surgen problemas. A veces nos preguntamos: «¿Podré ganar alguna vez?».

La buena noticia para mí y para otros que a

⁵ Veá Stg 2.14–17.

⁶ Juan repitió la idea de que el Espíritu Santo es evidencia de nuestra comunión con Dios en 4.13. Anteriormente, en 2.20, 27, probablemente se estaba refiriendo al Espíritu Santo cuando habló de que los cristianos tenían una unción de Dios. El don del Espíritu Santo del que se habla en estos pasajes es la morada del Espíritu (vea Ro 5.5; 8.13, 26; Hch 2.38; 5.32; Ga 4.6; 2^a Ti 1.14). (Roberts, 100–01.)

veces se sienten perdedores es que la victoria es posible. Podemos ser, como dijo Pablo, «más que vencedores por medio de [Cristo]» (Ro 8.37). Juan, en su primera epístola, testificó en 5.4, 5: «Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?».

¡Podemos «vencer al mundo»! Dado que el mundo es equiparado con el pecado en 2.15–17, Juan estaba diciendo que podemos vencer el pecado. El mensaje grato de 1^a Juan es que los cristianos pueden experimentar la «victoria sobre el pecado».

Por medio de Cristo, podemos vencer la culpa del pecado. El Nuevo Testamento enseña que ofendemos a Dios cuando pecamos y por eso nos volvemos culpables delante de Él. Nuestro pecado nos separa de Dios (Is 59.2; vea Ef 2.12). Sin embargo, el Nuevo Testamento también enseña que, por medio de Cristo y Su sacrificio, nuestros pecados pasados pueden ser perdonados. Enseña que cuando los cristianos pecan, esos pecados también pueden ser perdonados.

La culpa de los pecados pasados. En 1^a Juan 3.5, se nos dice que Cristo «apareció para quitar nuestros pecados». En 3.16, leemos que Jesús «puso su vida por nosotros». Dios envió a Su Hijo al mundo «para que vivamos por él», porque Él es la «propiciación por nuestros pecados» y «el Salvador del mundo» (4.9, 10, 14). Juan dijo que Jesús se convirtió en «la propiciación por nuestros pecados» (2.2). En consecuencia, sabemos que nuestros «pecados [...] han sido perdonados» (2.12).

Por lo tanto, como cristianos, fuimos perdonados de nuestros pecados por la gracia de Dios cuando nos convertimos en Sus hijos por la fe (5.1). La fe es el primer y más básico requisito para ser perdonados. Juan dijo: «y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe» (5.4b).

Por supuesto, la fe, en el sentido de aceptar la idea de la divinidad de Jesús, no es todo lo que hace que una persona sea un hijo de Dios. Sus pecados son perdonados únicamente cuando la aceptación de la deidad de Jesús de parte del pecador lo lleva a obedecer al Señor arrepintiéndose de sus pecados y siendo bautizado en Cristo (Hch 2.38).

La culpa de los pecados presentes. Además de proporcionar victoria sobre la culpa de los pecados pasados, Jesús proporciona la victoria sobre la culpa de los pecados presentes de aquellos que son Sus discípulos. Si pecamos, «abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo» (1^a Jn 2.1).

Además, cuando «andamos en luz como él está en luz [...] la sangre de Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado» (1.7). Además, cuando «confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1.9).

Nosotros como cristianos necesitamos creer que Jesús, por Su sangre, perdona nuestro pecado. Si nos arrepentimos de nuestros pecados, pero todavía nos sentimos culpables, demostramos que dudamos de la capacidad o disposición de Dios para hacer lo que Él ha dicho que hará. Después de haber buscado el perdón, no debemos dejar que nuestra culpa nos agobie con remordimiento. ¡Los cristianos pueden seguir teniendo la victoria sobre la culpa del pecado!

Conclusión. Jesús vino a proporcionarnos una manera de vencer el pecado. Él compró y pagó esta manera con Su propia sangre. Su gran salvación es una realidad para cualquiera que se acerque a Él por medio de la obediencia al evangelio y anda en la Luz.

Coy Roper

Los dones del amor de Dios (3.1–3)

Cada persona tiene dos necesidades internas profundas: necesita una fe para vivir el hoy y una esperanza con la cual anticipar el futuro. Si alguna de estas bendiciones divinas falta en nuestras vidas, estaremos inquietos, inseguros e inadecuados para las exigencias de la vida. La fe y la esperanza son esenciales para una vida abundante y victoriosa.

Primera de Juan 3.1–3 nos recordará la relación del cristiano con Dios y el futuro. Estas palabras de Dios están llenas de aliento para el verdadero creyente. En Jesús, tenemos el poder divino para la rutina diaria de la vida y una esperanza gloriosa y viva para el futuro.

Regocijémonos en las ricas provisiones en Cristo para nuestras profundas necesidades mientras examinamos las bendiciones que se nos otorgan por medio del amor de Dios.

Un privilegio supremo. Por medio de su amor, Dios nos ha dado un privilegio supremo. Juan exclamó: «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios» (3.1a). ¡Somos hijos de Dios!

El cristiano ha recibido un otorgamiento especial del amor de Dios. Éste ha manifestado Su gran amor para con nosotros haciéndonos Sus hijos. Solo aquellos que han respondido con fe a Su Palabra han recibido este derramamiento único de amor. No debemos ser arrogantes ante este exaltado

privilegio; debemos ser agradecidos y humildes.

Jesús usó un argumento de «mucho a más» en Mateo 7. Contrastó el amor y la preocupación de un padre terrenal con el amor y la preocupación de nuestro Padre celestial. Dijo: «Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?» (Mt 7.11). ¡Cuánto más grande es nuestro Padre celestial que cualquiera de nuestros padres terrenales!

La próxima vez que se queje de su difícil situación en la vida, deténgase y piense en los privilegios que como hijo son suyos. Cuando esté desanimado, deje que esta verdad lo eleve; cuando tenga temor, deje que esta verdad le consuele; cuando esté solo, haga suya esta verdad en su corazón.

Una perspectiva gloriosa. Por medio de Su amor, Dios también nos ha dado una perspectiva gloriosa. Juan afirmó que seremos como Jesús. Escribió: «aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es» (3.2). No sabemos qué nos depara el futuro, sin embargo, sabemos quién nos depara el futuro.

¿Dónde podría encontrarse una declaración más concisa sobre el futuro del cristiano que en el presente versículo? Juan acentuó lo que somos. Dijo: «Amados, ahora somos hijos de Dios» (3.2a). Anunció lo que deberíamos anticipar, diciendo: «sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es» (3.2b).

El versículo 2 debería aliviar nuestros temores sobre el futuro desconocido. El compañerismo con Jesús elimina nuestros celos. Un granjero estaba visitando a su vecino. El perro del granjero comenzó a rascar la puerta de entrada del vecino. Ese perro nunca antes había estado en la casa del vecino. El interior de la casa era algo muy desconocido para él. Sin embargo, sabía que su amo estaba dentro. Estaba ansioso por entrar a la casa para estar con él. La presencia de su amo eliminó su temor a las circunstancias desconocidas. De la misma manera, no le tememos al futuro porque sabemos que estaremos con Jesús, nuestro amado Salvador.

Dé gracias a Dios por su futuro. No se concentre en las circunstancias desconocidas del futuro; concéntrese en conocer a Su Señor. Cuando se arrodille para orar, agradezca a Dios por la seguridad que tiene con respecto a la eternidad. Por la gracia de Dios, usted ha sido liberado del temor y el pavor de la muerte.

Un poder interior. Dios nos ha dado poder interior por medio de Su amor. La emocionante esperanza de algún día llegar a ser como Jesús proporciona un poder motivador para una vida justa. La esperanza en el corazón tiene un efecto purificador sobre la vida. Juan dijo: «Y todo el que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro» (3.3).

La esperanza del cristiano no es un deseo insípido. Es una expectativa basada en la revelación. Es viva y vibrante, verdadera y resistente. La persona de este versículo es un hijo de Dios que tiene la esperanza de que Jesús vive activamente en su corazón. El poder de este versículo es el poder de la auténtica esperanza. El propósito de este versículo es el de volverse puro como Él es puro.

La anticipación crea determinación. Nadie es más patético que una persona sin una motivación genuina. La vida sin esperanza es como un barco sin vela. La vela atrapa el poder de la naturaleza, transformando el barco en una embarcación productiva. El barco utiliza el poder del viento para el servicio y llegar a un fin. La esperanza bendita de estar con Jesús impulsa al cristiano a adquirir el poder de Dios para vivir victorioso. El cristiano es motivado a evitar el mal y hacer el bien por la esperanza que desborda en su corazón.

Los cristianos fieles tienen un poder dinámico dentro de ellos. Deje que cale en usted y le impulse. Medite a menudo sobre su esperanza en el futuro. Deje que le atrape; deje que se hunda en el centro mismo de su vida. Viva como una persona destinada al cielo. Deje que su esperanza le impulse a imitar a Jesús.

Conclusión. Ningún cristiano debería llevar una vida espiritual al nivel de la pobreza. Somos miembros de una familia real, la familia de Dios. Nos espera una tremenda transformación en el futuro cuando nos encontremos con nuestro Salvador. Tenemos incentivos santos para ser puros y justos. Tenemos fe para hoy y esperanza para el mañana.

Una persona pobre de otro país quería venir a los Estados Unidos. Tenía un trabajo mal pagado y le era difícil ahorrar dinero. Sin embargo, durante un largo período de tiempo, logró ahorrar suficiente dinero para un boleto de barco a los Estados Unidos. Estaba decidido a lograrlo. Empacó galletas saladas, queso y agua para comida. Subió al barco y encontró un rincón. Extendiendo su camastro, se preparó para el largo y arduo viaje. Los días de viaje pasaron lentamente; pero finalmente, la

costa de los Estados Unidos estaba a la vista. Su sueño estaba a punto de realizarse. Mientras comía su último trozo de queso, un pasajero lo vio y se dejó decir desconcertado: «¿No sabías que tu boleto incluía una linda habitación y deliciosas comidas?». ¡Un pasajero de pleno derecho estaba viajando como un polizón!

¿No es así como vivimos a veces los cristianos? ¿Qué tal es su vida? ¿Está viviendo como un hijo de Dios y un alma destinada al cielo? En Cristo, usted tiene una fe con la cual afrontar las pruebas de hoy y una esperanza que borra los terrores del mañana.

Eddie Cloer

Las riquezas de la redención (3.4–9)

¿Cuál es su problema más difícil? ¿La inseguridad? ¿El temor? ¿Relacionarse con las personas? Estos son problemas desconcertantes, pero ¿no son síntomas superficiales de un problema central subyacente?

El pecado es la causa fundamental y origen de toda la miseria y el descontento humanos. Es la enfermedad profunda que causa las irregularidades y anormalidades de la vida. Es el cáncer que produce las llagas en la piel.

El temor, la vergüenza y la culpa surgieron del primer pecado en el paraíso del Edén. Debido a su naturaleza, el pecado es siempre siniestro, nunca útil ni positivo. Para que la felicidad, el contentamiento y la victoria en la vida sean nuestros, el pecado tiene que ser tratado de manera realista, precisa y drástica.

Primera de Juan 3.4–9 describe los resultados de la salvación en la vida del cristiano. La verdadera salvación trae el cielo a nuestros corazones y la corrección a nuestro enfoque corrupto de la vida. La salvación implica una transformación, un nuevo nacimiento.

Mientras estudiamos los resultados de la salvación que se dan en 3.4–9, preguntémonos: «¿Son estos resultados evidentes en mi vida?».

El peso de la culpa es levantado. Cuando se es salvo, los pecados son perdonados. La culpa, simplemente definida, es la condenación que recae sobre nosotros porque hemos transgredido la ley del Señor. Cuando somos plenamente conscientes de esta condenación, nos sentimos derrotados, perdidos y fuera de sintonía con Dios, los demás y nosotros mismos. Sin embargo, aquí están las Buenas Nuevas: Jesús vino a quitar el pecado (3.5).

Juan nos recordó dos grandes verdades acerca de Jesús: Su propósito de venir al mundo y Su

perfección de carácter. La razón de Su intervención en la historia, dijo Juan, está resumida en tres palabras de color escarlata: «quitar los pecados». Estas son palabras que lo abarcan todo y abarcan la totalidad de Su obra redentora. ¡Todo lo que tenía que hacerse se ha hecho! ¡Alabado sea Dios! Cualquiera puede venir a Jesús con las condiciones del evangelio y estar libre de culpa.

Jesús ciertamente califica para ser nuestro Salvador por medio de la perfección de Su carácter. ¿Qué más podríamos pedir? ¡Jesús ofrece perdón del pecado y un modelo perfecto para vivir!

Los psicólogos están de acuerdo en que la culpa es una de las cargas más pesadas de la vida. Puede abrumarnos por completo. Hubo una parodia en la que un hombre se tambaleaba, llevando un pesado saco a espaldas. Estaba cargado hasta el punto de no poder hacer nada más que cargar el saco. Lo detuvieron algunas personas felices y alegres que estaban libres de tal saco. Preguntaron: «¿Qué hay en tu saco?». El hombre respondió: «Esta es mi carga de pecado que debo llevar a lo largo de la vida». Ellos respondieron con asombro: «¿No has oído que Jesús ha quitado nuestra carga de pecado?». El hombre dijo: «Sí, lo he escuchado. Soy cristiano, pero todavía tengo que llevar mi carga de pecado. Aunque me han perdonado, todavía tengo que llevarlo». Estaban abrumados. Dijeron: «Ya no tienes que cargar con tu carga de pecado. Jesús te lo ha quitado. Ese es el verdadero significado del perdón». Algunos cristianos están abrumados por la culpa. Continúan cargando con la carga de la culpa cuando Jesús se la ha quitado.

La libertad de la culpa nos libera para que verdaderamente vivamos en la comunión de Dios. No fuimos perdonados para que simplemente comencemos de cero; fuimos perdonados para que vivamos. La culpa obstaculiza nuestra vida con Dios. Cuando somos perdonados, somos libres para gozar de la presencia de Dios en nuestras vidas.

La esclavitud del pecado es rota. Cuando se es salvo, se es liberado de la tiranía del pecado. Ya no se es víctima de la esclavitud. Juan dijo que aquellos que han entrado en Cristo ya no viven de manera habitual en el pecado. Escribió: «Todo el que permanece, no peca» (3.6a). El cristiano ha sido liberado del poder y del castigo del pecado.

He aquí un pasaje que da abundantes pruebas de que la salvación rompe la esclavitud del pecado. Juan dio una descripción vívida de las personas sobre las que escribió: Estaban permaneciendo en Cristo (3.6); habían visto y conocido a Cristo

(3.6); habían entrado en el camino de la justicia (3.7); habían nacido de Dios (3.9). Su declaración inspirada acerca de estas personas es bastante enfática: no solo dijo que no pecan, también dijo que no podían pecar. El pecado ya no era su forma de vida. Se habían transformado de una manera radical. Sus acciones, apetitos y actitudes estaban centrados en Cristo. El cristiano ha sido maravillosamente redimido de la esclavitud del pecado por el poder de Jesús.

La conversión es algo así como el éxodo. Como el pecador es esclavo de Satanás, los israelitas eran siervos de Egipto. Las condiciones en Egipto eran insoportables; reinaba la miseria. Los capataces eran crueles; el trabajo era imposible. La multitud, bajo el liderazgo de Moisés, salió de Egipto y se acercó al mar Rojo. Moisés dijo: «ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros» (Ex 14.13). Cuando el mar se partió de manera milagrosa, los israelitas cruzaron en tierra firme. Ellos «en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar» (1ª Co 10.2). Los egipcios, en una persecución mortal, se lanzaron al cañón de agua. Fue uno de los mayores enfrentamientos. El poder de Dios, el poder espiritual, estaba cara a cara con el poder de la carne, el poder militar. ¡No hubo quién le hiciera frente! En segundos, el ejército egipcio fue borrado de la historia y desapareció para siempre. Había llegado la liberación divina. La esclavitud de Egipto fue rota una vez para siempre. Los israelitas tenían la libertad de gozar de la comunión y el servicio de Dios.

Asimismo, la conversión a Cristo culmina en el bautismo. Desde el agua, se entra en una nueva vida de comunión y servicio a Dios. Si bien se tiene que continuar dando muerte al mal que volvería a entrar en su vida, la esclavitud del pecado es rota en el momento de la conversión.

Abra sus ojos a la liberación del pecado que goza como cristiano. Esté atento al diablo que intentará recuperar la fortaleza que alguna vez él ocupó. Reemplace los viejos hábitos y costumbres con la nueva y emocionante vida de Cristo. Ahora que el control de Satanás ha sido vencido, ¡viva como un hombre o mujer libre!

El negocio de Satanás es destruido. Cuando se es salvo, el negocio de Satanás es destruido en su vida. La principal razón por la que Jesús vino fue para derrotar al diablo. Juan dijo: «Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo» (3.8). No estamos esperando que ocurra una victoria; estamos disfrutando de la victoria

que ya ha tenido lugar.

La palabra que el Espíritu Santo usó para «deshacer» quiere decir «traer a nada». Jesús ha anulado las metas, propósitos, planes y maquinaciones del diablo en la vida del verdadero creyente. El ministerio terrenal de Jesús constituyó una guerra continua con el diablo. En la cruz, Jesús se enfrentó al diablo en un combate cuerpo a cuerpo en la batalla decisiva. La resurrección anunció al vencedor. Puede que el diablo siga activo; pero mientras se mueva, ¡lleva las cicatrices de batalla de la derrota! No estamos esperando la batalla decisiva; estamos viviendo en el despertar de la victoria.

Un joven le dijo a un predicador: «Le escuché hablar del diablo, pero nunca me he encontrado con él. Nunca me molesta. No tengo el problema que tu tienes con él». El predicador respondió: «¡Es que estás caminando en su mismo rumbo! Date la vuelta y empieza a andar en el rumbo opuesto. Te encontrarás con él de inmediato. El no molestará al hombre que sigue su camino. No es necesario, porque las metas de él ya se están cumpliendo en su vida». El diablo anda como un león rugiente, buscando destruirnos (1ª P 5.8), pero el cristiano tiene que recordar que puede oponerse a él con el poder de Jesús. No necesitamos acobardarnos ante él como soldados tímidos. Más bien, ¡tenemos que permanecer valientes en la victoria de nuestro Señor!

La verdad del triunfo del Señor exige cambios radicales en nosotros. Nuestra actitud ante la vida tiene que ser diferente. Hemos de vivir como vencedores en Cristo, no como víctimas del diablo. Nuestras acciones tienen que ser los golpes audaces de un ganador. La vida ha de vivirse como una celebración de victoria continua. Nuestra agresión al tomar los frutos de la victoria ha de ser evidente para todos. ¡Tenemos que asegurarnos de que todos sean partícipes del triunfo! ¡Jesús ha cumplido Su propósito en venir! ¡La victoria es nuestra! ¡Aleluya!

Conclusión. ¿Son evidentes los resultados de la salvación en su vida? ¿Está usted viviendo en el resplandor de la victoria de Jesús?

Eddie Cloer

El cristiano auténtico (3.10–13)

No vivimos en un mundo fingido y de fantasía. Las responsabilidades de la vida suelen ser pesadas y, a veces, severas. Las tristezas y las desilusiones que enfrentamos con frecuencia se expanden a

cargas del tamaño de un monte. En consecuencia, no debemos aceptar imitaciones baratas de valores reales. No debemos dejarnos llevar por falsificaciones engañosas y de charlatanes. La vida es demasiado seria como para desperdiciarla en una religión plástica que se quiebra cuando se ejerce sobre ella la menor presión. Tenemos que buscar solo lo verdadero, lo genuino.

En 1ª Juan 3.10–13, Juan da algunas características reveladoras del cristiano auténtico. Este pasaje no contiene una lista exhaustiva de las marcas auténticas de un cristiano, sin embargo, las marcas mencionadas son de gran importancia.

Mientras Juan da estas características de un cristiano, pregúntese: «Si alguien viniera a mí con esta lista, ¿me reconocería como un cristiano?».

Mediante su reflejo de Dios. Juan dijo que otros deberían poder identificarnos como cristianos mediante nuestro reflejo justo de Dios. El cristiano es una pequeña réplica de Dios. Juan lo puso en negativo, diciendo: «En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios» (3.10). Incluso el mundo espera que los hijos de Dios demuestren las características de su Padre.

Es posible dividir a los cristianos en dos grandes clases: cristianos teóricos y cristianos prácticos. El cristiano teórico ha obedecido al evangelio y lleva el nombre de Cristo, pero no vive como Dios. Es cristiano solo en teoría. El cristiano práctico les recuerda a otros de Dios. Es un reflejo de Dios. Juan escribió sobre el segundo tipo de cristiano. Dijo que si somos o no hijos de Dios se determina por la forma en que vivimos. El verdadero hijo de Dios lleva una vida justa.

Mientras un soldado caminaba por una calle en una ciudad devastada por la guerra durante una de las grandes guerras, se encontró con un niño que miraba con ojos anhelantes una panadería mientras colocaban panecillos calientes en el mostrador. Conmovido por la escena, el soldado, con una mano amable y un corazón comprensivo, condujo al pequeño al interior. Compró tres o cuatro panecillos, los puso en las manos del niño y dijo con una sonrisa: «¡Que tengas un buen día!». El niño lo siguió mientras el soldado dejaba la panadería y continuaba su caminata. Cuando el soldado se volvió para su último adiós, el niño lo miró y dijo: «Señor, ¿es usted Dios?». Algo en el espíritu, la conmiseración y el servicio de ese soldado le recordó al niño lo que le habían enseñado acerca de Dios. ¿Les recordamos a otros de

Dios? ¿Nos ha dicho alguien alguna vez después de presenciar nuestras actitudes y hechos: «Para mí que eres un hijo de Dios»?

Después de entregarse a Cristo en amorosa obediencia, los cristianos han de vivir como Dios. Pablo dijo: «Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados» (Ef 5.1). Tal imitación implica un esfuerzo consciente de pensar y actuar como Dios. Tenga ante usted la imagen bíblica de Dios. Limpie y modele su vida a semejanza de esa imagen. Recuerde, la imagen concreta de Dios es Jesús. También recuerde, usted es la única imagen de Dios que muchos verán.

Mediante su consideración por sus hermanos. Juan también dijo que los demás deberían poder reconocernos como cristianos por nuestro amoroso respeto mutuo. Explicó concisamente que el cristiano que no ama a su hermano «no es de Dios» (3.10). El nuevo nacimiento crea una nueva familia y, por lo tanto, un nuevo amor familiar. El amor a Dios nos une a todos los hijos de Dios en el calor y la unión de la familia.

El amor fraternal, entonces, constituye una característica esencial del cristiano. El Espíritu Santo enfatiza la importancia de esta virtud de dos maneras señaladas: mediante una declaración y una demostración.

En la declaración del Espíritu, se refirió a la antigüedad del mandamiento del amor fraternal. Dijo por medio de Juan: «Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros» (3.11). La mera antigüedad de este mandamiento debería impactarnos. Desde el comienzo de Su ministerio, Jesús les mandó a Sus discípulos que se amaran unos a otros.

En Su demostración, el Espíritu Santo nos muestra el ejemplo de Caín empapado en sangre. Caín es una ilustración del opuesto del amor: el aborrecimiento. Juan dijo: «No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano» (3.12a). El aborrecimiento nace del diablo. El cristiano no puede participar en el aborrecimiento debido a quién es padre del mismo y sus frutos.

El amor es la base fundamental de la vida cristiana. Jesús trajo una nueva vida, una vida moldeada y motivada por el amor. ¡Un cristiano sin amor es como una sopa de fideos sin fideos!

La palabra «amor» que usa el Espíritu Santo tiene que ver con la voluntad. No es un sentimentalismo. Hemos de tener buena voluntad para con todos los hombres, especialmente con nuestros hermanos en Cristo. El mayor bien de los demás debe

buscarse incluso a expensas de nuestras propias vidas. El espíritu amoroso manifiesta compasión y aceptación para con nuestro hermano al tiempo que lo lleva a caminar más cerca de Jesús.

Pregúntese: «¿Soy una persona cariñosa? ¿Poseo e irradío amor fraternal?».

Mediante su relación con el mundo. Además, Juan dio a entender que otros deberían poder reconocernos como cristianos por nuestra relación distintiva con el mundo. El cristiano es diferente al mundo. Esta diferencia inspira a algunos e irrita a otros. Juan dijo: «Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os aborrece» (3.13).

Una vida justa no solo acusará al mundo, también a menudo lo enfurecerá. La justicia de Abel llenó de envidia la mente oscurecida de Caín. Juan dijo: «¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas» (3.12b). La reacción del mundo a la verdad y la santidad es mixta. Al tiempo que la verdad ablanda algunos corazones, endurece otros.

Un corazón malvado puede incluso volverse violento en su resistencia a la justicia. Las personas a menudo preguntan: «¿Por qué crucificaron a Jesús?». Después de estudiar la vida sin pecado de nuestro Señor, creemos con confianza que todos le amarán y seguirán. ¿Quién lo rechazaría? ¿Quién podría maltratarle? Sin embargo, el mal luchará por vivir en una vida. El mal es persistente y cruel. Jesús y Abel fueron muertos por el mal.

En cada caso, la justicia y el mal chocaron de frente. Algo tenía que ceder. Era la conversión o la calamidad. El buen corazón gravitará hacia la justicia y terminará en conversión; el corazón malo se inclina hacia el mal y termina en calamidad.

Prepárese, entonces, para la reacción del mundo a Su vida justa. Prepárese para la persecución, la cual se presenta de muchas formas. Ore por los que le rodean para que sus corazones sean receptivos al poder de convicción de una influencia justa. Sobre todo, resuelva perseverar en su vida para Dios sin importar la respuesta que venga. El cristiano está en el mundo, pero no es del mundo; es muy distinto del mundo, aunque está profundamente dedicado a ayudar al mundo.

Conclusión. El cristiano auténtico manifestará las marcas auténticas de la justicia. Será un reflejo de Dios ante el mundo. Tendrá una disposición amorosa por sus hermanos. Mantendrá una relación única con el mundo. ¿Hará usted lo mismo? ¿Es usted un cristiano genuino o ficticio?

Para que la vida cristiana signifique algo, ¡tiene

que ser auténtica! La vida victoriosa solo puede surgir de una vida auténtica. Jesús no vino a dar una vida frágil y precaria que se desquebraja cuando es expuesta a la más mínima brisa. La vida que fluye de Él es verdadera, transparente y triunfante.

Eddie Cloer

La voz del amor fraternal (3.14–18)

Usted ha escuchado el viejo adagio, «¡El dinero manda!». El dinero tiene un peso increíble y es un indicador notable. Lo que hacemos con nuestro dinero habla de nuestros valores y convicciones reales.

Sin embargo, el dinero no tiene carácter propio. Extrae su vicio o virtud de la mano que lo tiene. La mano que le da uso refleja la moralidad del alma.

La riqueza no está sola en esto. Muchos objetos, eventos y rasgos hablan. Primera de Juan 3.14–18 dice que el amor fraternal habla. La existencia o inexistencia del amor fraternal dice mucho sobre nuestra devoción a Dios. El contenido y la consagración del corazón no pueden ser ocultados. Lo que hay en el pozo del corazón subirá en el balde del habla y la conducta.

Mire su corazón mientras 1ª Juan se refiere a lo dicho por el amor fraternal acerca de vivir para Cristo.

De nuestra conversión a Cristo. El amor mutuo habla de nuestra conversión a Cristo. Juan escribió: «Sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos» (3.14a).

El afecto por los hermanos en Cristo es creado por el amor a Cristo; es el resultado de un corazón controlado por Cristo. El amor es la prueba de la vida; el aborrecimiento es la prueba de la muerte. Juan dijo además: «El que no ama a su hermano, permanece en muerte. Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él» (3.14b, 15).

Un corazón centrado en Cristo es el único suelo en el que puede crecer la flor del amor. Un hermoso país cerca del ecuador no puede cultivar tomates. Sus tomates son pequeños y enfermizos a pesar de que la temperatura durante todo el año parece ser ideal para el cultivo de tomates. El suelo de este lugar paradisíaco no tiene los componentes adecuados para los tomates. ¡El clima y la semilla son buenos, sin embargo, el suelo es malo!

El corazón también es un suelo. El amor fraternal no puede florecer en un corazón que no está bien con Dios. El amor constituye un signo vital

de la vida espiritual. Es tan confiable como los signos vitales de la vida física. Si un médico llega a la conclusión de que el corazón del paciente ha dejado de latir y no puede ser reanimado, lo declara muerto. Puede estar seguro de su pronunciamiento debido a la confiabilidad de este signo de vida. Un corazón sin amor es evidencia positiva de un corazón muerto para con Dios.

Hágase un chequeo cardíaco rápido. ¿Se ha convertido a Jesús? A veces puede cuestionar su crecimiento, sin embargo, tiene que tener confianza en su nacimiento. Compare su conversión con las conversiones registradas en Hechos para asegurarse de que su conversión esté de acuerdo con el modelo divino. La conversión genuina produce un verdadero amor fraternal.

De nuestro compromiso con el ejemplo de Cristo. Juan también dijo que nuestro amor por los hermanos habla de nuestro compromiso con el ejemplo de Cristo. Jesús amó a Sus discípulos y dio Su vida por ellos. Él es el gran ejemplo cristiano de cómo amar a un hermano.

Juan pone en alto este hermoso ejemplo y ofrece una exhortación inolvidable. El ejemplo de amor de Jesús culmina en la Cruz. Juan dijo: «En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros» (3.16a). Nuestro Salvador es la personificación de lo que es y hace el verdadero amor. La exhortación de Juan es clara y exigente. Instó: «también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos» (3.16b).

El cristiano es un Cristo en miniatura en el mundo. No es perfecto, sin embargo, busca vivir como vivió Jesús. En su espíritu, propósito en la vida, humildad de mente y servicio, se esfuerza por parecerse a Jesús.

Una maestra estaba poniéndoles los zapatos a los niños de la preescolar al final del día. Fue una gran tarea: ¡treinta y dos niños, sesenta y cuatro pies! Había llegado al trigésimo segundo niño y al sexagésimo tercer pie. Con todas las preguntas y la confusión, era difícil encontrar paciencia. Después de que se hubo atado el sexagésimo tercer zapato, el tímido niña dijo: «¡Maestra, estos no son mis zapatos!». La maestra se quedó paralizada, lista para tirar la toalla para siempre. Luego, con voz tranquila y agradecida, la niña explicó: «Son de mi hermana. ¡Ella me dejó usarlos hoy!».

¡Qué lección! ¡Las cosas no son siempre como parecen! De hecho, hay otra lección. ¿Notó el espíritu de la hermana que prestó sus zapatos? Lo que hizo fue amor fraternal en acción. Los zapatos

son apreciados y personales. La acción de la hermana simboliza la actitud cristiana de abnegación y sacrificio. ¿Le prestaría usted sus zapatos a su hermano o hermana?

¿Hasta dónde está dispuesto a llegar siguiendo el ejemplo de Jesús? ¿Es su amor por sus hermanos y hermanas reflejo de su compromiso con el ejemplo de Cristo? No sea culpable de preguntar: «¿Hay algo que pueda hacer?». Busque una necesidad en otro cristiano y vaya a satisfacerla. No espere a que suceda algo bueno; ¡haga que suceda algo bueno! El amor fraternal es observador y oportunista.

De nuestra compasión por los demás. De la misma manera, el amor fraternal habla de un corazón compasivo. La compasión nace del amor fraternal. Por lo tanto, la compasión no puede existir donde no hay amor fraterno.

La compasión es la capacidad de sentir la necesidad de nuestro hermano lo suficientemente profundo como para hacer algo al respecto. Se trata más de obras que de palabras (3.18). Es el resultado del amor de Dios que permanece en el corazón (3.17).

El cristiano compasivo no solo ve la necesidad de otro, la satisface. Juan dijo: «Pero el que tiene los bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora en él el amor de Dios?» (3.17). La compasión cristiana sigue una ruta definida: capacidad, concientización, acción. Lo que hacemos para ayudar a un hermano es más importante que lo que decimos. Juan dijo: «Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad» (3.18).

Un niño había sido enviado a la tienda por una docena de huevos. Había comprado los huevos e iba de regreso a casa. Accidentalmente, se cayó y rompió cuatro huevos. En su mente, ¡volver a casa con cuatro huevos rotos era impensable! Todo lo que sabía hacer con respecto a su situación era sentarse junto a los huevos rotos y llorar. Un hombre pasó caminando. Al ver la situación del niño, expresó su pesar y continuó. Otro hombre pasó caminando. Al ver su necesidad, hizo una pausa, le entregó una moneda de cincuenta centavos y dijo: «Toma, ve a comprar cuatro huevos más». Las acciones del segundo hombre hablaron de su corazón compasivo.

¿Es usted una persona compasiva? ¡Mire sus acciones para con la necesidad de otro! ¡Mire su amor fraternal! ¿Habita el amor de Dios en nosotros tan plenamente que, cuando vemos a un hermano necesitado, respondemos con tierna compasión a

su necesidad? El amor fraternal y la compasión van de la mano. Donde no hay compasión, no hay amor fraternal; donde no hay amor fraternal, no hay compasión.

Conclusión. Nuestro amor mutuo refleja nuestra devoción a Dios. Proclama nuestra conversión a Cristo, nuestro compromiso con el ejemplo de Cristo y nuestra compasión por los demás. Las manifestaciones externas del amor reflejan los compromisos internos del alma.

Podemos pensar en ese día oscuro cuando Caín, con un corazón sin amor, mató a Abel (Gn 4.8). Dios le dijo a Caín: «La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra» (4.10). Más adelante, el escritor de Hebreos dijo de Abel: «y muerto, aún habla por ella» (He 11.4b). La falta de amor de Caín ha estado hablando durante miles de años. El aborrecimiento ha oscurecido el nombre de Caín para siempre. Mientras el mundo permanezca, la sangre de Abel hablará. Proclamará el horrendo mensaje de aborrecimiento, homicidio y muerte.

Nuestro amor los unos por los otros también habla. Jesús dijo: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros» (Jn 13.35). Nuestro amor mutuo muestra el amor de Dios. Es el sabor inicial del mundo celestial. Nuestro amor mutuo declara nuestra lealtad a Cristo y nuestra disposición a seguir Su ejemplo. Dejemos que nuestro amor hable elocuentemente a quienes nos rodean.

Eddie Cloer

Un corazón seguro delante de Dios (3.19–24)

¿Cómo está su corazón? ¿Le acusa su conciencia? Cuando otros le dicen: «Usted es un cristiano maravilloso», ¿dice su espíritu interno: «No estoy seguro»? Cuando piensa en la muerte o el juicio ante Dios, ¿está tranquilo y seguro o inseguro y miserable?

El corazón atribulado tendrá dificultades para afrontar los reveses de la vida. La intensión de Dios era que Sus hijos enfrentaran los devastadores golpes de este mundo con una serenidad apacible. Su deseo es que tengamos paz interna incluso cuando estemos rodeados por una guerra externa.

Primera de Juan 3.19–24 constituye un pasaje clave para el cristiano intranquilo. Afirma que podemos tener confianza en el corazón ante nuestro Padre. El Espíritu Santo da un plan práctico que convertirá los corazones acusadores en corazones seguros.

Por medio del amor compasivo. Aseguramos nuestro corazón ante Dios amándonos unos a otros

en hecho y en verdad. El amor fraternal aporta confianza y seguridad al espíritu.

Es necesario que veamos dos puntos de vista diferentes: el juicio del corazón y el juicio de Dios. El corazón a menudo condenará al cristiano. Dirá: «Aunque has entregado tu vida a Cristo, tienes errores, malos pensamientos y motivaciones siniestras. ¿Eres realmente cristiano?».

¿Cómo se superan estas acusaciones del corazón? Juan dijo: «En esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestro corazón delante de él» (3.19). «En esto» se refiere a su amonestación anterior: «Hijitos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad» (3.18). Con amor de hecho y en verdad, estamos diciendo: «Soy cristiano. Mi identidad la indica mi amor. Me niego a dejarme intimidar o desanimar por las acusaciones negativas de mi corazón. Mis errores están siendo perdonados por mi Padre misericordioso mientras camino en Su luz».

Juan dijo: «mayor que nuestro corazón es Dios, y el sabe todas las cosas» (3.20b). Dios no solo ve los fracasos y los pensamientos equivocados de nuestro corazón, también ve nuestros deseos piadosos y metas justas. Sabe lo que deseamos hacer y lo que nos esforzamos por hacer. Siendo mayor que nuestro corazón, nos juzga por nuestras intenciones y aspiraciones, no por nuestras debilidades y faltas.

A menudo escuchamos que es indispensable tener los sentimientos correctos antes de poder tener las acciones correctas, sin embargo, aquí hay un caso en el que las acciones correctas ayudan a producir los sentimientos correctos. El amor fraternal es un bálsamo para el corazón acusador.

¿Desea usted un corazón seguro ante Dios? Entonces, determine amar a sus hermanos de verdad y en hecho. ¡Diga que los ama! ¡Muestre su amor con un servicio compasivo! Ayudar a su hermano no solo lo fortalecerá, también sanará su corazón.

¡Nadie puede tener un corazón seguro ante Dios sin amar a su hermano de hecho y en verdad! El amor fraternal no solo le asegura a su hermano que le ama; también le asegura a su corazón que ama a Dios. El amor a los hermanos trae confianza.

Por medio de la obediencia constante. Aseguramos nuestro corazón ante Dios obedeciendo constantemente Sus mandamientos. La obediencia refleja nuestro compromiso con Cristo y nuestro amor por Él. Por lo tanto, la entrega amorosa a Su voluntad apacigua nuestro corazón.

El cristiano confiado tiene una hermosa re-

solución para con Dios. Juan escribió: «Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios» (3.21). El corazón seguro se acerca a Dios con expectativa y gozo. La base de su confianza es su firme obediencia a Cristo. Juan dijo: «y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él» (3.22). La desobediencia siempre da origen a la inquietud y el temor a menos que el corazón se endurezca; la obediencia continua y dedicada siempre engendrará seguridad y paz.

La obediencia no es perfección, porque la perfección está fuera de alcance. Es una aplicación fiel de la voluntad de Dios a nuestras vidas. Es el espíritu del joven que dijo: «Si el Señor me pide que salte a través de esa pared, saltaría, porque sé que el Señor haría un agujero allí». Es un espíritu de sumisión que se expresa en un esfuerzo diario por hacer lo que el Señor le ha pedido a Su pueblo.

¿Desea usted un corazón seguro delante de Dios? ¡Decida, entonces, obedecerle constantemente! Deje a un lado el pecado y los prejuicios y busque Su voluntad con tanta seriedad como busca alimento para su cuerpo. Lea Su Palabra con un espíritu sumiso; lea Su Palabra con la clara intención de hacerlo. A medida que crece en la aplicación de la voluntad de Dios a su vida, también crecerá su confianza en Dios.

¡Nadie puede tener un corazón seguro delante de Dios sin obedecer constantemente Su voluntad!

Por medio de una confianza plena. Aseguramos nuestro corazón ante Dios mediante una confianza plena. La fe que confía en el nombre de Jesús calma el corazón estremecido.

Juan nombró dos mandamientos que Jesús les ha dado a Sus seguidores: el mandamiento de la fe y el mandamiento del amor fraternal. Dijo: «Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado» (3.23). Por medio de la fe, reconocemos quién es Jesús y aceptamos Sus atributos y Su fuerza para salvar. Confiamos en Su poder y voluntad para salvarnos. La redención no es obra del hombre; es enviada desde el cielo.

Recibimos la gracia de Dios por medio de la fe obediente. Una fe obediente no solo calma el corazón perturbado, también hace de ese corazón la morada de Dios y Su Espíritu. Juan escribió: «Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos

ha dado» (3.24).

Jesús es la Fuente de la salvación, la fe obediente es el medio de la salvación y el amor es la evidencia de esa salvación. La enorme presa y los poderosos generadores son la fuente de nuestra energía eléctrica. Las líneas eléctricas en nuestros hogares son los medios de ese poder. La bombilla que brilla en la sala de estar es la evidencia de ese poder.

¿Desea usted tener un corazón seguro ante Dios? ¡Confíe en Jesús! La evidencia de Su deidad es abundante, pero tendrá que buscarla y aceptarla. Solo Él puede salvarle; usted definitivamente no puede salvarse a si mismo. Si confía en sus débiles esfuerzos por ganar la salvación, siempre será miserable. Solo poniendo su confianza en Él por medio de la obediencia a Su Palabra, puede tener paz su corazón atribulado.

¡Nadie puede tener un corazón seguro delante de Dios sin confiar plenamente!

Conclusión. ¿Qué posible sustituto hay para el corazón seguro delante de Dios? El Espíritu Santo dijo que el amor fraternal, la obediencia impulsada por el amor y la fe obediente calmarán las turbulentas olas de su corazón.

En el punto más alto de Su ministerio, Jesús estaba rodeado de violencia, repudio y maldad del lado vicioso de la sociedad en la que vivía; sin embargo, Sus acciones y Su aplomo indicaron la quietud de Su corazón.

¿Cuál fue Su secreto? ¿Podemos tener una seguridad y una paz similares? Jesús es un ejemplo perfecto del mensaje del Espíritu en este pasaje. Amó a Sus discípulos con un amor sacrificado; fue obediente a la voluntad de Su Padre hasta el punto de la muerte. Tuvo una fe inquebrantable en Su Padre.

Podemos proteger nuestros cuerpos con atención médica y a nuestros seres queridos con pólizas de seguro, cuentas de ahorro e inversiones; sin embargo, nuestros corazones sólo pueden ser protegidos con las manos de nuestro Padre. Si nos mantenemos dentro del círculo de Su voluntad, Sus manos rodearán nuestros corazones con una paz que los problemas de la vida no pueden alterar.

Eddie Cloer

El amor abundante del Señor (3.1–3)

Ninguna otra relación es digna de ser comparada con el amor que Dios nos ha derramado como hijos suyos. Jesús dijo: «Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos»

(Jn 15.13). Juan 3.16 hace una declaración aún más fuerte: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». En Romanos 5.6–8, Pablo dijo:

Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.

Somos llamados hijos de Dios. Juan estaba escribiéndoles 1ª Juan a cristianos devotos de Cristo. Les dijo que miraran detenidamente el amor que Dios les había prodigado para que fueran «llamados hijos de Dios», escribió, «... por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él» (1ª Jn 3.1b).

¿Nos sentimos siempre amados? Incluso si pensamos en la única persona de la que estamos seguros que nos ama más que a nada en el mundo, ¿nos sentimos siempre amados por esa persona? Probablemente, la respuesta es «No». No siempre sentimos el amor de los demás; sin embargo, en nuestras mentes, sabemos que nos aman todo el tiempo. ¿Y el amor de Dios? Él derrama Su amor sobre nosotros porque somos Sus hijos.

Juan describió el amor de Dios por nosotros como interminable. El amor de Dios tiene que ser así para que Él nos dé la bienvenida a Su familia y nos llame Sus hijos. ¿Por qué? Todos le hemos fallado y en ocasiones hemos ido en la dirección equivocada (vea Ro 3.23; 1ª P 2.25a). A veces, permitimos que el mundo y sus preocupaciones nos desanimen, haciendo que dejemos de creer que se nos esté prodigando el amor de Dios en toda su extensión. Podríamos incluso preguntarnos: «Si Dios me ama, ¿por qué permite que me sucedan todas estas cosas?».

A menudo no somos capaces de ver por qué Dios permite que nos sucedan cosas que parecen tan dolorosas e hirientes. Los hijos experimentan la misma confusión cuando sus padres les dan nalgadas por algo que hicieron mal o no hicieron. Podrían preguntarse cómo alguien podría amarlos y aun así administrarles tal castigo. Desde el punto de vista de los padres, no castigar a sus hijos cuando hacen algo malo sería una falta de amor porque podrían llegar a creer que ese comportamiento es aceptable.

El mundo no nos conocerá. El amor de Dios se demuestra en que fuimos recibidos en Su familia.

Juan dijo que ya somos hijos de Dios. Dijo que, gracias a que estamos en la familia de Dios, el mundo como un todo no nos conoce, al igual que no conoció a Jesús cuando estuvo en esta tierra (1ª Jn 3.1b; vea Jn 15.18, 19; 1ª Jn 3.13). Las personas estuvieron constantemente confundidas en cuanto a Su naturaleza. Gracias a nuestro parecido familiar, es extremadamente difícil que el mundo nos reconozca también.

Los miembros de una familia generalmente se parecen entre sí de muchas maneras. De manera similar, cuando estamos en la familia de Dios, comenzamos a parecernos a Él. En vista de que servimos a un Dios que está tan dispuesto a perdonar nuestros pecados, también nos convertimos en personas que están dispuestas a perdonar los pecados de los demás (Ef 4.32b). En su oración modelo, Jesús dijo:

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. [...] Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas (Mt 6.12, 14, 15).

El mundo siempre se preguntará por qué los cristianos están dispuestos a perdonar, especialmente cuando perdonan acciones horriblemente malas. Hace varios años, se estuvieron escribiendo artículos sobre una pareja cristiana cuyo hijo fue muerto por otro adolescente que conducía bajo los efectos del alcohol en el momento del percance. El joven fue enviado a prisión por su crimen, y los padres del joven que había sido muerto estaban luchando enormemente con lo sucedido. Con el paso del tiempo, la madre comenzó a luchar con su actitud. Le dijo a su esposo que se sentía culpable por su ira y repudio para con el joven que había matado a su hijo y que deseaba contactarlo. Fueron a visitarlo a la cárcel e incluso comenzaron un estudio bíblico con el joven. Finalmente, fue bautizado en Cristo. Cuando llegó el momento de considerarlo para la libertad condicional, testificaron en su nombre. Cuando fue liberado, no tenía adónde ir, así que le ofrecieron su casa y él se mudó con ellos. Parte de su libertad condicional fue ir a la escuela secundaria y hablar sobre los peligros de beber y conducir. Esta madre lo llevó a sus citas para hablar. Como resultado del perdón, este joven se había convertido en parte de su familia.

En la familia de Dios, no se permite el racismo

ni los prejuicios. Pedro dijo: «En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia» (Hch 10.34, 35). Cuando entramos en Cristo, «Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos [somos] uno en Cristo Jesús» (Ga 3.28).

«*Aún no se ha manifestado lo que hemos de ser*» (1ª Jn 3.2). El hecho de que ahora todos somos hijos de Dios es un punto importante. La capacidad de llamarle a Dios nuestro Padre y de referirnos a Jesús como nuestro hermano es asombrosa. Juan escribió: «aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es» (1ª Jn 3.2). En Filipenses 3.20, 21, Pablo señaló que nuestra ciudadanía está en el cielo. A partir de ahí, buscamos un Salvador que transforme nuestros cuerpos humildes para que sean como Su cuerpo glorioso.

No entendemos completamente todo sobre el cuerpo resucitado. Cuando los saduceos se acercaron a Jesús con una pregunta sobre el matrimonio después de la resurrección, Jesús dijo que entendían mal la resurrección y las Escrituras. Dijo que, en la resurrección, no nos casaríamos ni seríamos dados en matrimonio, sino que seríamos como los ángeles en el cielo (Mr 12.18–25). Cuando se le preguntó a Pablo en 1ª Corintios 15 sobre la naturaleza del cuerpo resucitado, dijo que seremos transformados por completo. Nuestros cuerpos serán como el cuerpo glorioso de Jesús, y seguiremos siendo las mismas personas que éramos mientras estábamos en la tierra. Jesús dijo que Su Padre era el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. «Dios no es Dios de muertos, sino Dios de vivos» (Mr 12.26, 27). Cuando Moisés y Elías se aparecieron con Jesús en el Monte de la Transfiguración, eran los mismos hombres que habían sido cientos de años antes.

La resurrección es lo que hace que la muerte pierda su aguijón (1ª Co 15.55). No tiene poder cuando Jesús resucite a los muertos.

Los que tienen esta esperanza se purifican. El punto de conclusión de Juan sobre todo este asunto es que «... todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro» (1ª Jn 3.3). Pocas cosas en la vida tienen el poder de cambiarnos como la esperanza. Pablo incluso dijo que somos salvos por la esperanza y que la esperanza que se ve no es esperanza en absoluto (Ro 8.24). Les dijo a los colosenses que Cristo en nosotros es «la esperanza de gloria» (Col 1.27b).

Sin embargo, no hay mayor declaración sobre la esperanza que la que se encuentra en 1ª Juan 3.1–3. Si somos personas que viven con la esperanza de lo eterno, sabiendo que nuestros cuerpos serán resucitados de entre los muertos para pasar la eternidad con Dios en la gloria del cielo, transformaremos la forma en que vivimos en el presente.

La purificación incluye la eliminación de cosas que contaminan alguna sustancia. Hay muchas cosas que contaminan nuestra vida pura y nos impiden vivir de manera pura con el Señor. Podemos pensar en esos motivos que conducen a tantos pecados: cosas como el orgullo, la lujuria y la codicia. Estos son pecados básicos de la vida que nos llevan a cometer todo tipo de malas acciones. El orgullo nos hace pensar tanto en nosotros mismos que se vuelve imposible pensar con claridad y amor en los demás. En cambio, buscamos formas de utilizar a otras personas para nuestro propio beneficio. La lujuria nos impide mirar a otra persona del sexo opuesto con pensamientos puros. La codicia nos lleva a construir nuestra vida en torno a cosas, posesiones y dinero. Toda nuestra vida se centra en lo que tenemos o en lo que podríamos conseguir.

Conclusión. La esperanza de la resurrección y llegar a ser como Jesús lleva a una vida pura. La esperanza nos transforma y nos hace más como Jesús todo el tiempo. Es solo en Jesús nuestro Señor, que nos ama más de lo que podemos imaginar, que nos convertimos en hijos de Dios. Como hijos Suyos, anticipamos la resurrección, momento en el que nos pareceremos a Él. ¿Estamos viviendo esa vida de esperanza en Cristo? Leon Barnes

Nacer de Dios (3.4–10)

¿Cómo podemos hacer que 3.4–10 sea más significativo para nosotros hoy? Podemos pensar en una persona que jugó fútbol en la escuela secundaria pero no ha jugado un juego desde entonces. Si alguien le preguntara si es o no un jugador de fútbol, ¿cómo debería contestar? Dado que el fútbol no forma parte de su vida ahora, tendría que responder «no».

En un momento de nuestras vidas, fuimos pecadores. El pecado era nuestra práctica y nuestra forma de vida. Sin embargo, una vez que nos dimos cuenta de que vivíamos en pecado y que Jesús había abierto el camino para que fuéramos perdonados, y creímos en Él, nos arrepentimos y nos bautizamos, nuestras vidas fueron transformadas. Vamos en una nueva dirección. Comenzamos a ver

el mundo de una manera diferente y comenzamos a crecer en nuestra relación con Cristo desde ese día en adelante. Incluso como cristianos, todavía fallamos y cometemos actos de pecado. Por lo tanto, si nos preguntaran si alguna vez pecamos, nuestra respuesta tendría que ser «Sí» (vea 1ª Jn 1.8–10). A pesar de estas deficiencias ocasionales, nuestras vidas han cambiado. Cuando pecamos, transgredimos la ley o cometemos iniquidad. Sin embargo, como cristianos, el pecado ya no es nuestra forma de vida, y ya no es apropiado referirnos a nosotros mismos ni a ningún otro cristiano como pecadores. Si de vez en cuando fallamos en nuestro caminar con Dios, seguimos siendo cristianos. Sin embargo, nunca debemos excusar el pecado declarando que «todos lo hacen» o que «todos somos pecadores».

En Jesús no hay pecado. Todos hemos fallado en vivir según la ley de Dios a veces, sin embargo, Jesús apareció para quitar nuestros pecados. Juan dijo: «no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido» (3.5b, 6). Su punto aquí demuestra la gran diferencia entre cometer pecados ocasionalmente y llevar una vida pecaminosa. Lamentablemente, no siempre nos parecemos más a Jesús en todos los aspectos de la vida. A veces, nos rodeamos de personas que dicen ser cristianas, pero cuyas vidas nunca cambian después de su conversión. Esto se convierte en un problema cuando comenzamos a pensar que vivir en pecado es la forma normal de vida de los cristianos.

Juan describió las diferencias entre estos dos estilos de vida:

Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es el diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo (3.7, 8).

Jesús no vino a cambiar el pecado en justicia; tampoco vino a salvar a las personas para que puedan vivir de la misma manera que lo hacían antes de tener una relación con Él. Vino a librarlos de las garras del diablo para que podamos vivir nuevas vidas en Él y ser las personas que se parecen a Él en el mundo. Pedro dijo:

... sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros; teniendo buena conciencia, para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, sean avergonzados.

dos los que calumnian vuestra buena conducta en Cristo (1ª P 3.15, 16).

Si continuamos siguiendo al diablo, entonces permanecemos en el mismo reino que Cristo vino a destruir. Más bien, debemos ser la sal de la tierra y la luz del mundo (vea Mt 5.13, 14). Sin embargo, solo podemos serlo actuando de manera diferente al mundo que nos rodea.

Los que nacen de Dios no continúan en el pecado. Probablemente Juan sabía que algo de lo que decía iba en contra de lo que muchos de los miembros de la iglesia siempre habían creído. Habían creído que nacer de Dios era un evento que tenía lugar en sus bautismos, pero que después no tenía ningún efecto particular en sus vidas. Juan explicó que nacer de Dios no solo afecta nuestro pasado, sino que también sigue siendo parte de nuestras vidas después de nuestros bautismos: «todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado» (1ª Jn 3.9a). No dijo «todo aquel que *nació* de Dios», sino «todo aquel que *es nacido* de Dios» (énfasis agregado).

¿Por qué la persona no continúa pecando después de haber nacido de Dios? ¿Por qué cambia tanto su vida, sus hábitos, su pensamiento y sus prácticas? «Porque la simiente [de Dios] permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios» (3.9b).

Se puede interpretar esta Escritura de dos maneras. La primera es decir que la «simiente» es la Palabra de Dios. Este argumento encuentra apoyo en la parábola del sembrador y parece ser más probable. Pedro escribió:

Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro; siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre (1ª P 1.22, 23).

Juan podría haber estado diciendo en sentido figurado que la simiente es el esperma del Señor, asumiendo que la naturaleza de Dios es plantada en nosotros tal como la naturaleza de un padre es plantada en un hijo cuando la madre queda embarazada. Un hijo hereda aspectos tanto de su padre como de su madre que permanecen con el hijo de por vida. Si bien la forma en que es criado podría cambiar a ese hijo, hay aspectos de esa naturaleza del hijo que nunca cambian. Por lo tanto, Juan nos dijo que cuando nacemos de Dios, aspectos de Su naturaleza permanecen en nosotros para evitar que hagamos del pecado nuestra práctica.

Tenemos que saber que somos hijos de Dios. La Palabra de Dios deja claro que los hijos de Dios no solo están recibiendo Sus bendiciones ahora, también tendrán Sus mayores bendiciones en la eternidad. Los hijos del diablo, sin embargo, están siendo conducidos cada vez más hacia el pecado, los motivos equivocados y las formas impías de pensar. Tenemos que saber en qué categoría caemos. Satanás no ama nada más que convencernos de que las cosas que son pecaminosas o dañinas para nosotros son buenas después de todo.

Esencialmente, Juan dijo: «El que no hace lo correcto no es hijo de Dios» (1ª Jn 3.9a). No podemos pretender ser hijos de Dios y no hacer lo correcto. Para saber lo que es correcto, tenemos que abrir la Palabra de Dios. Hacer lo correcto exige carácter, integridad, moralidad y tratar de manera correcta a otras personas. Si no estamos haciendo lo correcto, no somos hijos de Dios.

Juan también dijo: «todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios» (3.10b). Dios continúa volviendo a este punto de amar a nuestros hermanos y hermanas en Cristo. Ciertamente, involucra a aquellos que van a la iglesia con nosotros; sin embargo, también involucra a aquellos que son hermanos y hermanas en Cristo en todo el mundo, que asisten a otras iglesias y ven las cosas de manera diferente a nosotros. Ser devoto de la familia de Dios es parte básica de nacer en esa familia.

Conclusión. ¿Cómo sabemos que somos hijos de Dios? Dios no quiere que vivamos en la duda y el temor de nuestra relación con Él. Desea que sepamos con certeza si nuestras vidas no están bien con Él para que podamos hacer un cambio antes de que sea demasiado tarde. También desea que sepamos cuándo estamos bien con Él, para que podamos vivir con la confianza de que todo está bien con nuestras almas. Con esta confianza, podemos llevar a muchos otros a Él.

La única forma en que podemos estar seguros de que vivimos para Dios es si hemos nacido de Él y si Su simiente permanece en nosotros para que no sigamos viviendo en pecado. Tenemos que *hacer* justicia para saber que *estamos* bien con Él, y tenemos que amar a nuestros hermanos y hermanas en Cristo.

Si usted no está seguro de su salvación y su nuevo nacimiento en Jesucristo, es hora de hacer lo que Dios le llama a hacer y estar completamente bien con Él ahora. Está en juego todo lo que vale la pena.

Leon Barnes

Cuando nos amamos unos a otros (3.11–24)

Desde el comienzo de nuestro compromiso con el Señor, deberíamos haber sabido ciertas verdades acerca de vivir para Cristo. Son simplemente esenciales para la vida de fe. Se remontan a la vida de Jesús mientras anduvo sobre esta tierra y al comienzo de la iglesia. Juan nos recuerda aquí una de esas verdades: Debemos amarnos unos a otros. Amar a Dios nos lleva directamente a amarnos unos a otros como Cristo nos amó.

En 1ª Juan 3.12, Juan regresó al comienzo de las Escrituras para la ilustración de Caín y Abel viniendo ante Dios con sus sacrificios. Caín trajo de lo que había crecido, y Abel trajo lo primero y lo mejor de su rebaño para ofrecerlo a Dios. Dios aceptó la ofrenda de Abel pero rechazó el sacrificio de Caín. Caín se enojó porque Dios había rechazado su sacrificio; y, aunque Dios le ofreció la oportunidad de arrepentirse, se airó contra su hermano Abel y le mató. Esto ocurrió porque las obras mismas de Caín eran malas y las de su hermano eran justas. No deberíamos sorprendernos si a algunos les disgustamos o incluso nos aborrecen porque vivimos para Dios.

Sabemos porque nos amamos unos a otros. Juan explicó cómo sabemos que hemos pasado del mundo del pecado y la muerte a una vida con el Señor (3.14a). Lo sabemos porque nos amamos unos a otros (3.14b). Dijo claramente que todo el que no ama permanece en muerte (3.14c). Sin embargo, luego llevó la idea a un nuevo nivel con la declaración: «Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él» (3.15). Lo anterior parece estar relacionado con la declaración de Jesús en Mateo 5.21, 22 de que el mandamiento de no matar quiere decir más que no cometer el acto físico de dar muerte. Incluye el cese de la ira y los insultos que conducen a la muerte. En cambio, deberíamos esforzarnos por reconciliarnos con los demás antes de que cualquier situación se salga de control.

Juan se refirió a cómo sabemos si realmente amamos a nuestros hermanos y hermanas: «En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos» (3.16). Si se hubiera detenido en ese punto, probablemente hubiéramos pensado: «Suena extremo. ¿Quiere decir que tengo que dar mi vida por todos los demás cristianos del mundo?» Juan aclaró lo que estaba hablando: «Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra

contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad». El punto no es que necesariamente entreguemos nuestras vidas en muerte por nuestros hermanos cristianos. Más bien, es que nuestro amor implicará que nos preocupamos tan profundamente el uno por el otro que siempre haremos lo que podamos para ayudarnos unos a otros. Es exactamente lo que hizo la iglesia primitiva cuando tantos se convirtieron a Cristo y surgió una emergencia debido a la necesidad. Las personas vendieron lo que tenían para compartir con los necesitados. Nuestros corazones deben reflejar esa actitud con nuestros hermanos y hermanas.

Nuestro interés debe llegar incluso más allá de otros cristianos. Debe haber un interés especial por aquellos que están en nuestra familia espiritual o física. Sin embargo, después de satisfacer sus necesidades, debemos ayudar a quienes no pertenecen a la familia de nuestra iglesia.

Sabemos porque pertenecemos a la verdad. Juan dijo: «Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él» (3.19). Debido a Su verdad, nuestro corazón puede reposar en la presencia de Dios. Sabemos lo que es estar con personas que nos hacen sentir incómodos. En contraste, Dios desea que vayamos a Su presencia con consuelo como con «Abba Padre». Somos Sus hijos y Él es nuestro Padre.

¿Cómo podemos tener ese tipo de consuelo y tranquilidad en la presencia de Dios? Es probable que hayamos escuchado a alguien decir: «Deja que tu conciencia sea tu guía» o «Si lo sientes a lo interno, sabes que es lo correcto» o incluso «Si no se siente bien, es mejor que lo dejes». Juan quería que supiéramos que el hecho de sentir que hemos obrado mal no quiere decir que algo malo haya realmente sucedido. A veces, nuestro corazón o nuestra conciencia se ven afectados y nos sentimos culpables por todo lo que sucede a nuestro alrededor. Podríamos sentirnos culpables cuando no lo somos en absoluto. Al mismo tiempo, es posible que una persona no se sienta culpable por un delito. En Hechos 23.1, Pablo dijo que había vivido con buena conciencia hasta ese mismo día. Con la conciencia tranquila, había hecho cosas horribles con perseguir a la iglesia. Si bien es importante que vivamos según lo que creemos que es correcto, debemos saber que una conciencia es como un reloj; solo indica el buen tiempo si está

(Continúa en la página 43)

Dios es amor

ADVERTENCIA: PRUEBA LOS ESPÍRITUS PORQUE HAN VENIDO MUCHOS PROFETAS FALSOS (4.1-3)

Por primera y única vez en sus cartas, Juan escribió sobre los profetas. Durante siglos, los profetas estuvieron ligados a la historia del pueblo de Dios. La alusión de Juan a los profetas, a quienes alternativamente llamó espíritus, vino con una advertencia. Quería que sus lectores fueran críticos; en consecuencia, aconsejó a los creyentes a «[probar] los espíritus». Solo aquellos que confesaban que Jesús había «venido en carne» (4.2) habían de recibir su apoyo y aliento. Muchos falsos profetas, «anticristos», como él los llamó (4.3), ya estaban en el mundo (2.18). Juan había dicho anteriormente de las mismas personas: «salieron de nosotros» (2.19). Probablemente se refería a sus líderes o sus portavoces en particular. No obstante, todos los que no confesaban que Jesús había venido en carne eran falsos profetas o anticristos.

Los profetas y la profecía se encuentran entre las instituciones más complejas de la Biblia. Hay miles de artículos y libros académicos sobre el papel del profeta en Israel y en la iglesia del Nuevo Testamento. Cualquier cosa semejante a una revisión de la institución sería muy extensa. Baste decir que el consenso de los eruditos rastrea la palabra hebrea נָבִיא (*nabi'*), que se traduce como «profeta», a raíces arameas y acadias que quieren decir «un locutor».¹ Casi todos los personajes importantes de la Biblia fueron en cierto sentido profetas. Un aspecto limitado de lo que hicieron los profetas fue predecir el futuro, y esa característica apareció en los portavoces de Dios tanto en el Antiguo como

en el Nuevo Testamento.

Los profetas fueron líderes y maestros importantes para la iglesia en el período neotestamentario (Hch 13.1; 1ª Co 12.28; Ef 4.11). Dotados por el Espíritu, hablaron la verdad (1ª Co 12.10, 11), pero la mera afirmación de estar dotados por Dios no era suficiente. Los falsos profetas hablaban por su propia autoridad y servían a sus propios propósitos. Aparecieron tanto en el Antiguo como en el Nuevo (2ª P 2.1; 1ª Jn 4.1). Entre otras cosas, un profeta del Nuevo Testamento certificaba que decía la verdad por la continuidad de sus palabras con el mensaje apostólico. Durante los primeros siglos de la era cristiana, el oficio apostólico fue primordial.

El Nuevo Testamento no proporciona suficiente información para estar seguros en cuanto a si todos los profetas fungieron de la misma manera entre las iglesias. En Corinto, por ejemplo, los profetas parecen haber sido miembros permanentes de la congregación (1ª Co 14.29). En otros lugares, profetas como Agabo (Hch 11.27, 28; 21.10) parecen haberse trasladado de un lugar a otro. Los falsos profetas mencionados por Juan y Pedro extendieron su influencia por todas partes. Un documento llamado *La Didache*, que se originó a fines del siglo primero o principios del segundo, fue bien conocido entre las iglesias de Asia Menor unas décadas después de la muerte de Juan. Describe a los profetas que vagaban de iglesia a iglesia. Aparentemente, profetas similares a los que aparecen en las cartas de Juan continuaron su obra durante algunos años, incluso hasta el siglo segundo.²

Los doce hombres sobre quienes Pablo impuso las manos (Hch 19.6) profetizaron y hablaron en

¹B. D. Napier, «Prophet, Prophetism» («Profeta, profetizar»), en *The Interpreter's Dictionary of the Bible (Diccionario del intérprete de la Biblia)* (New York: Abingdon Press, 1962), 3:896-97.

²Veá *Didache* 11.

lenguas. Las dos actividades, la profecía y el hablar en lenguas, parecen estar separadas, sin relación entre sí. Profetizar era hablar coherentemente; había de llevar un mensaje de exhortación o instrucción a la iglesia (1ª Co 14.3). Un falso profeta era aquel que afirmaba hablar con la autoridad de Dios, pero que de hecho tenía su propia agenda. Hablar en un idioma extranjero, el don de lenguas, fue impulsado por el Espíritu Santo. (Vea 1ª Co 14.)

Las primeras iglesias, por no tener las Escrituras por escrito, eran vulnerables ante los falsos profetas. Durante más o menos un siglo, los cristianos tuvieron, en el mejor de los casos, pequeñas porciones del Nuevo Testamento a su disposición. Las iglesias dependían de profetas y maestros para proclamarles el mensaje de Cristo e instruirlos en la vida que Él deseaba que llevara Su pueblo. Cuando hombres que decían ser profetas negaban la presencia carnal de Jesús, hacían que el principal logro de los cristianos fuera el conocimiento y relegaban la fe, dándole al amor un estatus secundario, no tenían derecho a reclamar el respaldo apostólico. Juan les advirtió a sus lectores que aquellos con tal mensaje eran «falsos profetas». No tenían autoridad para predicar el evangelio; habían abandonado los principios de la fe.

¹Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. ²En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; ³y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo.

Versículo 1. En 2ª Juan, el autor agregaría «engañadores» a su lista de sinónimos a aquellos que estaban esparciendo falsas doctrinas entre las iglesias (2ª Jn 7). Eran hombres que «no [perseveraban] en la doctrina de Cristo», que «no [tenían] a Dios» (2ª Jn 9). En su tercera carta, las circunstancias habían cambiado. El apóstol elogió a los cristianos que sacaban a la luz a los falsos profetas, pero que lo hacían sin rechazar a los que hablaban la verdad. Los maestros piadosos constituían el tema cuando Juan les dijo a los creyentes que «fielmente [se conducían] cuando [prestaban] algún servicio a los hermanos, especialmente a los desconocidos» (3ª Jn 5). El analfabetismo y la escasez de documentos escritos les dificultaban

aún más a los creyentes distinguir entre profetas genuinos a quienes habían de apoyar (3ª Jn 8) y falsos profetas que estaban causando estragos entre las iglesias. Apoyar a estos últimos era ser partícipes de sus hechos (2ª Jn 11).

Distinguir entre profetas verdaderos y falsos había sido un problema antiguo y continuo con el pueblo de Dios. Moisés le había advertido a Israel que entre los habitantes de Canaán estarían los que practicaban la hechicería y la adivinación. A pesar de las maravillosas señales que parecían realizar, Israel debía medirlas según la ley que habían recibido de Dios. Las señales y prodigios, cuando los hacían hombres que decían: «Vamos en pos de dioses ajenos», habían de ser aborrecidos (Dt 13.1-3).

Mientras haya personas que estén tratando de aprender de Dios a partir de Su revelación de Sí mismo, aparecerán hombres dispuestos a capitalizar los esfuerzos de los creyentes para enriquecerse. Muchos años después de Moisés, Jeremías escribió: «Porque tanto el profeta como el sacerdote son impíos» (23.11). El profeta continuó, diciendo: «En los profetas de Samaria he visto desatinos; profetizaban en nombre de Baal, e hicieron errar a mi pueblo de Israel» (23.13). Incluso Jesús les advirtió a Sus discípulos: «porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y engañarán a muchos» (Mr 13.6). Los falsos profetas pueden engañar con señales fingidas, como el pueblo de Samaria fue engañado por un Simón (Hch 8.9, 10). Incluso un hombre relativamente sofisticado, el procónsul romano Sergio Paulo, había caído bajo el hechizo de un falso profeta judío llamado Barjesús (Hch 13.6-12).

Juan les instó a sus lectores a **probar los espíritus**. En este caso, «espíritu» representaba al hombre interior, los corazones de aquellos que tenían un mensaje que decían ser de Dios. No todos los que tenían una proclamación estaban hablando la verdad. No todos eran siquiera hombres concienzudos. A algunos falsos profetas se les podrían distinguir por los frutos impíos que producían (Mt 7.15, 16; 1ª Jn 3.17). Otros podrían ser identificados como falsos profetas porque comprometían las verdades que Jesús había autorizado proclamar a Sus apóstoles. Los primeros lectores de Juan estuvieron en contacto personal con apóstoles de Cristo. Las generaciones posteriores tienen, en la forma del Nuevo Testamento, palabras escritas por aquellos que fueron fieles al mensaje apostólico. Sea que se considere la iglesia del siglo primero o la de hoy,

la Palabra de Dios es el punto de referencia por el que los cristianos han de medir a sus maestros, para ver **si son de Dios**. Los falsos profetas, los anticristos y los engañadores confrontan a los cristianos de todas las épocas.

En 3.23, Juan les instó a sus lectores a creer en Jesús y amar a los hermanos. El amor, la confianza y la aceptación mutuos son vínculos importantes que mantienen unidos a los cristianos. Por eso, son particularmente susceptibles a aquellos que se proponen imponer su fe. Juan esencialmente dijo: «A veces no deben creerle a una persona. A veces tienen que ser críticos». Los lectores de Juan tenían que ser diligentes **porque muchos falsos profetas, dijo, han salido por el mundo**. Juan les pidió a sus lectores que hicieran nada menos que enfrentar la realidad cuando les llamó «anticristos» y «falsos profetas» a los que habían transigido y abandonado la enseñanza apostólica. Pedro los llamó falsos maestros, sin embargo, luego asoció a los falsos maestros con los falsos profetas en Israel (2ª P 2.1). Los falsos maestros que Pedro tenía en mente eran falsos profetas.

Lo que los cristianos creen sobre Jesús y Su iglesia es de suma importancia. Jesús de Nazaret sufrió en la carne. Los lazos que comparten los cristianos surgen de su confesión común y su relación con Jesús, un hermano en la carne. La doctrina cristiana es importante. Define la iglesia como un pueblo. Entender mal la persona de Jesús, Su encarnación y muerte, es socavar el mensaje del evangelio a un nivel tan fundamental que efectivamente deja a los creyentes sin el poder redentor de la obra de Cristo.

Versículo 2. Juan le ofreció a sus lectores instrucción sobre la forma en que habían de distinguir a los verdaderos profetas de los falsos diciendo: **En esto conoced el Espíritu de Dios**. Los traductores de la NASB han entendido el verbo «conoced» como una declaración, consignando «conocéis» sin embargo, 4.1 comienza con un mandamiento en negativo, una prohibición: «Amados, no creáis a todo espíritu». Como Juan usó el verbo «conoced» en 4.2, podría ser un mandamiento. El apóstol podría haber estado diciendo: «Probad los espíritus». Luego añadió: «Por esto, por la confesión de que Jesucristo ha venido en carne, distingan entre los espíritus que vienen de Dios y los que no».

La NASB y la mayoría de las demás traducciones han consignado el verbo «conocéis», como indicativo (una declaración de hecho). Además, han entendido (al igual que la Reina-Valera) que

el «Espíritu de Dios» es el Espíritu Santo, como lo demuestra el uso de una letra mayúscula para «Espíritu». En ambos casos, podrían estar equivocadas (la Reina-Valera sí traduce el mandamiento «conoced»). Ya que hemos entendido que «espíritus» en 4.1 son espíritus humanos, algunos de los cuales eran falsos profetas, es mejor entender «espíritu» en 4.2 como el profeta que afirma que su mensaje es de Dios. En lugar de «el Espíritu de Dios», es posible que Juan haya tenido en mente un espíritu que dice provenir de Dios.

La pregunta que hicieron los lectores de Juan fue la siguiente: «¿Cómo distinguimos entre un verdadero profeta y uno falso?». El apóstol respondió que el espíritu que venía de Dios confesaba que Jesucristo había venido en carne. No había incertidumbre, ni vacilación, en las palabras del apóstol. Escribió con la misma autoridad y confianza que en 4.6: «Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye». Los versículos que preceden y siguen a 4.2 sugieren que «conoced» es un mandamiento en 4.2, no una declaración; y «espíritu» en 4.2 es un portavoz, un profeta, como lo son «espíritus» en 4.1.

Los espíritus habían de ser probados mediante un criterio que Juan estableció tanto en negativo como positivo en 4.2, 3. El apóstol definitivamente no hizo una declaración universal. No hizo ninguna demanda de que la única forma en que se podía reconocer a un «anticristo» era negando que Jesús había venido en la carne. El mensaje cristiano puede verse comprometido de otras formas, pero la aparición del Señor en la carne era la preocupación inmediata de las iglesias a las que se dirigió Juan. Los que hacían tal negación eran falsos profetas, anticristos, que habían salido de la iglesia. La prueba inmediata que sus lectores debían aplicar a cualquier espíritu era su disposición a confesar **que Jesucristo ha venido en carne; Jesucristo es de Dios**. En esta declaración, las tres cartas de Juan demuestran que proceden del mismo escenario histórico. Los tres abordan el problema de los anticristos que estaban comprometiendo el mensaje del evangelio alegando que Dios se había revelado únicamente a ellos. El gnosticismo los impulsó a negar la aparición del Hijo de Dios en la carne.

Versículo 3. A los falsos profetas se les había de identificar mediante sus hechos (2.29; 3.10; Mt 7.15, 16), sin embargo, los creyentes también habían de reconocerlos como falsos por lo que enseñaban y confesaban. **Todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios**.

Confesar a Jesús era declarar que Él había estado presente en la tierra en la carne (4.2). No era ninguna marca de la caridad cristiana apoyar a todos los profetas que invocaran el nombre de Jesús. En el caso de Juan, los falsos profetas comprometían a la persona de Jesús negando que había venido en la carne, sin embargo, falsos profetas que surgieron después de Juan comprometieron otros aspectos de la confesión cristiana.

El **espíritu del anticristo** se manifiesta como un sistema de pensamiento, no como una persona.³ Juan les había advertido previamente a sus lectores que tal espíritu había de aparecer. **Ahora, dijo, ya está en el mundo.** (Vea 2.18.) Cualquier persona en la iglesia, de cualquier tiempo o lugar, que comprometa un principio básico de la enseñanza apostólica sobre la obra o la enseñanza de Jesús es un anticristo. En 1ª Juan, el anticristo no es un individuo que preceda a la venida de Cristo al final de la era. Cuando Juan escribió su primera carta, muchos anticristos estaban en el mundo. Estaban activos entre las iglesias de Asia Menor a las que Juan dirigió la carta. Instó a sus lectores a medir a los que afirmaban ser profetas mediante las enseñanzas que escucharon de los apóstoles.

Si bien a los falsos profetas se les llamó «anticristos» en 2.18, aquí se les dijo que participaban de «el espíritu del anticristo». ¿Cuál es la diferencia? El examen demuestra que no hay ninguna. El apóstol no estaba identificando falsos profetas en 4.1–3 de manera diferente a 2.18. Los falsos profetas eran anticristos y eran partícipes del espíritu del anticristo. Juan no equiparó al diablo con el anticristo, aunque los falsos profetas participaban del mismo espíritu con el diablo. La referencia del apóstol a los anticristos, sin duda, no constituía el anuncio de algún ser sobrenatural que aparecería en la tierra antes del regreso del Señor.

Entre las muchas maneras en que «espíritu» se usa en el Nuevo Testamento, Walter Bauer señaló que podría usarse de «un espíritu activador que no es [de] Dios».⁴ Puso en la lista 1ª Juan 4.1–3

³ La palabra «espíritu» se usa de manera similar en Romanos 11.8, «Dios les dio espíritu de estupor». Uno de los dones que los cristianos corintios habían recibido «discernimiento de espíritus» (1ª Co 12.10). Algunos aspirantes a maestros fueron guiados por un espíritu diferente del que guiaron a los demás.

⁴ Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva)*, 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 836.

como ejemplo. La palabra «espíritu» en 4.3 está en cursiva en la NASB, queriendo decir que los traductores suministraron la palabra para la idea. Los maestros y los profetas que negaban que Jesús había venido en la carne, aquellos que «salieron de nosotros» (2.19), eran partícipes de un sistema de pensamiento, un fuerza inmaterial y, por lo tanto, vivificadora y espiritual. El Espíritu había circulado en el mundo donde vivían Juan y sus lectores. Los anticristos mismos eran muchos (2.18). Los falsos profetas habían acogido el «espíritu del anticristo». El anticristo no era una persona. Era un espíritu, una enseñanza, una presencia, que estaba suelta en el mundo.⁵

CONTRASTE: MAYOR ES EL QUE ESTÁ EN VOVOSTROS QUE EL QUE ESTÁ EN EL MUNDO (4.4–6)

En 4.4–6, el apóstol cambió su atención de los falsos profetas a sus lectores. Cada uno de los tres versículos comienza con un pronombre enfático. Contrastó «vosotros» con «ellos» en 4.4, 5: «*Vosotros* sois de Dios»; «*Ellos* son del mundo». (Énfasis agregado.) Luego, el apóstol se identificó conscientemente con los cristianos que estaban leyendo su carta. «*Nosotros*», dijo, «[como *vosotros*], somos de Dios». En todas las instancias, los que estaban en Cristo habían de ser victoriosos. En esta era, tendrían luchas. El gobernante de esta era dificultaría sus vidas, pero el que vivía en ellos era mayor que el que vivía en el mundo. En Cristo, habían de superar el pecado. En Cristo, «vosotros», y el mismo Juan, escucharían el mensaje que había sido dado por medio de mensajeros apostólicos. «*Nosotros*», dijo el apóstol, nos haríamos los sordos ante los falsos profetas.

4Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo. 5Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los oye. 6Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error.

⁵ Aún cuando *La Didache* describe la apariencia de «el engañador» al final del tiempo, el autor parece haber tenido 2ª Tesalonicenses 2 en mente (*Didache* 16.4). No usó el término «anticristo». La palabra, de hecho, ocurre solo una vez en los Padres Apostólicos, en la carta de Policarpo a los Filipenses 7.1. En ese caso, el anciano solo citó el pasaje en 1ª Juan 4.3. No identificó ningún ser sobrenatural al final de la era con el anticristo.

Versículo 4. En 2.13, Juan se dirigió a los jóvenes. El autor ahora llama **Hijitos** a los que habían sido victoriosos. En el caso anterior, los jóvenes habían logrado una victoria sobre el maligno. Como «hijitos», continuaban obteniendo la victoria, sin embargo, su victoria incluía vencer a los espíritus que se habían negado a confesar que Jesús había venido en la carne. Los espíritus que los «hijitos» vencieron eran siervos del maligno, los anticristos, que ya estaban en el mundo. El apóstol solo necesitaba hacer este ajuste: la victoria obtenida por los «hijitos» no dependía de la fuerza humana o la voluntad humana. Salieron victoriosos **porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo.**

El autor ya había afirmado que «Caín, que era del maligno y mató a su hermano», era del mundo (3.12–15). Caín, el diablo, los homicidas, el maligno, los anticristos y los falsos profetas estaban agrupados. Juntos, eran el mundo opuesto al pueblo de Dios y al camino de Cristo. El diablo (3.10) era la fuerza impulsora detrás de lo que hacían y decían los falsos profetas, incluso si no era estrictamente idéntico a ellos. Los primeros lectores de Juan no solo eran **de Dios**; sino que por medio de Él, estaban prevaleciendo en la victoria. Cara a cara con los falsos profetas, con la idolatría y todo tipo de pecado, puede que se inclinaran a sentirse derrotados. El mensaje de Juan es que la victoria es un estado de ánimo. Gracias a que el Creador estaba de su lado, porque se habían purificado y habían puesto su esperanza en la aparición del Señor al final de los tiempos (3.2, 3), en este mundo, ellos eran los vencedores. El que vivía en ellos era mayor que el que vivía en el mundo (4.4b). Estar aliado con Aquel a quien Dios resucitó de entre los muertos constituía la seguridad de la victoria (vea 5.5).

Versículo 5. Después de su primera aparición en 2.2, Juan usó *kosmos* («mundo»), veintidós veces más en su primera carta.⁶ Lo usó una vez en su segunda carta (2ª Jn 7). Los falsos profetas habían «salido por el mundo» (4.1). **Ellos son del mundo y hablan del mundo, y por eso el mundo los oye.**⁷ No es de extrañar que los que siguen al maligno tengan una gran audiencia. A veces, en 1ª Juan, «mundo» no implica ni bien ni mal. Objetiva-

⁶ Vea 1ª Jn 2.15 [tres veces], 16 [dos veces], 17; 3.1, 13, 17; 4.1, 3, 4, 5 [tres veces], 9, 14, 17; 5.4 [dos veces], 5, 19.

⁷ Vea comentarios sobre 1ª Juan 2.15 para un tratamiento más extenso de la forma en que Juan usó *kosmos* en su primera carta.

mente, es simplemente la esfera en la que viven las personas (vea 3.17 o 4.14). En otras ocasiones en 1ª Juan, «el mundo» se refiere a aquellos que tienen una disposición inclinada hacia el maligno. El mundo es la masa maligna de la humanidad. El mundo escucha y sigue a los falsos profetas y cualquier otro tipo de maldad.

Para Juan, era fundamental que la iglesia no compitiera con el mundo para ver quién puede ser más popular. La iglesia hoy haría bien con recordar que hacer que las personas ingresen al edificio de la iglesia es solo un primer paso en la diseminación del mensaje cristiano. La meta para los cristianos bajo la cual caen todas las demás metas es la de honrar a Dios. El objetivo del evangelio de Cristo es transformar el pensamiento y el comportamiento de quienes escuchan. La tarea es difícil, pero no honra al Dios Creador ni a Su Cristo cuando el mensaje está tan viciado que Su doctrina solo es aplicada a unas pocas personas de la tierra.

Versículo 6. Había llegado el momento de que el apóstol fuera franco. Con toda la autoridad que Cristo le había dado, en lugar de avanzar con evidencia y razón, Juan hizo la siguiente declaración: **Nosotros [enfático] somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye.** Juan hizo una clara distinción entre los falsos profetas y sus seguidores, por un lado, y los maestros apostólicos y sus seguidores, por el otro. Los pronombres que comienzan versículos sucesivos, *humeis* («vosotros») en 4.4, *αὐτοί* (*autoi*, «ellos») en 4.5 y *ἡμεῖς* (*hēmeis*, «nosotros») en 4.6, son enfáticos. Juan les aseguró a sus lectores que oía a Dios junto con ellos y, por lo tanto, vivía la verdad. «Ustedes son de Dios», les dijo Juan a sus lectores, sin embargo, no quería que ellos olvidaran que, junto con ellos, «somos de Dios».

Al final, la religión trata de lo que Dios ha dicho. Las iglesias de Asia habían comenzado con palabras habladas, no con documentos escritos. Con el tiempo llegaron los documentos; pero al principio, la comunicación del evangelio la realizaba una persona que tenía la valentía y la confianza para hablarle a otro de lo que Dios había dicho y hecho. Al final, se tiene que creer en Dios para ser salvos. Sin embargo, el pecado está tan arraigado en la vida humana que la súplica: «Creo; ayuda mi incredulidad» (Mr 9.24) nunca deja de ser relevante.

Certeza sobre el significado de la vida humana, el juicio y la vida en la era venidera: todas las grandes preguntas tienen respuestas incognosci-

bles para aquellos que dependen únicamente del mundo. Juan reconoció resueltamente que Dios le había hablado a él y a los demás apóstoles. El apóstol había recibido revelación de Dios. Por lo tanto, pudo afirmar que su mensaje es verdadero y seguir diciendo: **En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error.** El apóstol asumió una posición de autoridad. «El que nos oye», dijo, «es de Dios». Así de sencillo. En 3.21, había escrito: «Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios». Juan demostró en 4.6 la confianza, el denuedo (*parrhēsia*), que él elogió en otros lugares. Los hombres y mujeres que están perdidos en el pecado tienen poco interés en mensajes conjeturales. Desean y necesitan ver y comprender la audacia y la confianza de quienes conocen la verdad.

MANDAMIENTO: AMARNOS UNOS A OTROS (4.7–14)

Ser discípulo de Cristo comienza con hacer propia una confesión; es decir, comienza con autoridad (4.6). De ahí pasa a la ética y la moral. La revelación de Dios comienza con la creación y procede a descubrir el pecado y luego revela la esperanza. Termina con exigencias de que el pueblo de Dios sea lleno de la gracia que lo llena a Él. Puesto que Dios es amor y bondad, ha incorporado bondad en el grano de Su creación. Por tanto, Su pueblo ha de ser bueno. El bien y el mal, lo justo y lo injusto, no tienen puntos de referencia a menos que Dios haya hablado. Que haya hablado no es un mito que deba abrazarse mientras las personas intentan escapar de una existencia que de otro modo no tendría sentido. Es una realidad objetiva. Juan se movió hábilmente entre su declaración de que Dios ha irrumpido en la esfera de la vida humana y ha hablado, y su afirmación igualmente vigorosa de que, por lo tanto, el pueblo de Dios ha de ser una comunidad en la que se aman unos a otros.

⁷**Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios.** ⁸**El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor.** ⁹**En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él.** ¹⁰**En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.** ¹¹**Amados, si Dios nos ha amado así, debemos**

también nosotros amarnos unos a otros. ¹²**Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros.**

¹³**En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu.** ¹⁴**Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo.**

Versículo 7. Por tercera vez en su carta, Juan pasó a un análisis sobre el amor como el ingrediente crítico por el que la conducta cristiana había de ser medida (2.7–11; 3.11–18). Había un cuidadoso equilibrio en sus palabras. Dios ha mostrado el camino. **Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios.** En la vida de carne y sangre de Jesús, el amor había sido visto, manipulado y tocado. Sin embargo, el cristiano tenía que ejercer un discernimiento crítico sobre quién era su hermano. Los falsos profetas eran anticristos, no hermanos. No escuchaban a Juan ni a los demás apóstoles (4.6). Lo último que quería el apóstol era que sus lectores creyeran en todo espíritu (4.1), pero difícilmente sugirió que la sospecha y la duda mutuas había de plagar a los creyentes. El amor que fluía de Dios y de Su Hijo Jesucristo había de ser evidente en aquellos que habían nacido de Dios y que, en consecuencia, conocían a Dios. Los cristianos no solo habían de amar a Dios; también habían de amarse unos a otros.

En Cristo, **Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios.** Nacer de Dios es estar revestido espiritualmente de Él. Es poner la mente y los deseos en la guía de Dios. Pablo escribió acerca de nacer de Dios de esta manera: «porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestido» (Ga 3.27). Juan quería que los creyentes identificaran la comunión de los redimidos como aquellos que habían aprendido a imitar a Dios. Todo lo que Dios hace fluye de Su ser, un ser que está arraigado en el amor. Dios es amor. Ron Highfield lo dijo de la siguiente manera: «Solo podemos conocer el amor amando; por lo tanto, aparte de amarle, no podemos “conocer a Dios”». ⁸ Se tiene que agregar que la medida de la presencia del amor no es un sentimiento que invade el corazón; consiste en un comportamiento

⁸ Ron Highfield, *Great Is the Lord: Theology for the Praise of God (Grande es el Señor: teología para la alabanza a Dios)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 2008), 49.

amoroso, actos y hechos amorosos (Jn 3.17).

Cuando Juan escribió «Todo el que ama», no quiso decir que todo el que es movido a un sentimiento emocional (incluso cuando Dios es su objeto) es nacido de Dios. Muchos de los anticristos podrían haber sido emocionales y afectuosos. El amor incluía, ante todo, el compromiso de los cristianos con el testimonio apostólico de que Jesús se había hecho carne. En segundo lugar, quería decir que los cristianos imitan el amor de Cristo en sus vidas.

Versículo 8. Independientemente de su profesión verbal, aquellos que no han logrado imbuir un tipo de amor piadoso en su carácter han tendido a mirar a Dios con sospecha y duda. El amor es más que una cualidad de Dios entre otras; el amor es esencial para Su naturaleza. Por tanto, **El que no ama, no ha conocido a Dios.** Los dioses y diosas del mundo grecorromano eran caprichosos y egoístas. La comprensión pagana de los dioses, sugirió Juan, había influido en sus opiniones sobre la humanidad. Los anticristos, todavía influenciados por formas paganas de pensar, eran dados a creer que el interés propio estaba detrás de lo que Dios mandaba. Los fatalistas suponían que Él era indiferente a los asuntos humanos. Los falsos profetas desde los días de Juan hasta el presente han acusado a Dios de querer dominar a las indefensas criaturas que ha creado. Nacer de Dios es reconocer su majestad soberana y Su amor divino. Es confesar que Dios ha salvado sin otra razón que el derramamiento de Su amor.

Versículo 9. En esto (*en toutō*), como en 4.10, podría apuntar hacia atrás o hacia adelante. La máxima manifestación del amor de Dios por la familia humana ha sido en el envío de **su Hijo unigénito al mundo**, sin embargo, puede que la frase esté tan estrechamente unida a «en esto» que debe pensarse que el conjunto se refiere a «Dios es amor» del versículo anterior.

La palabra que se traduce como «unigénito» (*μονογενής*, *monogenēs*) aparece sólo aquí en las cartas de Juan. Aparece cuatro veces más en el Evangelio de Juan (1.14, 18; 3.16, 18), refiriéndose a Jesús en todos los casos. La misma palabra aparece tres veces en Lucas para un hijo único del tipo ordinario (7.12 de la viuda del hijo de Naín, en 8.42 de la hija de Jairo y en 9.38 de un niño endemoniado). Se usa para el hijo de la promesa de Abraham, Isaac, en Hebreos 11.17.

La forma y función peculiar de *monogenēs* en 1ª Juan dificulta la traducción. Es una palabra

compuesta que consta de *μόνος* (*monos*, «único») y *γενής* (*genēs*, «nacimiento»). En las obras de los autores clásicos, las dos palabras intercaladas se referían al «único miembro de un pariente o especie».⁹ «Único» parece una traducción justa de la palabra, sin embargo, ¿en qué sentido se refiere *monogenēs* a la naturaleza única de Cristo? Jesús era el Hijo de Dios, sin embargo, no es raro en la Biblia que un hombre piadoso sea llamado «hijo de Dios». ¿Consistía la naturaleza única de Jesús en ser el único Hijo de Dios nacido de una virgen (Mt 1.18; Lc 1.26, 27)? ¿Era el uso que Juan hizo de la palabra una referencia velada al nacimiento virginal?

Juan en ninguna parte se refirió directamente al nacimiento virginal de Cristo, a menos que fuera en su elección de esta palabra. Podría haber un indicio del nacimiento virginal en Juan 8.41, cuando ciertos judíos dijeron: «Nosotros no somos nacidos de fornicación». Quizás los informes que habían escuchado sobre el nacimiento virginal de Jesús les dieron munición para sugerir que Él había nacido de fornicación, sin embargo, todo es solo sugerente. Sigue siendo cierto que Juan en ninguna parte se refirió al nacimiento virginal de Cristo si no fue en su elección de la palabra *monogenēs*.

Otra posibilidad es que la palabra no describa tanto a Jesús como sí a María. Según esta idea, dio a luz a un solo hijo; fue una virgen perpetua. Entre otros hechos, la referencia a otros hijos e hijas de José y María (Mt 13.55, 56) descarta esa posibilidad. Las explicaciones fantasiosas que sugieren que José tuvo hijos de un matrimonio anterior, o que «hermanos y hermanas» equivalen a primos, no logran convencer. El uso que hace Lucas de la palabra para hijo único y su no uso de la palabra como descriptiva de Jesús indica que él pretendía que no tuviera implicaciones sobrenaturales. Los lectores de la Biblia se quedan con el uso que hace Juan de la palabra solo en contextos en los que se refiere a Jesús. Sin embargo, en el Evangelio de Juan, la naturaleza única de Jesús consistió en algo más que haber nacido de una virgen. Él estuvo con Dios antes que el mundo existiera (Jn 8.58); Su relación con el Padre era de una cercanía que trascendía a hombres mortales (Jn 10.38); vivió sin pecado (1ª Jn 3.5).

Lo siguiente es cierto: Juan, el discípulo a quien

⁹ Henry George Liddell y Robert Scott, *A Greek-English Lexicon (Léxico griego-inglés)*, 9ª ed., rev. Henry Stuart Jones (New York: Oxford University Press, 1940), 1144.

Jesús amaba, parece haber resumido la singularidad de la condición de Hijo de Jesús con elegir la palabra *monogenēs*. En cierto sentido, todas las personas son hijos de Dios; en otro, los ángeles son Sus hijos, y en otro, los piadosos son Sus hijos. La condición de Hijo de Jesús sugiere una relación única entre Él y el Creador, que no aplica a ningún otro. La mejor forma de traducir la palabra es otro tema. Si bien «unigénito» es tradicional, la palabra quizás pone más énfasis en el nacimiento de Cristo de lo que la palabra griega justifica. Aún así, «único» es demasiado suave para la referencia a la Deidad. Apropiadamente, el uso que hace Juan de la palabra seguramente quiere decir que Jesús era el único Hijo de Dios.

Juan no afirmó que el amor de Dios se manifestó solo en la encarnación del Hijo de Dios. La criatura puede ver el amor de Dios en el mundo donde vive, incluso en su propio aliento y latidos. Debido a que «Dios es amor», desea tener comunión con un pueblo que pueda, en respuesta, elegir amarlo. Cuando todo lo demás falló, Dios se acercó en amor enviando un Hijo «unigénito». Debido a que Él es amor, Dios llegó al extremo de enviar a Su Hijo para que la humanidad pudiera encontrar vida. La máxima expresión del amor de Dios y Su Ser está en la encarnación de Su Hijo. Dios envió al Hijo **para que vivamos por él**.

Versículo 10. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Dios ha iniciado la naturaleza única que comparte con aquellos que tienen fe en Cristo. La familia humana inicialmente no se acercó en amor a Él, sino que Él se acercó a Su creación enviando un Hijo. (Compare con Ro 5.8.) El acto de amor de Dios en Cristo es la fuerza inspiradora para que los creyentes vivan como Dios. Dios no ha amado a la humanidad en abstracto. Ha provisto las riquezas de la tierra para Su pueblo (Hch 14.17), sin embargo, cuando la raza humana respondió sin amor por Él, no los abandonó. Su amor lo llevó a ir más lejos. Por esta razón, cuando se está en Cristo, no hay lugar para la autocomplacencia. Los cristianos saben amar solo porque Dios les ha mostrado cómo.

Por segunda vez, Juan usó la rica palabra doctrinal *hilasmos* («propiciación»). Hablando correctamente, el término aparece en el Nuevo Testamento solo en 1ª Juan 2.2 y 4.10, aunque los afines se encuentran en otros lugares. (Vea comentarios sobre 2.2.) John R. W. Stott hizo la siguiente

observación:

La necesidad de la propiciación no la constituye la ira de Dios en forma aislada, ni el pecado del hombre en forma aislada, sino ambos juntos. El pecado es «infracción de la ley» ([3.4]), un desafiante desprecio por la ley de Dios que merece el juicio de Dios. Es este juicio divino sobre la rebelión humana lo que constituye la barrera para la comunión con Dios; y no puede haber expiación del pecado del hombre sin una propiciación de la ira de Dios.¹⁰

Versículo 11. Habiendo sentado las bases para la exhortación moral en la revelación que hace Dios de Su Ser, Juan estaba listo para volverse hacia la responsabilidad mutua de los cristianos entre sí: **Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros.** Dios es siempre el ejemplo para Su pueblo (2.6). Él amó; Su pueblo tiene que amar. El amor no es una definición abstracta o teórica de Dios. Su amor puede verse en el acto concreto de dar a Su Hijo. Jesús colgado en la cruz fue una demanda de que aquellos que usan Su nombre muestren el mismo tipo de amor para con sus hermanos y hermanas. El amor no es una cualidad alimentada emocionalmente que va y viene. A menos que se exprese el amor en las relaciones concretas que tiene con la familia, es inexistente.

Versículo 12. Si bien **Nadie ha visto jamás a Dios** en forma física, el mundo testimonia de Su majestad creativa y Su bondad inherente (Hch 14.17). Los creyentes no solo le ven en las glorias de los cielos y el producto de la tierra, también le ven en las vidas transformadas de Su pueblo. Los cristianos son un pueblo que conoce el amor porque han sido testigos del amor en el Creador y Su creación. Más importante que ver a Dios es tener el amor de Dios en el corazón. **Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, escribió Juan, y su amor se ha perfeccionado en nosotros.** El amor de Dios, Juan dijo, permanece insatisfecho mientras su expresión provenga únicamente de la dirección de Dios hacia la raza humana. Se perfecciona cuando los cristianos se aman como Él lo ha demostrado.

Agustín admitió que, en ocasiones, Dios se apareció a los patriarcas; pero sostuvo que lo que vieron no fue a Dios mismo. El eclesiástico del siglo quinto utilizó la relación entre el pensamiento y el

¹⁰ John R. W. Stott, *The Epistles of John (Las epístolas de Juan)*, Tyndale New Testament Commentaries (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1964), 87.

habla para resaltar su conclusión. El pensamiento y el habla, señaló Agustín, son distintos. Cuando alguien escucha a otro hablar, no oye el pensamiento que lo precedió en la mente. Aún así, el pensamiento está realmente presente en el discurso. De manera similar, lo que vieron los patriarcas no fue a Dios mismo, sin embargo, al mismo tiempo, Dios estaba verdaderamente presente en lo que vieron.¹¹ Como Agustín, Juan sostuvo que cuando el amor de Dios está realmente presente en los actos de amor que realiza el pueblo de Dios, Dios mismo está ahí. Los creyentes y los no creyentes ven a Dios cuando ven a Su pueblo actuar de manera desinteresada para servir a los demás.

La observación «Nadie ha visto jamás a Dios» parece desvinculada de lo que precede y sigue. ¿Cuál es la relevancia de «Nadie ha visto [...] a Dios» para los propósitos doctrinales y éticos que el apóstol tenía para su carta? (Una declaración similar aparece en Juan 1.18.) Quizás la afirmación tenga alguna relación con el cierre inesperado de la carta: «Hijitos, guardaos de los ídolos» (5.21). Los primeros lectores de Juan habían visto muchas imágenes ante las cuales adoraban los devotos (Hch 17.23). El mundo grecorromano tenía muchos dioses. La observación de que nadie ha visto a Dios podría no ser tan intrusiva como se podría suponer inicialmente. Juan podría haber estado diciendo que el Dios de Jesucristo es sustancialmente diferente de los dioses paganos.

Puede que el apóstol haya sido sensible a la acusación de que afirmar que Jesús había sido visto y palpado en la carne era convertirlo en una presencia material, no más que un ídolo. Tanto judíos como musulmanes han acusado a los cristianos por afirmar que Dios es Uno y que al mismo tiempo es tres. Sostienen que uno más uno más uno no es igual a uno. No ven que Jesús era Dios encarnado, como afirmó Juan. Él era Dios en forma carnal, sin embargo, ver y palpar a Jesús no era precisamente lo mismo que ver y palpar a Dios. La fe de Israel se basaba en la fe en el Dios invisible e incognoscible, que no podía ser limitado a la forma de una imagen.

Juan no habría tenido ningún debate con Josefo cuando el historiador escribió:

Pero su forma y magnitud sobrepasan nuestro poder de descripción. Ningún material, por caro que sea, es apto para hacer una imagen de él; ningún arte tiene habilidad para concebirlo

y representarlo. Jamás le hemos visto, no lo imaginamos, y es impío conjeturar.¹²

La forma física de Jesús en la carne no era lo mismo que ver a Dios como tampoco lo vio Abraham en las llanuras de Mamre (Gn 18.1). Al mismo tiempo, Dios estaba verdaderamente presente en lo que Abraham vio y en lo que vieron los discípulos de Jesús de Nazaret.

Versículo 13. La pregunta de 3.24 ha vuelto a surgir: ¿Cómo puede el cristiano estar seguro de que permanece en Dios y que Dios permanece en él? De hecho, ¿cómo puede saber que el Espíritu de Dios habita en él? En 3.24, Juan respondió que los cristianos saben que Dios permanece en ellos por medio del Espíritu cuando guardan Sus mandamientos. Si entendemos que *en toutō* («en esto») en 4.13 mira atrás y no adelante, Juan estaba siendo más específico acerca de los mandamientos de Dios que han de guardarse de lo que había sido en 3.24. «Si nos amamos unos a otros» (4.12), guardando este mandamiento, los cristianos saben que Dios permanece en ellos. **En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu.** Experimentan el testimonio vivo del Espíritu en sus vidas, ven la perfección del amor de Dios en ellos mismos, cuando se aman unos a otros. La presencia de la morada de Dios y Su Espíritu equivale a más que un sentimiento.

El creyente sabe que pertenece a Dios cuando ama; y además, lo sabe porque Dios ha derramado Su Espíritu en su corazón. Quizás los cristianos de hoy dan demasiada importancia a la morada del Espíritu Santo en los creyentes como distinta de la morada de Dios o la morada de Cristo en ellos. (Vea 2ª Co 13.5; Ga 2.20.) Si este pasaje afirma que el Espíritu mora en el creyente, también afirma que Dios mora en él. El conocimiento de la morada, sostenía Juan, se mide en términos de comportamiento. En este y en los siguientes versículos, Juan ofreció a los creyentes una triple seguridad de que son bendecidos por Dios y pertenecen a Él: 1) la presencia del Espíritu, 2) la confesión de que Jesús en la carne es el Hijo de Dios, y 3) el amor que se tienen unos por otros.

Versículo 14. Además del testimonio del Espíritu en la vida de los creyentes, Juan apeló a su testimonio personal como testigo ocular (vea 1.1) de **que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador**

¹¹ Agustín *Ciudad de Dios* 10.13.

¹² Josefo *Contra Apion* 2.190–91.

del mundo. Los falsos profetas hacían afirmaciones acerca de la persona de Jesús, particularmente acerca de Su apariencia carnal, sin embargo, no le habían visto. Juan le había visto.

Los creyentes combinan factores objetivos y subjetivos en la afirmación que hacen de que Jesús es el Hijo de Dios, su Salvador y amigo. En Juan 15.26, 27, Jesús les prometió a Sus seguidores que el Espíritu Santo vendría a ellos del Padre. El Espíritu, el Consolador, testificaría que Jesús era el Cristo. El Señor usó la misma palabra para Espíritu en Juan 15.26, *paraklētos*, que el apóstol había usado de Jesús mismo en 1ª Juan 2.1. Los traductores de la Reina-Valera tradujeron la palabra como «Consolador» cuando se refiere al Espíritu en Juan 15.26, pero «abogado» cuando se refiere a Jesús en 1ª Juan 2.1. El cristiano conoce a Dios porque obedece objetivamente los mandamientos de Dios y ama a su prójimo, sin embargo, conoce a Dios subjetivamente por medio de la voz de la oración y la respuesta de Dios a la oración. Le conoce mediante su cumplimiento de la guía providencial de Dios en un mundo ordenado que lo rodea, y por medio de un sentido subjetivo de Su presencia permanente.

CONFIANZA: EL AMOR PERFECCIONADO ECHA FUERA EL TEMOR (4.15–21)

Esas desagradables valoraciones de la vida humana conjuradas por el mundo en su desesperanza no tienen cabida en la conciencia cristiana. Aquellos que hablan de la vida como una «desesperación silenciosa» o algún otro epitafio triste al que los jóvenes tienden a aferrarse deben guardar silencio. El valor de las cosas tiene mucho que ver con sus comienzos y sus finales. Jesús presentó un escenario delimitado por Génesis 1 y Apocalipsis 22. Dios llamó al universo a existir. Comenzó y, por lo tanto, es definido por Él. ¿A dónde va? Aquel para quien fue hecho el mundo (Col 1.16), volverá. Con Su venida, esta era terminará, y todos los hombres estarán ante Él para ser juzgados (Ap 22.12, 13).

Habiendo dirigido los ojos de sus lectores al comportamiento que el amor ha inspirado, el apóstol les recordó la confianza que tendrán cuando llegue el día del juicio. Mientras tanto, el temor y el aborrecimiento y todo lo que los acompaña residen en el pasado del creyente. La obediencia a Dios es la respuesta de los cristianos a Su amor, no el precio que pagan porque temen ser arrojados a un infierno de fuego. El gozo del mundo resulta ser su bondad. En aprender a imitar el amor que Jesús

ha modelado, los creyentes viven libres de temor.

¹⁵Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios. ¹⁶Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él. ¹⁷En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo. ¹⁸En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor. ¹⁹Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero. ²⁰Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? ²¹Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano.

Versículo 15. El camino a Dios, dijo Juan, es por medio de Su Hijo Jesús. No hay otra manera (Hch 4.12). La salvación del pecado, la reconciliación con Dios, todo ello, se basa en lo siguiente: **Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios.** A medida que la morada mutua se había expresado en términos de amor los unos por los otros (4.11–13), se plasmó simultáneamente en la confesión de que Jesús en la carne es el Hijo de Dios. La pregunta implícita que impulsaba el aliento del apóstol a sus lectores decía: «¿Cuál es la base para la seguridad del creyente de que conoce a Dios?».

Juan había estado abordando el impulso religioso fundamental que ha llevado a hombres y mujeres por el tiempo y el espacio. Aquellos que buscan una relación con la Deidad, sin importar cuándo vivan o quiénes son, creen que en los detalles de su vida religiosa hay un impulso universal. Lo divino que conocen puede ser hallado por otros que experimentan lo que hacen. Pablo se lo dijo a los filósofos atenienses cuando habló de aquellos que «[buscarían] a Dios, si en alguna manera, palpando, [podrían] hallarle» (Hch 17.27). En lugar de señalar fenómenos de la naturaleza o experiencias subjetivas, el apóstol respondió a preguntas sobre los fundamentos de la seguridad del creyente señalando el comportamiento. La seguridad del cristiano de que su fe y esperanza se basan en la realidad objetiva proviene de con-

sideraciones de comportamiento espiritual.

Los cristianos tenían motivos para amarse unos a otros. El Jesús divino se había hecho carne humana y murió desinteresadamente para que ellos fueran salvos. No se parecía a nada que hubieran aprendido de la mitología de los dioses a quienes habían servido anteriormente. Amándose unos a otros, confesaban que Jesús era el Hijo de Dios. La fe, y no el conocimiento esotérico de los anticristos, era el camino a la paz y la esperanza con Dios. Por lo que había visto, oído y palpado, Juan dio testimonio (1.1; 4.14). La confesión verbal de sus lectores basada en su testimonio era tanto una base para su confianza en la convivencia mutua con Dios como un desafío para que crecieran en su amor unos por otros.

Versículo 16. Morar mutuamente, permanecer en Él y Su permanencia en los cristianos seguía siendo el tema de Juan. Dios y el Espíritu moran en el creyente. La confianza de que Dios mora en Su pueblo es la misma confianza de que el Espíritu mora en ellos. La seguridad de la convivencia mutua proviene de la confesión y del amor mutuo. Para el apóstol, el amor se definía solo en parte como un sentimiento cálido interno. Ya había dicho que los cristianos tenían que estar dispuestos a dar la vida unos por otros (3.16). Había preguntado: «Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?» (3.17). Uno sabe que ama, y por eso sabe que **permanece en Dios, y Dios en él**, cuando considera la forma en que Cristo le ha transformado.

La base para la seguridad de la esperanza divina y la vida eterna está en los cambios que la fe ha producido en el comportamiento de este mundo. Al considerar el comportamiento semejante al de Cristo, **nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros**. La importancia de los términos *menō* («quedar, permanecer») y *agapē* («amar») no puede subestimarse. Por segunda vez, afirmó Juan, **Dios es amor**. El amor que los cristianos se muestran unos a otros y su confesión de que Jesús es el Hijo de Dios son las bases para la confianza de que son uno con Dios, que Dios permanece en ellos y ellos en Él. Juan trasladó el pensamiento de la confesión al comportamiento. El comportamiento contrastaba con la defensa del conocimiento esotérico como el propuesto por los anticristos. En estos versículos, Juan alcanzó el punto culminante de la confesión en la epístola. Se negó a dejar la confesión del creyente

pendiendo en la incertidumbre. La confesión está entrelazada con el amor, y el amor es impensable sin el comportamiento.

Siglos antes de Pablo, Aristóteles había hablado de un dios abstracto, un «motor primario» y un «ser perfecto». El pensador había pasado más allá del animalismo de la mitología griega clásica, sin embargo, dejó a sus estudiantes con un ser impersonal. El Dios de Israel, el Padre de Jesucristo, conocía a los lectores de Juan. Él era amor; Su comportamiento había estado motivado por el amor. Deseaba ver amor en el comportamiento de Sus hijos. En el comportamiento de ellos estaba su seguridad y su obediencia.

Dios es amor, no poder ni perfección abstracta. El amor siendo Dios fue el tema de Pierre Grelot cuando escribió: «Esta analogía de nuestra propia experiencia vale más que cualquier definición metafísica».¹³ Las cavilaciones metafísicas de Aristóteles no están a la altura de la seguridad de Juan, basada como estaba en el comportamiento personal de los creyentes. La certeza de la morada de Dios, que es lo mismo que la seguridad de la morada del Espíritu, es cuando los cristianos se aman unos a otros, cuando confiesan a Jesús en la carne como Su Hijo y cuando moran en una esfera donde el amor guía cada uno de sus pasos.

Versículo 17. Con la frase *en toutō*, «En esto», Juan continuó mirando atrás por encima de su hombro. Cuando **se ha perfeccionado el amor en nosotros**, escribió Juan, cuando el creyente «permanece en Dios, y Dios en él» (4.16), cuando el amor mutuo surge del conocimiento de que Dios es amor, cuando todo eso es verdad, el cristiano experimenta el amor en toda su bondad. El resultado es que tiene **confianza** al tiempo que anticipa **el día del juicio**. Por tercera vez en su primera carta, Juan usó la palabra *parrēsia* («confianza»). En 2.28, como en 4.17, Juan anticipaba el regreso de Cristo. Aquellos que «permanecen en él» no tienen por qué, «en su venida», «[alejarse] de él avergonzados». Pablo le había recordado a Timoteo: «Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio» (2ª Ti 1.7). Ni mientras se vive en este mundo ni mientras se anticipa el regreso del Señor, el que posee a Jesús como el Cristo no tiene por qué vivir en la incertidumbre ni la confusión. Uno de los proverbios

¹³ Pierre Grelot, *The Language of Symbolism: Biblical Theology, Semantics, and Exegesis (El lenguaje del simbolismo: teología bíblica, semántica y exégesis)*, trad. Christopher R. Smith (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 2006), 38.

de Israel dice:

Huye el impío sin que nadie lo persiga;
Mas el justo está confiado como un león (Pr 28.1).

El segundo uso que hizo Juan de la palabra «confianza» abarcaba tanto la perspectiva del cristiano en este mundo como la era venidera. «Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios» (3.21). El pecado, el repudio y el comprometerse engendraban incertidumbre y baja autoestima. «Vive», insinuó Juan, «para que en el día del juicio ningún pecado culposo y secreto infrinja la vida de amor por tu prójimo, para que no surja ninguna duda acerca de la gracia de Dios que se ha manifestado en Su Hijo».

Cuando Juan escribió, **pues como él es, así somos nosotros en este mundo**, probablemente quiso decir que los creyentes son como Él (como Cristo) porque se han convertido en hijos y herederos por medio de Cristo. La idea no se aleja mucho de las palabras de Pablo: «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo» (Ro 8.16, 17). Debido a que los cristianos han absorbido Su manera de vivir, son partícipes de Su herencia, Su justicia y Su relación con Dios. Jesús ha sido partícipe de la carne y la sangre de la creación. El haber estado en carne humana no solo quiere decir que se ha hecho como los cristianos, sino que los cristianos también pueden llegar a ser como Él.

Versículo 18. Entre los asuntos que los cristianos han de equilibrar en sus vidas están el temor y la fe. En cierto sentido, la Biblia elogia el temor de Dios. Pedro escribió: «Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey» (1ª P 2.17). El sabio de Israel había dicho: «Teme a Jehová, hijo mío, y al rey» (Pr 24.21). A veces, el temor raya en el respeto y el asombro. En otras ocasiones, el temor puede ser debilitante. El hombre de un talento se excusó diciéndole a su maestro: «por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra» (Mt 25.25). El temor ante la presencia de Dios es algo bueno cuando evoca humildad y obediencia; es algo malo cuando es la única motivación para hacer la voluntad de un Padre bondadoso.

Los cristianos deben reflexionar sobre el regreso del Señor y sobre su posición en el juicio ante Él (Mr 8.37, 38; Jn 5.28, 29; 2ª Co 5.10). No es espiritualmente saludable cuando los cristianos obedecen a Dios solo por temor, o cuando viven

con temor del regreso del Señor porque son atormentados por los pecados que han cometido. El apóstol Juan quería que los creyentes superaran el temor por medio del amor. **En el amor no hay temor; dijo, sino que el perfecto amor echa fuera el temor.**

A medida que un cristiano madura, llega a conocer el amor y la gracia de Dios. Un Padre amoroso ha enviado a Jesús como Salvador para que cargue con la culpa y el pago del pecado. La gracia no es una licencia para pecar, sin embargo, la gracia expulsa el temor de encontrarse con el Señor al final de los tiempos. Juan dijo: **porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor.** El que vive con temor mientras confiesa a Cristo ya está padeciendo el castigo por sus pecados. No hay temor de que el juicio venga cuando se está en Cristo. «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Ro 8.1).

Los cristianos viven con confianza, sabiendo que el Salvador que murió por ellos reclamará a Su pueblo. Stott escribió: «Podemos amar y reverenciar a Dios simultáneamente (cf. He [5.7]), pero no podemos acercarnos a él con amor y al mismo tiempo escondernos de él con temor (cf. Ro [8.14–15; 2ª Ti 1.7])». ¹⁴Debido a que los cristianos confían en que sus vidas tienen sentido y que Dios vela por ellos, se comprometen con el estilo de vida que el Señor les ha enseñado. Las ansiedades y temores que acompañan al envejecimiento y la muerte son sofocados por la confianza de que el perdón es la promesa de Dios para aquellos que vienen a Él mediante la fe en Cristo. La vida avanza hacia el fin prescrito por Dios (He 9.27). No solo la vida individual del cristiano avanza hacia un fin y un propósito, sino que la totalidad de la historia humana avanza hacia un fin. La vida en el planeta llega a una conclusión determinada por Dios. El azar y el destino no determinan si el mundo llega o no a su fin ni cuándo será. La confianza de que Jesús ha venido y la confianza de que vendrá nuevamente son fundamentales para la vida cristiana. No es de extrañar que el apóstol Juan volviera a la palabra «confianza» repetidamente en el transcurso de su primera carta (2.28; 3.21; 4.17; y 5.14).

Versículo 19. Ambos pronombres, «nosotros» (*hēmeis*) y «él» (*autos*), son enfáticos. La sintaxis griega no requiere la escritura explícita de ninguno de los pronombres a menos que un autor quisiera

¹⁴ Stott, 169.

enfatarlos. El amor encuentra su propósito de ser y su forma de expresión en el ejemplo de Dios. **Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero.** El pueblo de Dios no sabe nada del amor sin que Dios le haya revelado qué es el amor. El incrédulo que promueve el amor como nada más que una preferencia no tiene la idea correcta. Dios no solo habló de amor, también lo demostró. Su amor requería que actuara. El amor no existe sin comportamiento. Dios inició el amor entre Él y un pueblo elegido cuando envió a Su Hijo como Salvador. En vista de que el amor tiene su definición y sustancia en el amor que Dios ha mostrado por Su creación, lo lógico es que Dios sea la raíz de la que brota la ética. Sin el amor de Dios, el bien y el mal no son, en el mejor de los casos, más que brebajes arbitrarios mediante los cuales algunas personas buscan vivir.

Versículo 20. Para que sus lectores no se entusiasmen demasiado con un amor abstracto por Dios que habita muy lejos en los cielos, Juan llamó a sus lectores a regresar al ejercicio del amor en las relaciones ordinarias que mantenían con las personas que los rodeaban. **Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso,** escribió Juan. Para el cristiano, hablar de amor por Dios sin mostrar amor por las personas que tocan su vida es poner una mentira en el lugar del amor por Dios. Jesús enseñó lo mismo en la escena del gran juicio. «De cierto os digo», dijo el Señor, «en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis» (Mt 25.40).

En el Sermón del Monte, Jesús instó a Sus discípulos a examinar sus motivos para dar limosnas, ofrecer oraciones y ayunar (Mt 6.1–18). Les instó a dar no solo por la compasión que sentían por las necesidades de los demás, sino también como un acto de piedad. Dios había de ser incluido en la transacción. Jesús deseaba que Sus discípulos dieran para que pudieran ser como Dios. «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto», dijo Jesús (Mt 5.48). Sexto, un cristiano de finales del siglo segundo, escribió: «La bondad para con los hombres en nombre de Dios es el único sacrificio adecuado para Dios». Añadió: «Dios no escucha la oración del que no escucha a los necesitados».¹⁵

¹⁵ Sexto *Sentencias* 47, 217; citado en Everett Ferguson, *Early Christians Speak (Hablan los cristianos primitivos)* (Austin, Tex.: Sweet Publishing Co., 1971), 210.

El camino del seguidor de Cristo es dar, dar sin reservas y dar sin lamentarse por lo dado (2ª Co 9.7). No ha de retener un ofrecimiento hasta que pueda obtener algún beneficio para sí mismo. El proverbio decía:

No digas a tu prójimo: Anda, y vuelve,
Y mañana te daré,
Cuando tienes contigo qué darle (Pr 3.28).

Para el apóstol que se apoyó en el pecho del Señor, no había generosidad por grados. Se ama al hermano o se le repudia. Juan dictó esta sentencia sobre el que dice amar a Dios pero aborrece a su hermano: «es mentiroso». Luego explicó: **Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?**

Juan asumió que es más fácil amar a un hermano concretamente, un hermano que está ante nuestros ojos, que amar a Dios a quien nadie ha visto (1ª Jn 4.12). Su punto, por supuesto, era válido, pero se puede afirmar que se ama a Dios precisamente porque Él está distante y lejos. Dios no deja platos sucios en la mesa; Sus palabras no son crueles ni mordaces. Incluso un hermano o hermana en la carne puede ser irritante. Tanto el amor como el aborrecimiento son más fáciles por un hermano cercano que por Dios que habita en el cielo. Con Juan, el contraste era entre lo concreto, el hermano a quien tocamos y vemos, frente a Dios a quien los cristianos experimentan por la fe. Al final, el apóstol amonestó a sus lectores a aprender a mirar y encontrar las cosas en los hermanos y hermanas que provocan admiración y amor. Una vez hecho lo anterior, el creyente ha de permitir que el amor le motive a la caridad y la compasión.

Versículo 21. Cualquiera que ama a Dios escuchará Sus mandamientos: **Y nosotros tenemos este mandamiento de él.** Es Dios mismo quien le manda a Su pueblo a amarse unos a otros. Los anticristos se comportaban como si el amor a Dios estuviera separado de la forma en que se trataban a los hermanos y hermanas en Cristo. Mientras aún estaba en la tierra, Jesús había dicho: «Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado» (Jn 15.12). Juan añadió: **El que ama a Dios, ame también a su hermano.** El amor no es una mera abstracción. Ha de vivirse en las relaciones que un cristiano tiene con las personas que le rodean. No amar a un hermano o hermana equivale a no amar a Dios.

Lecciones para hoy de 1ª Juan 4

Mayor es el que está en vosotros (4.4)

Juan tranquilizó a sus lectores, diciendo: «mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo» (4.4b). El mensaje constante de la Biblia es que Dios es todo bueno y todopoderoso. Debido a que entiende quién es Dios, el cristiano confía en que la bondad triunfará al final. Dios en Su poder no lo permitiría de otra manera. Las dos afirmaciones, que Dios es todo bueno y todopoderoso, sustentan la cosmovisión cristiana.

Los escépticos y los incrédulos sostienen que un examen pragmático de las cosas como son quiere decir que Dios no puede ser todopoderoso y todo bueno. El mal en el mundo, el sufrimiento de los inocentes y las injusticias sufridas por los desamparados, quieren decir que Dios no es del todo bueno o que no es todopoderoso. Si fuera ambos, sostiene el escéptico, el mundo sería un lugar mejor. Quizás Dios ha hecho lo mejor que pudo con el universo, o quizás puso el orden moral del mundo en su curso actual porque deseaba experimentar o divertirse. En cualquier caso, sostiene un escéptico, si el mundo es el resultado de los actos creativos de Dios, no puede ser todo bueno ni todopoderoso. Los escépticos logran hacer algunas preguntas inquietantes. Los cristianos las descartan a la ligera a su propio riesgo.

Presionados con las preguntas, algunos creyentes han recurrido a una postura atrincherada sobre el poder soberano de Dios, a la que Su bondad y justicia están atadas por un tenue hilo. La teología reformada, llamada popularmente calvinismo,¹ adopta una postura firme sobre la omnipotencia de Dios. Desde la eternidad, sostienen algunos teólogos,

¹«Calvinismo» lleva el nombre de Juan Calvino, el reformador franco-suizo del siglo XVI cuyo libro, *Institutos de la religión cristiana*, ha tenido profundos efectos en el pensamiento religioso del mundo cristiano occidental.

Dios ha determinado a los que son salvos. Por Su gracia soberana, llama a los salvos y les concede fe mediante una dotación milagrosa. Salva y condena según Su voluntad todopoderosa e inescrutable. La bondad o la maldad de aquellos a quienes Él elige no tiene nada que ver con los pensamientos o comportamiento de ellos. Todos han pecado. Todo pecado condena por igual. Ningún mérito humano es atribuido a Su llamado. Se dice que 1ª Juan 4.4 refuerza el señorío soberano de Dios.

Aquellos que rechazan la cosmovisión calvinista se adhieren a la afirmación de que Dios es todopoderoso. Sin embargo, sostienen que el poder de Dios no es la única consideración para el orden moral que Dios ha establecido. El Creador ha dado considerable libertad para que la familia humana elija el bien o el mal. Si un Dios todopoderoso deseaba crear una raza que pudiera tomar decisiones importantes para hacer el bien o el mal, el hecho de que es todopoderoso lógicamente exige que Él pueda hacerlo. Los calvinistas sostienen que la soberanía de Dios es compatible con las elecciones del libre albedrío de las personas. Sus adversarios señalan que la creencia de que Dios ha determinado quiénes serán salvos antes de que nazcan descarta la posibilidad de una libertad significativa. La afirmación del libre albedrío humano y la predeterminación divina son lógicamente incompatibles. Es una insensatez, como hablar de un círculo cuadrado.

Cuando Juan escribió: «Mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo», estaba declarando que el bien es más fuerte que el mal. El creyente no debe temer que el impulso maligno del momento lo separe para siempre de Dios. La gracia de Dios para perdonar en Cristo quiere decir que el perdón siempre es una posibilidad. Así como se elige hacer algo malo, se podría elegir el arrepentimiento. Los que eligen no arrepentirse, que se revuelcan

en el pecado y lo adoptan como su modo de vida, tienen algo que ver con su propia condenación. El cristiano no debe temer que el pecado lo venza mientras esté dispuesto a elegir a Aquel que vive en él. «Si andamos en luz», dijo Juan, «la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado» (1.7).

Duane Warden

El bien vence el sufrimiento y la muerte (4.4)

Debido a que el pecado ha seguido al pecado en la familia humana, y debido a que cada individuo ha elegido seguir su propio camino, Pablo dijo: «No hay justo, ni aun uno» (Ro 3.10; vea Sal 14.3). Antes de la venida de Cristo, tanto judíos como gentiles estaban separados de Dios en pecado. La razón por la que «el evangelio» constituye «las buenas nuevas» es que el mensaje anuncia la permanencia eterna del amor de Dios por Sus criaturas. Es un mensaje de gracia sobre gracia. En palabras del antiguo himno, «Cristo recibe a los pecadores». «La paga del pecado es muerte, más la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro» (Ro 6.23). En este mundo, el pecado y la muerte continúan provocando la muerte de ancianos y jóvenes; pero en una era venidera, el pecado será borrado. El vencedor final es la vida. La bondad prevalecerá. «Mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo» (1ª Jn 4.4b).

Duane Warden

Amor los unos por los otros (4.7–21)

Primera de Juan enfatiza las certezas de la fe cristiana. Hay tantas cosas inciertas en la vida que a veces parece que lo único inmutable es el cambio mismo. Sin embargo, es bueno saber que algunas cosas son ciertas; siempre son verdad. Entre esas certezas está el hecho de que los cristianos pueden gozar de la comunión con el Padre, pueden obtener la salvación por medio del Hijo y ¡pueden tener la victoria sobre el pecado!

Queremos considerar otra certeza: que necesitamos «[amarnos] unos a otros» (4.7). A lo largo de esta epístola, Juan enfatizó la importancia del amor. En la Reina-Valera, las formas de la palabra «amor», sea como sustantivo o verbo, aparecen unas cuarenta y seis veces en 1ª Juan.² Juan, el «Apóstol del amor», escribió 1ª Juan, la «Epístola del amor». El amor es enfatizado especialmente en el capítulo 4. En quince versículos (4.7–21), Juan

² A menos que se indique lo contrario, los conteos se basan en el texto griego, utilizando Accordance XII®, © 2019, OakTree Software.

usó la palabra «amor» veintisiete veces. Aparece al menos una vez en todos excepto tres versículos de la presente sección. Si bien 4.13–15 no contiene la palabra «amor», el pasaje se relaciona con el tema en discusión: el amor de Dios por los cristianos y el amor de los cristianos unos por otros. Por lo general, 1ª Corintios 13 es considerado el «capítulo de amor de la Biblia», sin embargo, 1ª Juan 4 podría merecer ese título.

En el capítulo 4, Juan cumplió dos propósitos: advirtió contra las falsas enseñanzas y luego alentó a los hermanos a amarse unos a otros. Esos dos requisitos proporcionan un buen fundamento para agradar a Dios: ¡Debemos ser sanos en doctrina y debemos amarnos los unos a los otros!

Los versículos 1 al 6 contienen una advertencia sobre los falsos maestros. Los falsos maestros o los falsos profetas estaban engañando a las personas al enseñar que Jesucristo no había venido en carne. Aparentemente, afirmaban estar hablando por el Espíritu de Dios, sin embargo, no era así. Su mensaje difería del que vino del Espíritu de Dios. Por lo tanto, el espíritu con el que hablaron manifestaba al anticristo; estaban en contra de Cristo. Encontraron una audiencia preparada: «El mundo los oye» (4.5). Los lectores de Juan no estaban entre los que aceptaban su mensaje. Podían saber si un orador se guiaba por «el espíritu de verdad» o por «el espíritu de error» por lo que enseñaba.

Después de advertir contra estos falsos maestros, Juan regresó a un tema que le agradaba mucho: el amor de Dios por nosotros y nuestro amor unos por otros.

El énfasis de Juan en 4.7–21 es que debemos amar a nuestros hermanos y hermanas. Dio varias razones por las que debemos «amarnos unos a otros».

Debido al amor de Dios por nosotros (4.7–11). El título de esta lección, «Amor los unos por los otros», no es exactamente paralelo con los demás títulos de esta serie. Enfatizan las bendiciones que tenemos como cristianos; el «amor los unos por los otros» tiene que ver con nuestra responsabilidad. Sin embargo, el amor es una bendición. Juan habló del amor de Dios por nosotros. El amor de Dios es una de las certezas enfatizadas en 1ª Juan.

«El hecho del amor de Dios». Juan tenía varias cosas que decir sobre el amor en su epístola, y especialmente en 1ª Juan 4; sin embargo, comenzó la sección sobre el amor donde comienza la historia del amor: «Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que

ama es nacido de Dios, y conoce a Dios» (4.7). En repetidas ocasiones, Juan dijo que la razón por la que debemos amarnos unos a otros es que Dios nos ama: 1) «Dios es amor» (4.8b; vea 4.16). 2) «En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él» (4.9). 3) «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados» (4.10; vea 3.1).

Luego hizo esta declaración culminante: «Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros» (4.11). Más adelante en el capítulo, escribió: «Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero» (4.19).

La motivación principal de los cristianos para amarse unos a otros es, por lo tanto, ser como Dios. Dios es amor, es decir, una característica principal de Dios es Su naturaleza amorosa. Hemos de ser como Dios manifestando amor. Debemos vivir de tal manera que otros puedan resumir nuestras vidas diciendo: «Son amor».

«Las características del amor de Dios». Un atributo clave del amor de Dios es que *se manifestó* (4.9). Dios no se quedó en el cielo y nos envió una carta diciendo: «Los amo». Expresó Su amor por nosotros no solo con lo que dijo, sino también con lo que hizo. Dio a Su Hijo para que muriera por nosotros. Juan nos amonestó a actuar de la misma manera: «Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad» (3.17, 18).

Si bien es grandioso que los cristianos expresen amor por los hermanos y hermanas en Cristo y los saluden con un abrazo y un «ósculo santo», lo más grande es mostrar amor ayudándonos unos a otros. Algunos cristianos que frecuentemente dicen las palabras «Te amo» nunca hacen nada por mostrar su amor. Otros, que rara vez dicen: «Te amo», muestran su amor ayudando generosamente a sus hermanos.

Si se necesita alimento, proporcionan alimento. Si necesitan transporte, estarán encantados de compartir su vehículo. Si alguien necesita un lugar para quedarse, su hogar está abierto a extraños. Si se necesita a alguien que se siente con los enfermos o que visite a los dolientes, puede contarse con ellos para ayudar. Si alguien necesita dinero, no se limitan a decir: «Id en paz, calentaos

y saciaos» (Stg 2.16). No cierran su corazón contra un hermano cristiano en un momento de necesidad (1ª Jn 3.17), sino que ayudan a proporcionar el dinero que necesita.

De estos dos tipos de cristianos, el que dice: «Te amo», pero no hace nada para mostrar amor, y el que puede tener problemas para expresar palabras de amor pero satisface las necesidades de los demás, ¿cuál realmente ama a su hermano como Dios lo requiere?

No solo se manifestó el amor de Dios, también se manifestó en un alcance asombroso: *Dios nos amó de tal manera y amó al mundo, que dio a Su Hijo unigénito para que muriera por nosotros y por el mundo*. Necesitamos amar a nuestros hermanos lo suficiente como para estar dispuestos a morir por ellos. El versículo 16 dice: «En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos».

En el siglo primero, podría haber sido literalmente necesario que los cristianos murieran los unos por los otros. Si hubiéramos vivido en esos días, podríamos haber estado sujetos a los funcionarios que decretaban que los creyentes en Cristo serían muertos si no renunciaban al nombre de Jesús. Suponga que a usted lo atraparon; sus vecinos testificaron que sabían a ciencia cierta que usted era cristiano. Entonces el juez dijo: «Usted ha sido declarado culpable del crimen capital de ser un adorador de Jesús. Está condenado a morir. Sin embargo, si nos da los nombres de los demás cristianos de su iglesia, lo perdonaremos. Se le permitirá vivir y podrá continuar adorando a su Jesús. Solo denos esos nombres». ¿Qué habría hecho? ¿Habría renunciado a los nombres de sus hermanos y hermanas en Cristo para poder vivir, o se habría enfrentado a la muerte, negándose a decirles a sus perseguidores lo que querían saber? En aquellos días, para mostrar su amor por los hermanos, es posible que literalmente haya tenido que morir por ellos.

Hoy, en algunos lugares, podría ocurrir el mismo escenario. Si somos fieles a nuestro llamado, si amamos como Dios amó, ¡tenemos que estar dispuestos a morir por nuestros hermanos!

Además, *el amor de Dios se manifestó en que Jesús murió, no por los piadosos, sino por los pecadores que no merecían la salvación*. Juan dijo: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados»

(4.10). Dios no nos amó porque le amáramos tanto; nos amó a pesar de que éramos pecadores (vea Ro 5.8). Amó al que no era fácil de amar.

Si hemos de amar como ama Dios, también tenemos que estar dispuestos a amar a los detestables. ¡Eso puede ser difícil! Es bastante fácil amar a las personas que son fáciles de amar, sin embargo, ¿cómo se supone que hemos de amar a personas difíciles de amar, personas irritables, personas ingratas, personas que tienen características que no nos agradan? ¿Cómo podemos aprender a amar a personas que no nos respetan o no aman o ni siquiera nos quieren? ¿Cómo podemos amar a nuestros enemigos?

Una respuesta a esa pregunta es que el amor bíblico no se refiere principalmente a una emoción. Más bien, el amor bíblico es la determinación de hacer lo mejor por el que se ama. Como ejemplo, podríamos pensar en las personas de la iglesia por las que tenemos más problemas para expresar afecto. No importa qué *sintamos* por ellos, *tenemos* que amarlos, en el sentido de que hemos de hacer lo mejor por ellos, tratarlos con bondad y ser pacientes con ellos (vea 1ª Co 13.4–7).

La verdad principal que tenemos que recordar es que el amor por nuestros hermanos no es solo una opción; ¡es una necesidad! Juan escribió: «Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros» (1ª Jn 3.11); «Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado» (3.23); y «Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano» (4.21). ¡El amor los unos por los otros es un mandamiento!³ El amor no es solo algo que *podemos* hacer; el amor es algo que *tenemos* que hacer!

El amor de Dios fue un amor manifestado en la entrega de Su Hijo para morir por los que no lo merecen, ¡y ese es el tipo de amor que hemos de tener los unos por los otros!

Porque si lo hacemos, Dios permanecerá en nosotros (4.12–16). La comunión con Dios —nuestra permanencia en Él y Su morada en nosotros— es una meta principal en nuestras vidas como cristianos que somos. ¿Cómo podemos saber que tenemos esa comunión? De acuerdo con esos versículos, podemos estar seguros de que tenemos tal comunión por las siguientes razones: Nos amamos unos a otros (4.12). Nos ha dado Su Espíritu

³ Vea 1ª Jn 2.7–11; 3.11.

(4.13). Creemos en el testimonio de los apóstoles y hemos confesado que Jesús es el Hijo de Dios (4.14, 15). Conocemos el amor que Dios tiene por nosotros (4.16).

Una forma en que podemos saber que permanecemos en Dios y Él en nosotros es que «nos amamos unos a otros». Entonces, si no amamos a nuestros hermanos y hermanas en Cristo, ¡no tenemos comunión con Dios!

Porque el amor producirá confianza (4.17, 18). Entonamos cantos como «Un gran día viene». La mayoría de las personas, sabiendo que se acerca el Día del Juicio, tienden a temer ese día. Sin embargo, Juan dijo que no hay por qué temer. Dijo que podemos «[tener] confianza en el día del juicio» (4.17) y luego agregó: «En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor» (4.18a).

¿Qué es este «amor perfecto» que echa fuera el temor y nos da confianza para afrontar el Día del Juicio? Es el amor que se «perfecciona» (4.17; vea 2.5). Cuando nos amamos unos a otros, «su amor se ha perfeccionado en nosotros» (4.12). La idea de ser «perfeccionado» es equivalente a la de llegar a ser «completo». Juan estaba diciendo que el amor de Dios se completa cuando nos hacemos cristianos amorosos.⁴

Quizás podríamos comparar el trato de Dios con el hombre en el amor con el intento de un padre humano por tratar de educar a sus hijos para que sean amorosos. Podemos enseñarles verbalmente a nuestros hijos a amar a los demás, a ser buenos y amables. Podríamos reforzar nuestra enseñanza recompensándolos cuando son buenos con los demás y castigándolos si maltratan a los demás. Podríamos buscar incorporar la característica de la benevolencia en nuestras propias vidas, tratando de enseñarles a nuestros hijos con el ejemplo lo que quiere decir amar. Aún así, nuestra tarea no está completa. Nuestro trabajo no termina hasta que veamos a nuestros hijos mostrar amor a los demás por su propia iniciativa. Cuando vemos eso, podemos sentir cierta satisfacción. Podemos pensar: «Mi amor por ellos es perfecto [o completo]». De manera similar, Dios sin duda se siente satisfecho, en cierto sentido, cuando ve que Su amor por nosotros ha dado fruto en nuestras vidas en el amor que mostramos por los demás.

En contraste, si no nos amamos unos a otros,

⁴ Amarnos unos a otros también produce confianza; Juan dijo: «Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos» (1ª Jn 3.14).

entonces el amor de Dios no se perfecciona en nosotros. Está incompleto. No ha logrado lo que Él deseaba que lograra.

Porque amamos a Dios (4.19–21). Nuestra primera reacción ante el amor de Dios debería ser el amor a Dios. Así como Juan enfatizó el amor de Dios por nosotros, también se refirió a nuestro amor por Él. Juan habló de aquellos que dijeron: «Amo a Dios» (4.20), como si los cristianos de esos días afirmaran de manera normal su amor por el Padre (vea también 2.15; 4.10; 4.21; 5.1–3).

Si amamos a Dios, ¿cómo debemos tratar a nuestros hermanos? Estos son los hechos: 1) Todos los seres humanos están hechos a imagen de Dios. 2) Dios ama a todas las personas, incluso a las que no merecen ser amadas. 3) Los que son hijos de Dios son especialmente amados y bendecidos por Dios y comparten las características de Dios: «pues como él es, así somos nosotros en este mundo» (4.17). 4) Los que se han hecho cristianos son nuestros hermanos y hermanas en Cristo, por quienes deberíamos estar dispuestos a morir (3.16).

Entonces, ¿cómo podría alguien afirmar: «Amo a Dios», mientras aborrece a su hermano (4.19, 20)? Podríamos decirlo de la siguiente manera: Realmente no podemos obedecer el primer y más grande mandamiento: «Amarás al Señor tu Dios», hasta que hayamos obedecido el segundo mandamiento, «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 22.37–39).

¿Qué debemos hacer? Debido al amor de Dios por nosotros y por los demás, debemos amarle a Él; y porque le amamos, debemos amar a los demás. Juan afirmó: «Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano» (1ª Jn 4.21).

Primera de Juan 4.19–21 recuerda las palabras de Jesús en Mateo 23.14, donde Jesús denunció a los escribas y fariseos como hipócritas. Maltrataban a los pobres, pero al mismo tiempo mostraban lo religiosos que eran. Jesús continuó diciendo: «diezmáis la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe» (23.23). ¿No estaba Juan diciendo algo similar? Quizás estos hermanos iban a los servicios de la iglesia, oraban en voz alta y cantaban fervientemente, proclamando su gran amor por Dios. Sin embargo, ¡su confesión de amor por Dios era en vano si, al mismo tiempo, se maltrataban entre sí o descuidaban satisfacer las necesidades de sus hermanos! Marque lo siguiente; subrayelo y memorícelo: «el que no ama a su hermano a quien ha

visto [satisfaciendo sus necesidades, ayudándole], ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?». Si «Nadie ha visto jamás a Dios» (1ª Jn 4.12), ¿cómo puede decirse que ciertas personas en la Biblia lo han visto? Dado que «Dios es espíritu» (Jn 4.24), los ojos físicos no pueden verlo. Un espíritu por definición es invisible. Por lo tanto, si se dice que un ser humano ha visto a Dios, realmente no vio a Dios. Vio una manifestación de Dios. En tiempos bíblicos, Dios se manifestó al hombre de diversas formas: en una zarza ardiente, por ejemplo, o en forma humana. La manifestación no fue realmente Dios (que es espíritu) sino una representación de Dios. Stott dijo: «Las teofanías del Antiguo Testamento eran revelaciones de Dios disfrazado de humanos; no eran visiones de Dios como Él es en Sí mismo».⁵

Conclusión. Los cristianos han de demostrar amar a Dios amándose unos a otros; y ese amor tiene que manifestarse no solo en palabras, sino también en hechos. ¿Estamos demostrando nuestro amor por otros cristianos, nuestro amor por los hermanos, tomándonos muchas molestias por ayudar a otros y satisfacer sus necesidades? Si no es así, ¿cuál es la condición de nuestras almas?

Coy Roper

Cómo probar a líderes religiosos (4.1–6)

Desde el comienzo de la historia humana en el mundo se ha desatado una intensa guerra espiritual entre la verdad y el error. Es el conflicto detrás de todas las guerras y animosidades personales y mundiales. Como una batalla continua y en curso, está destinada a continuar sin descanso hasta el fin de los tiempos. En importancia, se eleva por encima de todas las demás guerras.

Las señales y evidencias de este conflicto están estampados incluso en el mundo religioso. Se presentan puntos de vista contradictorios bajo la etiqueta de la verdad sobre casi todos los temas. Diferentes voces claman: «Represento la voz de Dios». La confusión en lugar de la claridad a veces proviene incluso de maestros religiosos.

El verdadero gozo, por tanto, implica la lealtad a la verdad y la lucha contra el error. Los cristianos del siglo primero tuvieron que separar la verdad de la falsedad; todos los cristianos, en todas las épocas, tienen la misma responsabilidad. La tarea

⁵ John R. W. Stott, *The Epistles of John (Las epístolas de Juan)*, Tyndale New Testament Commentaries (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1964), 163.

del discernimiento nunca será opcional; nos lo impone la influencia constante del maligno.

En 1ª Juan 4.1–6, Juan les dio a los cristianos a quienes escribió instrucciones sobre cómo diferenciar entre maestros fieles y falsos. Sus instrucciones contienen una prueba de dos partes, una prueba que ayudará a distinguir la verdad del error en el siglo veinte.

Como prefacio de la prueba, Juan dio un mandamiento doble. Dijo: «Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios» (4.1a). Una parte del mandamiento es en negativo; el otro en positivo. No debemos seguir ciegamente a todos los maestros religiosos. Así como se probaría una moneda para determinar su autenticidad, hemos de probar a los maestros o predicadores para ver si realmente nos han dado el mensaje de Dios.

La prueba de la encarnación. La primera prueba de dos partes que dio Juan es la prueba de la encarnación, que plantea la pregunta «¿Cree el maestro en la manifestación corporal del Hijo de Dios?». Juan dijo: «En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios» (4.2). La entrada carnal en el mundo del Hijo de Dios es considerada por el Espíritu Santo como una creencia esencial e inalterable para el cristianismo.

Negar la venida física de Jesús es arrancar el corazón del plan de redención de Dios. El Espíritu Santo declara esta verdad de manera breve pero energética. Combina una afirmación en positivo y en negativo con una aplicación histórica. Su afirmación es directa y decisiva: «Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios» (4.2b, 3a). Su aplicación es igualmente clara: «este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo» (4.3b).

Todo el cristianismo surge de la verdad de que Jesús, el unigénito Hijo de Dios, caminó sobre esta tierra en un cuerpo humano y fue crucificado para nuestro perdón. Debido a la importancia de esta verdad, debemos esperar que Satanás la ataque con todas sus fuerzas. La oposición a la venida encarnada de Cristo constituye el intento manifiesto de Satanás por destruir la verdad fundamental del plan redentor de Dios.

Juan usó la palabra «confesar» como una palabra de resumen. Permite que la parte de la confesión de nuestra respuesta a Jesús represente

figurativamente la totalidad de nuestra respuesta a Él. Todos los demás actos de obediencia están implícitos en el uso de esta palabra.

Hipólito, uno de los primeros escritores cristianos del siglo segundo, escribió sobre un hereje llamado Cerinto. Cerinto, dijo, creía que Jesús fue un bebé ordinario nacido de María y José. A medida que Jesús creció, se volvió sabio y fuerte, más grande y más fuerte que todos los demás hombres. En Su bautismo, Cristo descendió sobre Él en forma de paloma. A partir de ese momento, Jesús predicó el reino y obró Sus milagros como el Cristo. Cerinto también estuvo de acuerdo en que Cristo dejó a Jesús poco antes de la cruz y no fue parte de los sufrimientos de Jesús.

Si bien existen solo unas pocas referencias a Cerinto, estas establecen que algunos maestros cerca del final del siglo primero negaron el nacimiento corporal y la vida del Hijo de Dios. Una negación similar ha tenido lugar en los últimos años en forma de teología liberal.

¡Pruebe a los maestros que escuche con la prueba de la encarnación! Pregunte sobre todas las enseñanzas religiosas que reciba: «¿Se basa esta enseñanza en la verdad de que Jesús, el Hijo de Dios, vino en la carne?». También pregunte: «¿Se desvía esta enseñanza de la imagen de Jesús que se da en las Escrituras?».

La prueba de la inspiración. La segunda parte de la prueba de Juan es la prueba de inspiración. El maestro religioso fiel escucha la Palabra inspirada. Juan dijo: «Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error» (4.6).

Esta sección de la prueba se divide en dos partes más: una palabra de aliento para los cristianos y una palabra de explicación sobre los falsos maestros. Dijo de los cristianos: «Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo» (4.4). La llegada de falsos maestros no debería aterrorizarnos porque el que vive en nuestros corazones es mayor que un mundo lleno de falsos maestros. Mientras nos aferremos a Dios y Su Palabra, venceremos el error.

La explicación de Juan con respecto a los falsos maestros nos recuerda que los corazones corruptos gravitan hacia la corrupción. Dijo: «Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los oye» (4.5). Las personas buscan las multitudes y los mensajes que sus corazones más aprecian.

El maestro falso muestra sus verdaderos colores cuando es enfrentado al mensaje inspirado. Juan dijo: «Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye» (4.6a). Mientras escucha a un maestro religioso, pregúntese: «¿Qué hace este maestro con el mensaje inspirado? ¿Lo acepta y lo honra? ¿O lo rechaza?». ¡Los hombres verdaderos honran la verdad!

Aceptar los mensajes de la Biblia como precisos e infalibles es fundamental para la fiel enseñanza de la Palabra de Dios. Un día, dos niños regresaban de pescar. Mientras cruzaban un gran prado, de repente escucharon el sonido de cascos detrás de ellos. Mirando por encima de sus hombros, vieron un toro enfurecido embistiendo en medio de una nube de polvo. En un intento por evitar al toro, un niño saltó a un gran agujero cercano mientras el otro se trepaba a un árbol. El chico del árbol se relajó confiado, pero el chico del agujero estaba inquieto e inseguro. El que estaba en el árbol notó que de vez en cuando su amigo saltaba fuera del hoyo e intentaba correr hacia el árbol solo para ser enfrentado por el toro y obligado a saltar de nuevo al hoyo. Finalmente, gritó: «¡Quédate en el hoyo hasta que el toro se canse y se vaya!». El chico del hoyo dijo: «No puedo. ¡Hay un oso en este agujero!». El niño tenía dos problemas: un oso en el hoyo y un toro en el pasto. Aquellos que rechazan la inspiración de la Biblia también enfrentan dos problemas. Negar la exactitud del mensaje de Dios nos deja a tuestas en la desesperanza o dependiendo enteramente de las meras conclusiones subjetivas del hombre. Ambos son nubes sin agua. Sin el árbol de la inspiración, no tenemos esperanza.

Toda enseñanza religiosa tiene que ser medida con el criterio de la norma de Dios, Su Palabra. Incluso la enseñanza de Pablo fue medida así por los de Berea. Lucas dijo: «Y éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así» (Hch 17.11). ¡Haga pasar todas las enseñanzas religiosas que le pongan al frente por la prueba de la inspiración!

Conclusión. Si bien la prueba de Juan no cubre todas las áreas en las que se debe evaluar al maestro religioso, sí cubre dos áreas importantes. Exijamos que toda enseñanza religiosa pase las pruebas de la encarnación y la inspiración.

Los maestros religiosos ocupan un papel muy importante y de gran alcance. El maestro secular

enseña para la vida, pero el maestro religioso enseña para la vida, la muerte y la eternidad.

El primer libro de Reyes 13 registra el desgarrador relato del profeta engañado. Un profeta había venido a Betel para profetizar acerca del altar allí. El Señor le había dicho que regresara de su misión de una manera diferente y que se abstuviera de detenerse en cualquier lugar. Al comenzar su viaje de regreso, un anciano profeta de Betel lo alcanzó y le invitó a su casa con las palabras: «Yo también soy profeta como tú, y un ángel me ha hablado por palabra de Jehová, diciendo: Tráele contigo a tu casa, para que coma pan y beba agua» (1° R 13.18). No sabemos por qué mintió el viejo profeta. Solo sabemos que el profeta de Judea fue engañado por sus palabras. Debido a su desobediencia, el profeta de Judea fue muerto posteriormente por un león.

El anterior es un relato triste y conmovedor, sin embargo, el desastre podría haberse evitado si hubiera hecho que las palabras del viejo profeta pasaran la prueba de la inspiración. Sabía lo que Dios había dicho. Solo una comparación de relámpago de las palabras divinas con las palabras del engañador habría revelado que el viejo profeta estaba equivocado y no debía ser seguido.

La vida y la eternidad son demasiado serias para que seamos engañados por alguien que esté tratando imprudentemente con la Palabra de Dios. Es hora de que honremos a Dios honrando Su Palabra.

Eddie Cloer

El que está en vosotros (4.1–6)

La mayoría de las personas le han hecho promesas serias a Dios en diferentes momentos de sus vidas. Es posible que hayamos orado en el pasado, diciendo: «Dios, si me sacas de esta situación, entonces te entregaré mi vida». Si le hemos entregado nuestra vida a Dios, hemos hecho la promesa de vivir para Él dedicándonos a Él. Llevar a cabo un compromiso siempre va a ser mucho más difícil que comprometerse a hacerlo.

¿Cuál es la mayor promesa que Dios nos ha hecho? Pedro dijo que Dios nos ha dado grandes y preciosas promesas para que, por medio de ellas, podamos ser partícipes de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo. El mayor regalo que jamás se haya dado lo constituyó el regalo del único Hijo de Dios. Por medio de Él, podemos ser salvos de nuestros pecados y estar bien con Dios ahora y para siempre. Otra gran promesa de Dios es la que hizo de darnos el Espíritu Santo para que more en nosotros, para

ayudarnos en nuestras debilidades, fortalecernos, guiarnos y dar fruto en nuestras vidas cuando nos convirtamos en seguidores de Dios.

Juan terminó el tercer capítulo de la presente carta con las siguientes palabras: «Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado» (3.24). Pablo lo enfatizó en Romanos 8, cuando estaba describiendo las enormes bendiciones que Dios nos da como Sus hijos. La promesa del Espíritu Santo de morar en nosotros y bendecirnos como hijos de Dios constituye una promesa asombrosa.

Antes de que Juan escribiera la presente carta, algunos habían salido de la iglesia, habiendo decidido que no creían que Jesús realmente había venido en la carne. Intentaron llevarse consigo a tantos como fuera posible y probablemente afirmaron que el Espíritu los estaba guiando a tomar esa decisión. A la luz de esta enseñanza, Juan dio tres acciones que los cristianos deben tomar con respecto a los espíritus engañosos.

Hemos de probar a los espíritus (4.1). Juan nos dio una advertencia clara. La realidad de que algún espíritu esté tratando de guiarnos en una dirección no quiere decir que estemos siendo guiados por el Espíritu Santo de Dios. Dado que somos bendecidos con el Espíritu Santo, tenemos la obligación de «[probar] los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo» (4.1). Nunca ha habido un momento en el que no haya falsos profetas, falsos maestros y falsos predicadores que estuvieran haciendo todo lo posible para alejar a las personas de las cosas que Dios nos enseña a hacer. En el Libro de los Hechos, muchos de esos falsos maestros eran judíos que estaban tratando de convencer a los cristianos gentiles de que, si iban a ser verdaderos cristianos, tenían que circuncidarse y guardar la ley del Antiguo Testamento. En Gálatas 1.6-9, Pablo dijo que estaban alejando a las personas de la gracia de Cristo hacia otro evangelio que no era un evangelio en absoluto. Él dijo: «Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema» (1.8). Al leer 1ª Juan, se hace evidente que este espíritu y sus seguidores estaban enseñándoles a las personas que ellos seguían sujetos a la Antigua Ley. Esta enseñanza contradecía lo que Pablo les había dicho, a saber: que la ley había cumplido su propósito al llevarnos a Cristo y que ya no estamos bajo ella.

¿Cómo podemos probar los espíritus que nos

llegan con enseñanzas falsas? Juan dijo que podemos saber que «Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios» (4.2), mientras que «todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios» (4.3). Este fue el problema que llevó a muchos a dejar la iglesia en ese momento. Ilustra que la verdad acerca de Jesús es absolutamente necesaria para que tengamos razón acerca de Dios y con Jesús. En Juan 8.24b, Jesús dijo: «porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis». Tenemos que creer tanto en la plena humanidad de Jesús como en la plena deidad de Jesús para estar bien con Dios. Sin embargo, siempre hay falsos maestros en el mundo que intentarán convencernos de que no es necesario creer en ninguno de los lados de la ecuación para estar bien con Dios.

Hemos de reconocer que tenemos el Espíritu de Dios (4.4). La promesa que nos fue hecha en 4.4 se relaciona con cómo podemos saber que tenemos el Espíritu de Cristo en nosotros y no algún otro espíritu. «Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo». En especial, estaba dirigiéndose a quienes le habían ayudado a compartir el mensaje del evangelio.

Su primer punto para estos cristianos fue que eran de Dios y habían vencido a aquellos que dejaron la causa de Cristo y comenzaron a enseñar ideas falsas sobre lo que quiere decir estar bien con Dios. Muchas personas en la iglesia había salido con aquellos que eran anticristos y ahora estaban trabajando para llevar a más personas a unirse a ellos en su partida. Cuando vemos que los números en la iglesia disminuyen, sea por personas que abandonan la fe por completo o porque menos asisten, es fácil desanimarse y sentir que somos débiles debido a las pérdidas. Juan desafió esta forma de ver las cosas. Su primer comentario fue que eran hijos amados y que habían vencido a los anticristos. Quizás se habían ido más de los que se habían quedado. Sin embargo, Juan no estaba pensando en números. No importa cuántos hay en el mundo que están enseñando ideas equivocadas y están luchando por el diablo (aunque piensen que están luchando por Dios), Juan quería que supiéramos que, cuando nos mantenemos firmes en la verdad, venceremos porque el que está en nosotros es mayor que el que está en el mundo.

Cuando tenemos el Espíritu Santo de Dios en nosotros, actuamos y enseñamos basados en el mensaje y el poder de Dios. No hay poder que

pueda oponerse al Señor, aunque hay muchas ocasiones en la vida en las que parece que el mal y el diablo están ganando (vea Ro 8.31–39).

Como hijos de Dios, siempre nos enfrentaremos a quienes hablan desde el punto de vista del mundo. A menudo, su mensaje no solo contradice el mensaje de Cristo, también ataca a los que siguen a Cristo. En vista de que aborrecían a Jesús, a menudo aborrecen a los que le siguen por las mismas razones. Aborrecen a los que se oponen a sus pensamientos.

Hemos de escuchar a maestros inspirados (4.6). Ahora llegamos a otra de las declaraciones de Juan acerca de cómo reconocemos el Espíritu de verdad y el espíritu de error. Siempre hay conflicto entre el Espíritu Santo, a quien tenemos en nosotros como hijos de Dios, y el espíritu de error. A veces es difícil reconocer la diferencia, ya que Satanás es extremadamente engañoso y, a menudo, hace que la imitación de lo que proviene de Dios parezca muy convincente. Juan dijo que la forma en que sabemos es que «Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye» (1ª Jn 4.6). Cuando Juan habló de «nosotros», estaba hablando de esos maestros inspirados de Dios que incluirían a los apóstoles de Cristo. Como declaró Pablo: «Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia; a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra» (2ª Ti 3.16, 17).

Conclusión. El que está en nosotros es mayor que el que está en el mundo. No estamos solos. Gracias a Dios que, cuando Jesús ascendió al Padre, envió al Espíritu Santo para estar con nosotros todo el tiempo. Por medio de Él, Dios Padre y Cristo Hijo también moran en nosotros.

Vivimos en un mundo donde el diablo siempre está tratando de atraparnos. Sin embargo, nunca estamos solos y tenemos el mayor poder de todos para ayudarnos. A veces escucho a personas hablar de alguien que cometió un crimen horrible y escapó del castigo del mundo o se suicidó en lugar de enfrentar en un juicio a las personas a las que había herido. Seamos claros: cuando un cristiano muere, le espera la recompensa en gloria más asombrosa que jamás haya existido. Cuando una persona malvada, asesina, abusadora u otra persona que vive en pecado se sale con la suya en lo que ha hecho en esta vida, se enfrenta a una eternidad en el infierno que es mucho peor que cualquier castigo que podría haber recibido.

Dios es alguien en quien podemos confiar y nunca estamos solos. Leon Barnes

Dios es amor (4.7–21)

Imaginemos que se nos pidió que describiéramos a alguien que conocemos bien, y se nos estipuló que solo podíamos usar una palabra. ¿Qué palabra se nos ocurrirá para describir a esta persona? Podríamos decir: «Bueno, es imposible. No puedo describir a una persona que tenga tantas cualidades diferentes en una sola palabra». La persona luego dice: «Bueno, déjeme ponerlo un poco más desafiante. Si tuviera que describir a Dios en una palabra, ¿cuál sería?». La realidad es que hay muchas palabras válidas que podrían usarse para describir a Dios que no cubrirían toda Su naturaleza. Podríamos decir que Dios es «gracia», y sería cierto. Podríamos decir que Dios es «luz», lo que hizo Juan anteriormente en este libro. ¿Qué pasa con palabras como «justo», «poderoso» o «veraz»? En el Evangelio de Juan, dijo, «Dios es espíritu», describiendo Su naturaleza como un ser espiritual y dijo que, como resultado, debemos adorarlo en espíritu y en verdad (4.24). Sin embargo, la palabra que probablemente se nos ocurrirá sería la que usa Juan en 1ª Juan 4.7–21: «Dios es amor».

Amamos porque el amor viene de Dios (4.7, 8). Juan hizo muchos puntos en esta lectura que están todos relacionados con el hecho de que Dios es amor y la fuente del amor. Sin embargo, tres puntos principales sobresalen en este pasaje. Una vez más comenzó con «Amados» y dijo: «amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo el que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor» (4.7, 8).

Dios mostró Su amor entre nosotros enviando a Su único Hijo al mundo para que vivamos por medio de Él. El amor no comenzó con nosotros amándolo a Él, sino con Dios amándonos y enviando a Su Hijo como sacrificio expiatorio por nuestros pecados. Uno de los grandes conceptos de la Biblia es la expiación. Cada vez que un judío iba al tabernáculo o al templo el día de la Expiación, ofrecía su cordero como sacrificio expiatorio por sus pecados. En lugar de dar su propia vida por sus pecados, ofrecía el animal. Sin embargo, ese animal tenía que ser ofrecido todos los años para que el proceso continuara. Basado en ese hecho, el escritor de Hebreos dijo que la sangre de toros y machos cabríos no puede quitar nuestros pecados (10.4) o no tendrían que ser ofrecidos una y otra vez.

La expiación contiene la idea de la sustitución. Jesús tomó nuestros pecados sobre Sí mismo como el inocente Hijo de Dios y pagó el precio como si fuera culpable. Lo que es más sorprendente es que, para aquellos que tienen fe en Él, Su justicia es agregada a la cuenta de ellos.

«Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros. Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros» (1ª Jn 4.11, 12). Algunas personas tienen dificultades para amar a Dios porque no pueden comprender por qué Él habría hecho muchas de las cosas que hizo durante los tiempos del Antiguo Testamento, o incluso las cosas que le atribuyen hoy. Por ejemplo, cuando Dios envió a los Hijos de Israel a la Tierra Prometida, les mandó que destruyeran las siete naciones que habían estado viviendo allí. Lo que a menudo se pasa por alto es que Dios hizo que Israel permaneciera en la esclavitud egipcia durante cuatrocientos años hasta que los pecados de esas naciones llegaron a tal punto que debían ser destruidos. Dios siempre esperó largos períodos de tiempo, con los israelitas y con las naciones que los rodeaban, antes de atacar o hacer algo para castigar a las naciones. Uno de los puntos más poderosos de la Biblia fue cuando Nínive, la capital de Asiria, se volvió tan malvada, despiadada y atea que Dios envió al profeta Jonás para decirles a sus habitantes que los destruiría en cuarenta días. Jonás tuvo que ser el predicador menos entusiasta que jamás haya existido en algún lugar. No quería que se arrepintieran y no quería que sobrevivieran. Sin embargo, mientras iba de un lado a otro de la ciudad con el mensaje de que Dios destruiría a su pueblo en cuarenta días debido a su pecado, ellos se arrepintieron y Dios cedió al plan de destruirlos, para gran disgusto de Jonás.

La verdadera prueba de nuestro amor por Dios es cómo amamos a los demás. Si nos amamos unos a otros, Su amor se completa en nosotros. No es de extrañar que Jesús dijera que el segundo mandamiento más importante era amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Mr 12.31). Su mandamiento fue que nos amemos unos a otros como discípulos de Cristo de la manera en que Él nos ama con un amor que nunca tendrá fin.

Amamos porque Dios vive en nosotros (4.16–18). En 1ª Juan 4.16, Juan volvió a hacer la declaración «Dios es amor». Cuando vivimos en amor, Dios vive en nosotros y nosotros vivimos en Él. «En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para

que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo» (4.17). Los que aman a Dios y se esfuerzan por vivir como Jesús en el mundo no necesitan temer el juicio. Deberían esperarlo con confianza.

¿Cuánto le tememos a una evaluación en nuestros estudios cuando estamos seguros de haber estudiado bien el tema? Es algo diferente cuando sabemos que no hemos estudiado y no tenemos ni idea de cómo responder a las preguntas. Luego se nos ocurre una idea loca de que, si respondemos todas las preguntas de opción múltiple con la primera opción, seguramente acertaremos algunas de ellas. Cuando pensamos en nuestro Dios de amor y gracia y nuestro compromiso de vivir para Él y ser como Jesús, ¿cuánta confianza debemos tener sobre el juicio final? Debemos estar anticipando escuchar al Señor decir: «Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor» (Mt 25.23).

Juan escribió: «En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor» (1ª Jn 4.18). Cuando un esposo y una esposa están verdaderamente enamorados el uno del otro, no hay lugar para el temor en la relación. Uno nunca abusará del otro si hay verdadero amor allí. Cuando un hombre abusa de su esposa o una esposa abusa de su esposo, sea física, emocional o mentalmente, y afirma tener amor por la víctima, está mintiendo. El amor no conduce al temor.

Cuando amamos a Dios y sabemos que Dios nos ama, no hay lugar para temerle en el sentido del terror. Hay una sensación de temor en el hecho de que tenemos reverencia y asombro por Dios todo el tiempo. En ese mismo sentido, un niño puede amar a sus padres y aún tener temor o reverencia por ellos, sabiendo que lo disciplinarán cuando haga algo malo. El amor implica confiar el uno en el otro y tratarnos de la manera correcta. El amor perfecto y maduro por Dios nos deja sin temor a verle en juicio. En cambio, anhelamos la presencia del Señor en nuestras vidas.

Amamos porque Él nos amó primero (4.20b, 21). Si afirmamos amar a Dios, pero aborrecemos a un hermano o hermana, nos estamos mintiendo a nosotros mismos y a Dios. A veces, un hermano o una hermana en Cristo hará algo que detestamos. Puede ser muy fácil para nosotros pasar de aborrecer la acción de una persona o grupo a aborrecer a las personas mismas. ¿Qué pasaría si Dios pasara del

amor al aborrecimiento por nosotros cada vez que pecamos? ¿En qué tipo de situación estaríamos? Por más difícil que sea, tenemos que separar las acciones que no nos agradan de las personas que amamos y seguir amándolas a pesar de lo que no nos agrada de sus acciones. Primera de Juan 4.20b, 21 dice: «el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano».

¿Quiénes son nuestros hermanos o hermanas en Cristo? No son solo los que van al servicio de la iglesia con nosotros todos los domingos. A veces es un desafío amar solo a esas personas. No, nuestros hermanos y hermanas en Cristo incluyen a todas las personas alrededor del mundo que, por fe en Cristo, se han vuelto a Él en arrepentimiento y fueron bautizadas en obediencia a Su voluntad.

Conclusión. Dios es amor. Si hemos de ser hijos de Dios, cultivaremos ese amor por los demás como el que Dios tiene por nosotros. Jamás seremos perfectos en el amor como Dios en esta vida. Sin embargo, debemos crecer en nuestro amor, incluso por los difíciles de amar, todo el tiempo. Tal amor en nosotros nos dará una sensación de valentía para que ni siquiera la idea de juzgar sea algo de lo que tengamos temor. Necesitamos orar constantemente por nosotros mismos y por todos nuestros hermanos y hermanas en Cristo para que seamos mucho más conocidos por nuestro amor que no se limita a las personas con las que estamos de acuerdo. La familia, especialmente la familia de Dios, es grande y extremadamente importante.

Leon Barnes

(Viene de la página 19)

bien configurado. «... mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas» (3.20b). Él sabe cuándo nuestros pecados han sido perdonados, aunque todavía podamos sentirnos culpables por ellos. Nos conoce por dentro y por fuera.

Si nuestro corazón no nos condena, tenemos confianza ante Dios y recibimos de Él lo que le pedimos porque guardamos Sus mandamientos y

hacemos lo que le agrada (3.21, 22). Cuando vivimos en esta relación con Dios y estamos tratando de hacer Su voluntad, Dios está sintonizado con nuestras oraciones y las responde. No quiere decir que Él siempre les responde de la manera que queremos. A veces nos cuesta aceptar un «No», un «Espera» o un «Sí, y...» como respuesta.

El mandamiento que está muy por encima de los demás es que creamos en el nombre de Su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros (3.23). Juan unió estos dos: creer en Jesús y amarnos unos a otros. Al guardar estos mandamientos, sabemos que estamos bien con Él.

Sabemos porque tenemos el Espíritu. Juan, al terminar este segmento, introdujo un nuevo punto que continuará explicando en el capítulo 4. Dijo: «Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él» (3.24a). Es una declaración asombrosa. Cuando vivimos en obediencia al Señor, vivimos en Dios y Dios vive en nosotros. Hemos aprendido mucho acerca de estar en Cristo y de que Cristo está con nosotros todo el tiempo. Hemos leído acerca de que Dios nos da el Espíritu Santo para que more en nosotros cuando le entregamos nuestras vidas (3.24b). Hacemos nuestro verdadero hogar en Dios. Entramos en Su casa para vivir en Él en el momento de nuestra conversión a Él, no en el momento en que morimos y vamos a estar con Él. Además, Dios vive en nosotros. Nuestros cuerpos son los templos de Su Espíritu Santo; y, así como Dios les prometió a los israelitas que moraría con ellos en Su templo y estaría allí para ellos, nos promete que siempre morará en nosotros para guiarnos por el camino correcto. Por el Espíritu Santo que Dios nos ha dado, sabemos si estamos bien con Él.

Conclusión. Sabemos que estamos bien con Dios debido a nuestra relación con Él, nuestro amor mutuo y porque tenemos el Espíritu Santo. Las relaciones en la familia de los creyentes son vitales y transforman la vida. Nos dan significado, propósito y ayuda cuando sufrimos. También sabemos que el lado humano de la relación no es tan importante como nuestra relación con Dios que es para siempre.

Leon Barnes

Cómo vencer al mundo, 1ª parte

LA FE ES LA VICTORIA (5.1-4)

Juan no había terminado de amonestar a sus lectores acerca de la necesidad de amar a los que llevan el nombre de Cristo. Necesitaba definir qué quiso decir con amor. Para Juan y Jesús (Mr 12.28-31), el amor a Dios y el amor al prójimo estaban en el corazón de todo lo que Dios había mandado a Su pueblo. Sin embargo, ni Jesús ni Juan les permitirían a los creyentes olvidar que el amor es más que una emoción que va y viene dependiendo de las circunstancias. Otras palabras griegas para amor se centran en los aspectos emocionales del amor. La palabra *agapē*, si bien difícilmente priva el concepto de su poder emocional, incluye otros componentes. A medida que Juan se acercaba a las últimas palabras de su primera carta, unió el amor y la obediencia. El amor incluye elementos racionales. El amor es hacer; es guardar los mandamientos de Dios.

Amar a Dios quiere decir amar a Aquel a quien Dios ha enviado (Jn 7.29), a saber, Jesús. Jesús fue un profeta, sin embargo, fue mucho más que un profeta. Jesús de Nazaret, el hermano en la carne del cristiano, al mismo tiempo es partícipe de la eternidad del Padre (Col 2.9). Amar a Dios quiere decir amar y obedecer al Hijo; además, quiere decir amar y servir a todos los hijos de Dios. Quiere decir tratarlos con la dignidad y el respeto que merecen. Ni el amor del cristiano por Dios ni el amor de Dios por el mundo pueden ser separados de la obediencia a los mandamientos. Los mandamientos de Dios no son cargas que los cristianos soportan en su camino a la vida eterna; son la realización de las bendiciones de Dios en esta era.

¹Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendra-

do por él. ²En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos. ³Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos. ⁴Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.

Versículo 1. Juan sostuvo que hay tres formas esenciales para que el cristiano tenga la seguridad de que es un hijo de Dios: la fe, el amor y la obediencia. En 2.3-6, se ocupó de la obediencia; en 2.9-11, se ocupó del amor; y en 2.23-25, se ocupó de la fe. En 5.1, 2, regresó con renovado fervor a los asuntos que había analizado antes, pero los cubrió en orden inverso. En 5.1, el apóstol se dirigió a **Todo aquel que cree** y «el que ama». La fe y el amor, a su vez, llevan a guardar los mandamientos (5.2). El resultado de la fe, el amor y la obediencia fue un nuevo nacimiento y una nueva vida. El creyente está en Cristo habiendo **nacido de Dios** (ἐκ τοῦ θεοῦ γεγέννηται, *ek tou theou gegennētai*).

La segunda parte del versículo incluye un elemento de ambigüedad. Literalmente se traduce para decir: «El que ama al que engendró, también ama al que fue engendrado de Él». Lo que no está claro es si «el engendrado de Él» se refiere a Jesús o a un compañero de creencia. Las traducciones preservan solo en parte la ambigüedad para el lector en nuestro idioma. La Reina-Valera dice, **todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él**. La NASB consigna «ama al Padre» en lugar de «ama al que engendró», sin embargo, por lo demás, consigna la frase de manera similar. La NRSV, aparentemente en la búsqueda del inclusivismo femenino, va un paso más allá con «todos los que aman a los padres aman al hijo». Para ser justos, la palabra griega que

se traduce como «engendrar» puede referirse al papel del padre o de la madre en la procreación; es decir, puede querer decir «engendrar» o «dar a luz». Sin embargo, es importante notar que ninguna de las palabras griegas para «padre», para «padres [padre y madre]» o para «hijo» están de manera explícita en el versículo. Se tiene que depender del contexto para afirmar que Juan está instando a sus lectores a amar a sus hermanos cristianos.

El punto de partida de Juan parecía ser que la fe en Cristo y el amor por Él son axiomáticos para los cristianos. Jesús de Nazaret ha sido engendrado del Padre porque ha participado de la experiencia humana. Jesús ha nacido de Dios y es el receptor del amor de Dios; pero todos los creyentes, en virtud de su parentesco con el Salvador, también han nacido de nuevo. Juan buscaba persuadir a sus lectores, como dejan claro los versículos posteriores, que el amor que los cristianos deben tener por aquellos que comparten la fe es un amor que comienza en el amor de Dios por su «Hijo unigénito» (4.9). Los «hijos» que los cristianos han de amar son aquellos que comparten con ellos un nuevo nacimiento. El fundamento de la amonestación de Juan es que todos los creyentes comparten con Jesús la experiencia de haber sido engendrados por Dios.

Versículo 2. Amar al Padre requiere que el cristiano también ame al Hijo y a todos los que han sido engendrados por el Hijo. El apóstol no definió tanto el amor que los creyentes han de demostrarse unos a otros, como sí buscó evidencia de que el amor está presente. **En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos.** La definición del amor distintivo que Cristo impuso a Sus discípulos ha sido objeto de un interminable debate. El apóstol estaba más preocupado por un asunto pragmático. Llevó su razonamiento un paso más allá. La evidencia de que los cristianos se aman unos a otros se manifiesta por el amor que tienen por Dios.

El mandamiento global que gobierna la relación de un creyente con Dios y con sus hermanos en la fe consiste en «[guardar] sus mandamientos». Juan hizo eco de las palabras de Jesús: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Jn 14.15). El camino para amarnos unos a otros, dijo Juan, es primero amar a Dios. Desde la plataforma del amor, Dios entonces le enseña al creyente cómo ha de practicar el amor por los hermanos y hermanas como él, que han sido engendrados por Dios. Cuando las personas seculares no hacen referencia a Dios,

el amor se convierte en el mejor de los casos en una cualidad subjetiva y autodefinida. El amor quiere decir lo que sea que cada persona considere. Siguiendo ese rumbo, el amor no tiene un punto de referencia común. No tiene un significado igualmente aplicable para todos.

Versículo 3. El amor de Dios, según Juan, no era una abstracción. **Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos.** El apóstol no permitió ningún espacio entre los creyentes que le aman y los que guardan Sus mandamientos. Es al menos tan cierto que el comportamiento moldea las disposiciones y actitudes de una persona como lo es que las actitudes y disposiciones moldean el comportamiento. Jesús dijo: «Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor» (Jn 15.10).

Quizás la observación más contundente de Juan decía: **sus mandamientos no son gravosos.** Si un cristiano acudiera a un mentor respetado con la pregunta: «¿Cómo puedo aprender a amar más a Dios?» el mentor haría bien en responder: «Imagina lo que harías si amaras a Dios como quisieras. Haz lo que imagines y llegarás a amarlo como quieras». El creyente llega a amar a Dios viviendo como Él le ha mandado a Su pueblo que viva.

Cuando Jesús invitó a los cansados y cargados a venir a Él para descansar, concluyó diciendo: «porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga» (Mt 11.28–30). Muchos de los contemporáneos religiosos de Jesús abordaban la obediencia a la Ley de Moisés como una carga a llevar. El apóstol Pedro habló de la Ley como «[poner] sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar» (Hch 15.10). Guardar los mandamientos de Jesús no constituye una carga. La amargura, la traición y el repudio son cargas. La búsqueda desenfrenada de buenos momentos constituye una carga. El abandono del dominio propio que conduce a la adicción constituye una carga. Los mandamientos de Dios no son barreras para una vida de libertad y gozo; son fuente de libertad y gozo. Los cristianos que piensan en los mandamientos de Dios como simples cargas a llevar, se privan de la comunión y la amistad con Dios.

Versículo 4. ¿Qué quiso decir Juan cuando escribió: **Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo?** ¿Qué quiere decir ser «nacido de Dios»? ¿Quién es el que «vence al mundo»? Esta es la séptima de nueve apariciones del verbo

γεννάω (*gennaō*, «dar a luz» o «engendrar») en 1ª Juan (2.29; 3.9 [dos veces]; 4.7; 5.1 [dos veces]; 5.4; 5.18 [dos veces]). El griego tiene otras palabras que quieren decir aproximadamente lo mismo que *gennaō*, sin embargo, es, por mucho, el verbo más común que quiere decir «engendrar» o «dar a luz» en el Nuevo Testamento. Es el único verbo de este significado en la primera carta de Juan. En 1ª Juan, el verbo se usa ocho veces en tiempo perfecto y una vez en aoristo (5.18).

Juan nunca usó *gennaō* en su primera carta para referirse al nacimiento físico. En seis de las nueve ocurrencias, se refiere al avivamiento o renovación espiritual. «Nacer de Dios» quiere decir lo mismo que «ser salvo en Cristo». Los cristianos son «nacidos de Dios» (3.9; 4.7; 5.1, 4, 18) o «nacidos de Él» (2.29). En 5.18, el verbo se usa para referirse al mismo Cristo. En 5.1, el verbo aparece dos veces. En el segundo caso, puede que se refiera a que Dios engendró a Cristo. Incluso cuando Juan usó la palabra de Jesús de Nazaret, el enfoque parece haber estado en algo más que en Su nacimiento físico. A lo largo del Nuevo Testamento, *gennaō* tiende a usarse en el perfecto, y tiende a usarse para un nacimiento espiritual.¹ Pablo usó el verbo en aoristo con más frecuencia que Juan. Cuando el primero le recordó a Filemón que había «engendrado» a Onésimo estando en prisiones (Flm 10), usó el aoristo. Usó el aoristo nuevamente cuando comparó al «que había nacido según la carne» (Ga 4.29) con el que había nacido según el Espíritu.

Es seguro decir que, cuando Juan usó el verbo *gennaō* en su primera carta, se refirió al momento en el que la carga del pecado le es quitada a la persona, cuando se convierte en cristiano. Pablo se refirió al «lavamiento de la regeneración» (Tit 3.5), sin duda una referencia al bautismo. En el primer Pentecostés de la iglesia, cuando la multitud le preguntó a Pedro qué tenían que hacer, el apóstol respondió: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados» (Hch 2.38). Aproximadamente 3,000 respondieron favorablemente y fueron agregados a los salvos (Hch 2.41). Jesús le había hablado a Nicodemo acerca de nacer de nuevo en términos de agua y el Espíritu (Jn 3.5).

Cuando la audiencia de Pentecostés obedeció el mandamiento del Señor, cuando la fe los inspiró a arrepentirse y bautizarse, fueron salvos. Las

¹ En Tito 3.5 y 1ª Pedro 1.3, 23, se utilizan compuestos de *gennaō*.

palabras de Juan para el mismo evento salvador fueron «nacido de Dios». Es importante decir que, si bien el bautismo es la puerta por medio de la cual los perdidos se hacen salvos, no es un evento mecánico. El agua no salva; la sangre de Cristo salva. Cuando un pecador cree que Jesús es el Cristo de Dios, cuando se arrepiente y confiesa el nombre de Cristo, solo entonces es sujeto para el bautismo. Sólo entonces «nace de Dios» cuando es bautizado en Cristo.

El que es «nacido de Dios», dijo Juan, «vence al mundo». «Vence al mundo» porque por la gracia de Dios, ha vencido el pecado. Juan había escrito antes: «pero si andamos en luz, [...] la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado» (1.7). La sangre sigue limpiando al nacido de Dios porque persiste en caminar en luz. El pecado ya no gobierna (Ro 6.9). «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Ro 8.1). Vencer al mundo es vencer el pecado y sus consecuencias mediante la gracia de Dios en Cristo.

Juan escribió que la «victoria» (νίκη, *nikē*) «que produce la victoria» (ἡ νικήσασα, *hē nikēsasa*) es «nuestra fe» (ἡ πίστις ἡμῶν, *hē pistis hēmōn*). Como se ha señalado muchas veces, es la única aparición del sustantivo «fe» en el Evangelio y en las cartas de Juan. El verbo «creer» (πιστεύω, *pisteuō*) aparece muchas veces. La recurrencia del verbo en Juan, y la importancia de la «fe» en el resto del Nuevo Testamento, hace que la ausencia del sustantivo en Juan sea aún más notable. Es probable que los lectores minimicen su aparición singular en 1ª Juan 5.4. Cuando el apóstol escribió, **y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe**, está claro que consideraba que el concepto de la fe estaba cerca del corazón de la doctrina cristiana.

LOS TRES QUE TESTIFICAN (5.5–12)

Desde el siglo segundo al quinto, los teólogos han luchado por comprender la forma como coexistió la humanidad de Jesús de Nazaret con Su divinidad. Se escribieron documentos eruditos, se reunieron concilios de iglesia, se depusieron y nombraron funcionarios gubernamentales y de la iglesia a medida que la controversia crecía en intensidad. Disturbios trastornaron la vida doméstica; se perdieron vidas. Es difícil referirse a voces importantes en la iglesia primitiva sin indicar sus posturas sobre lo que se ha llegado a llamar «las controversias cristológicas».

Si bien los eruditos tienen muchas opiniones diferentes sobre la génesis y el progreso de las

primeras controversias cristológicas, parece que las descargas iniciales comenzaron a inquietar a las iglesias en el último cuarto del siglo primero. Términos como «gnosticismo» y «docetismo» entraron en el vocabulario de la iglesia. Fueron etiquetados como «gnósticos» porque enfatizaban el conocimiento sobre la fe. En algunos casos, los líderes gnósticos afirmaron que el Cristo ascendido se les había aparecido y les había dado un conocimiento especial sobre la naturaleza humana y divina del Cristo. «Docetismo» es una palabra griega que quiere decir «parecer». Los cautivados por la doctrina sostenían que Jesús era un ser totalmente espiritual. Solo parecía ser de carne y hueso.

Durante los primeros siglos de la era cristiana, Asia Menor, en particular la parte occidental del subcontinente, fue el lugar donde la iglesia ejerció su influencia con más fuerza. Basado en informes bien documentados, Juan pasó los últimos años de su vida en la región. Muchos sitúan la fecha de la muerte de Juan en la décima década del siglo primero, aunque puede que haya muerto en la novena o incluso la octava década. Juan parece haber vivido durante una época en la que un vigoroso clima filosófico pagano interactuó con los conversos cristianos. Esto llevó al gnosticismo y su corolario doctrinal, el docetismo. En oposición a ambos sistemas de pensamiento, Juan insistió en que Jesús había venido «en carne» (4.2). Afirmó que fue completamente humano y completamente divino. La confesión doctrinal fue crucial, sin embargo, el apóstol estaba igualmente preocupado por las implicaciones éticas. Si Jesús no era un ser de carne y hueso, los mandamientos de amar al prójimo como a uno mismo se habían debilitado.

En ningún lugar de 1ª Juan las preguntas sobre la persona de Jesús, Su humanidad y Su divinidad cobran mayor importancia que en 5.5–12. Juan presagió las controversias que preocuparían a la iglesia durante los siglos venideros. La sangre, el agua y el Espíritu fueron fundamentales para lo que el apóstol tenía que decir. Continuó insistiendo, como lo había hecho a lo largo de la carta, que Jesús fue completamente humano y completamente Dios. Solo en esa capacidad pudo dar Su vida como pago por el pecado.

⁵¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?

⁶Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre. Y el Espíritu es el que da

testimonio; porque el Espíritu es la verdad. ⁷Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. ⁸Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan. ⁹Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo. ¹⁰El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. ¹¹Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. ¹²El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.

Versículo 5. Dos veces en 5.4 y ahora una vez más en 5.5, Juan enfatizó que el cristiano **es el que vence al mundo**. «Vencer» (νικάω, *nikāō*) es afirmar nuestro dominio, nuestra victoria, sobre el mundo. Vencer al mundo es nada menos que la derrota del pecado tanto en su atracción interna como en su oposición externa. Desde el primer pecado en el huerto, ningún hombre o mujer había vencido el pecado con sus propias fuerzas. Juan nos dijo que Jesús lo ha hecho posible.

Lo que el apóstol quería que supieran sus lectores era que no estaban solos para vencer el pecado. Los creyentes no han sido abandonados en tal empresa; sus propios esfuerzos no son su único recurso. Vencer al mundo se logra mediante la asociación con Cristo, una asociación establecida mediante la fe. ... **el que cree que Jesús es el Hijo de Dios** tiene el poder de vencer al mundo.

Según Juan, el único camino a Dios era por medio de la revelación del Hijo de Dios, Jesucristo. Mientras que el sustantivo «fe» aparece solo en 5.4, el verbo «creer» es común en los escritos de Juan. Tener fe es creer que Jesús de Nazaret era el Cristo, y que Él sigue siendo el Cristo a la diestra de Dios (Hch 7.56). El creyente puede vencer al mundo porque Jesús ha vencido. Por medio de Él, la gracia de Dios ha sido revelada; Él ha pagado de manera vicaria el precio del pecado. Por medio de Él, la renovación y el perdón son la fortuna del pueblo de Dios. Por medio de Él, pueden vencer.

Vencer al mundo es en sociedad con el Hijo de Dios, el Cristo; sin embargo, el apóstol no le dio licencia al creyente para entregarle a Él la victoria. El creyente también tiene que estar completamente comprometido. El apóstol estaba en una página

opuesta a la de los anticristos. Primero, los cristianos han de amar a los hijos de Dios (5.2). Solo mediante ese amor su profesión de amor a Dios se vuelve significativa. En segundo lugar, y de manera más amplia, el creyente vence al mundo mediante la obediencia a Dios (5.3). «Su doctrina [la de Juan], por lo tanto, es que la fe en la Encarnación, creer en la aprehensión de la maravilla y la gloria de ella, facilita los mandamientos de Dios, es decir, el amor a Dios y el amor los unos por los otros».²

Versículo 6. Del Hijo de Dios encarnado, escribió Juan, **Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre.** Los comentaristas han debatido casi sin cesar el significado de las palabras «agua y sangre». Algunos sostienen que las palabras se refieren al bautismo y a la Cena del Señor. Un examen detenido revela que tal interpretación tiene algunas dificultades. Entre otras cosas, el agua no se relaciona con el bautismo de la misma manera que la sangre se relaciona con la Cena del Señor. El agua es el elemento en el que ocurre el bautismo, pero la sangre es lo que se representa con tomar el fruto de la vid. Además, es difícil entender cómo Jesús vino «mediante» agua en el bautismo y «mediante» Su sangre derramada en la cruz.

Otros han sostenido que el apóstol se refería al traspaso del costado de Jesús en Juan 19.34, 35 con «agua y sangre». Significativamente, solo Juan registró el incidente. Escribió que el soldado clavó una lanza en el costado de Jesús y que «salió sangre y agua» (Jn 19.34). Dado que la muerte de Jesús es el evento central del mensaje del evangelio, se le tiene que dar completa consideración a la interpretación. Aún así, es difícil entender por qué Juan habría dicho que Jesús vino «por» o «mediante» el traspaso de Su costado en la cruz.

Una tercera posibilidad es que «agua y sangre» en 1ª Juan se refiere al bautismo de Jesús y Su muerte. El ministerio de Jesús comenzó con Su bautismo en agua y terminó cuando derramó Su sangre en la cruz. De las tres explicaciones, ésta parece encajar mejor en el contexto.

Maestros gnósticos posteriores, y posiblemente los anticristos que enfrentaba Juan, tuvieron problemas para creer que Dios en la carne en realidad derramó Su sangre y murió. Muchos creían que el ser espiritual, el Cristo de Dios en forma de paloma, entró en el cuerpo de Jesús de Nazaret

cuando fue bautizado y partió antes de Su pasión. Es posible que Juan se haya enfrentado a maestros gnósticos que negaban que Cristo realmente sufriera la muerte en la cruz. La «sangre» de Cristo enfatizaba que Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, fue completamente hombre. El apóstol ya había dicho: «la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado» (1.7). En 5.6, 8 se referiría a la sangre de Jesús tres veces más. Juan fue inflexible. Fue el hombre físico Jesús quien experimentó el nacimiento, la muerte y la resurrección de entre los muertos, no un ser espiritual, no carnal ni celestial. Juan insistió en que el hombre Jesús también fue el Cristo divino. No solo vino por agua, en Su bautismo, sino también por sangre, por Su muerte en la cruz. Fue el mismo hombre, el mismo Ser, que fue bautizado y murió en la cruz. Vino **no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad.**

La mención que hace Juan del agua y la sangre podría ser un préstamo de algunos de los motivos sobre los que había escrito en su Evangelio. Jesús a menudo mencionó el tema de que Él era el agua de vida para quienes se acercaban a Él. El agua recuerda la limpieza que Jesús efectúa en la vida de quienes le conocen. Comenzando con Su bautismo y continuando hasta el bautismo del nuevo nacimiento, el agua es un recordatorio de la purificación provocada por Su muerte. Tanto el agua como la sangre conducen en la misma dirección, es decir, a la reconciliación con Dios y al perdón de los pecados.

Versículos 7, 8. Los críticos textuales comúnmente están de acuerdo en que, en la Reina-Valera, solo una parte de la redacción de 1ª Juan 5.7, 8 es del griego original. El pasaje, que incorpora parte de los dos versículos, a menudo se le llama en latín *Comma Johannium* (la «omisión de Juan»). Los dos versículos tomados juntos no son parte del Nuevo Testamento. Son un recordatorio en la Reina-Valera de la necesidad de preocuparse por la transmisión del texto bíblico. La historia de cómo y por qué la declaración sobre los tres testigos celestiales entró en la tradición del manuscrito es larga y compleja.

La importancia de la *Comma Johannium* es que establece la Trinidad de manera más explícita que cualquier declaración en el Nuevo Testamento. Sin embargo, la declaración del pasaje claramente no es parte de las primeras copias conocidas de 1ª Juan. La Reina-Valera tiene 5.7, 8 de la siguiente manera:

² David Smith, «The Epistles of John» («Las epístolas de Juan»), en *The Expositor's Greek Testament (El Testamento griego del Expositor)*, ed. W. Robertson Nicoll (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1961), 5:194.

Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan.

Sin la adición, los mismos versículos en la NASB consignan, «Porque hay tres que testifican: el Espíritu y el agua y la sangre; y los tres están de acuerdo».

La primera publicación del Nuevo Testamento en griego durante la era moderna fue realizada por un erudito holandés llamado Erasmo (1516). Antes de ese evento, la Vulgata Latina prevaleció. En su primera edición del Nuevo Testamento griego, Erasmo no incluyó la declaración sobre los tres testigos celestiales, que estaba presente en la Vulgata. La publicación del Nuevo Testamento en griego provocó un gran revuelo entre los eclesiásticos católicos de la Inglaterra contemporánea. La exclusión, que incorpora partes de los dos versículos, fue un punto de encuentro para quienes se oponían a la publicación. Erasmo, que nunca rompió con la Iglesia Católica Romana, hizo una promesa precipitada de que incluiría los versículos en su próxima edición si había alguna evidencia manuscrita en griego a su favor. Aparentemente, algunos monjes celosos se pusieron manos a la obra y escribieron una copia del texto griego que incluía la frase.

Erasmo cumplió su promesa. La tercera edición de su texto griego incluyó la frase en disputa. Fue la edición que se convirtió en la base del *Textus Receptus* (TR), que fue la traducción popular entre los eruditos del Nuevo Testamento hasta finales del siglo XIX. El TR (el «texto recibido», como se le llama a menudo en nuestro idioma) es más una tradición de transmisión que un texto establecido. Quiere decir que a medida que pasaban los siglos, se hicieron cambios menores; pero los tres testigos celestiales de 1ª Juan 5.7, 8 continuaron como parte de la tradición. Las traducciones que son posteriores a la Reina-Valera casi universalmente no imprimieron todo 1ª Juan 5.7, 8 en el texto del Nuevo Testamento, aunque la mayoría toma nota de la porción sobre tres testigos celestiales en una nota al pie. Los traductores de la KJV (versión en la que también aparece la *Comma Johanniim*) apenas conocían textos griegos anteriores al siglo X. Se puede entender por qué habrían incluido la *Comma Johanniim*. El hecho de que la NKJV mantenga la lectura es otro asunto. Los traductores de la NKJV sabían muy bien que la redacción de 1ª Juan 5.7, 8

tiene una historia dudosa. Su inclusión de la frase sobre los tres testigos celestiales trae interrogantes sobre el canon a un primer plano. La inclusión de palabras que claramente no formaban parte de la revelación a Juan nos recuerda nuevamente la solemne responsabilidad de los traductores de la Palabra de Dios.

Sin la porción de 5.7, 8 que no pertenece al texto, Juan declaró que el Espíritu, el agua y la sangre testifican en común que el hombre carnal, Jesús de Nazaret, fue la propiciación por los pecados. Tanto antes como después de Su bautismo, antes y después de ir a la cruz, Jesús era el Hijo de Dios y nuestro Salvador. El Espíritu dio Su testimonio por medio de la Palabra revelada por testigos apostólicos como Juan. Además, el Espíritu vive dentro del creyente. Se une al espíritu humano para capacitar la fe y testificar que los cristianos pertenecen a Dios (Ro 8.16). El Espíritu le permite al creyente vivir según la Palabra que Él ha revelado.

Además del testimonio interno, los cristianos conocen los testigos históricos de Jesús. Juan el Bautista testificó que el Espíritu descendió sobre Jesús como paloma cuando fue bautizado (Jn 1.32). Juan, el discípulo a quien Jesús amaba, testificó que Jesús derramó Su sangre y murió en la cruz (Jn 19.35). Desde el principio, cuando fue bautizado en agua, hasta el derramamiento de sangre en la muerte, mediante el testimonio histórico, los testigos presenciales certificaron la veracidad de las señales que Dios había dado. Por medio del Espíritu que mora en nosotros, junto con el agua y la sangre, los creyentes obtienen tranquilidad y empoderamiento para una vida piadosa. Tres testifican y «estos tres concuerdan».

Versículo 9. El apóstol insistió en su punto de que era Dios quien había dado testimonio de Jesús. A lo largo de Su ministerio, las señales de Dios habían testificado que el Hijo había venido del cielo. Juan quería que sus lectores reflexionaran sobre el hecho de que, de muchas formas, **recibimos el testimonio de los hombres**. El sentido común exige que consideremos que el testimonio de Dios es más valioso que los testigos humanos. Gracias al **testimonio de Dios** con que **Él ha testificado acerca de su Hijo**, los cristianos pueden estar seguros de que el hombre físico Jesús fue Dios encarnado (Jn 10.30). Durante el curso de Su ministerio, Jesús mismo había apelado al testimonio que Dios daba de Él (Jn 5.31–39; 8.18).

El daño hecho a las iglesias por los falsos profetas (4.1) nunca estuvo lejos de la mente de

Juan. El testimonio de Dios acerca de Su Hijo se contrapone a las afirmaciones de los anticristos que negaban que Jesús estuvo en la carne. La última cláusula cambia del presente al perfecto. Juan había dicho que si recibimos (en otras palabras, si tenemos el hábito de recibir) el «testimonio de los hombres», entonces el «testimonio de Dios», declaró, es infinitamente mayor. Usando el tiempo perfecto al final del versículo, el apóstol dijo que Dios «ha testificado acerca de Su Hijo». La idea es que Dios estaba testificando al presente a los cristianos, dando un testimonio que, en el pasado, había confirmado acerca de Su Hijo. La fuerza de lo perfecto es que el testimonio que Dios dio en el pasado tiene resultados que se extienden hasta el presente. Los cristianos de finales del siglo primero se unen a sus homólogos modernos y a todos los que se han interpuesto entre ellos. Dios da testimonio a lo largo de generaciones de que el Nazareno fue y sigue siendo el Salvador de los hombres.

Versículo 10. Además del testimonio histórico que Dios ha dado de Su Hijo, cuando se cree en Jesús, la bendición de estar en Cristo constituye un testimonio adicional de la verdad de la fe. **El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo.** El objetivo de un testimonio de cualquier tipo es generar confianza en el creyente. El testimonio adicional impulsa en él la verdad de todo lo que ha afirmado. Juan parecía estar diciendo que hay una dimensión de la fe que solo puede entenderse desde adentro. Solo cuando se ha llegado a estar en Cristo, se ha hablado con Él en oración, se ha sido testigo de Su respuesta, se ha aferrado a la esperanza de Su venida, solo por medio del vivir cotidiano con Él puede testificarse de la presencia viva del Señor.

Dios ha dado el testimonio acerca de Jesús. Rechazar el testimonio de Dios es acusar a Dios mismo de mentir. (Compare con 1.10.) ... **el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo** quiere decir elegir el mensaje de los anticristos sobre el mensaje de los testigos apostólicos como Juan. Es este rechazo del propio testimonio de Dios lo que lleva a los incrédulos en la dirección del pecado, es decir, a la muerte (5.16).

La fe comienza con la convicción interior, pero incluye más. En el bautismo, el cristiano confiesa con un audaz respaldo corporal su participación en una compañía de creyentes. En el curso de su bautismo, Dios quita el pecado de sus hombros

(como Él quitó el pecado de los hombros de otros creyentes) y transporta la culpa al Mesías sufriente. Dios agrega creyentes obedientes a la compañía de los salvos, los redimidos. Por medio de la participación continua del cristiano en la Cena del Señor en el Día del Señor, obtiene fuerza de sus prójimos creyentes y empoderamiento por medio del Espíritu Santo. En el compartimiento de la «comunidad unos con otros» (1.7), los creyentes participan del poder limpiador de Su sangre.

Versículo 11. Cuán alentador es el hecho de que la promesa de la vida eterna comience en la era presente. El apóstol no dijo: «nos dará vida eterna». Él dijo: **Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna.** Redención, salvación del pecado, comunión con Cristo, participación en el reino de Dios, todo comienza con la confesión de que Jesús de Nazaret es el Cristo de Dios. Aún así, hay algo más por venir. Aún no se han realizado todas las bendiciones.

Juan no ensayó el contenido del mensaje que había predicado y sus lectores habían creído. Más bien, enfatizó el resultado del mensaje, un resultado con dimensiones tanto para esta era como para la próxima. El testimonio de Dios es que Él mismo nos ha dado vida eterna, **y esta vida está en Su Hijo.** Era característico de Juan equiparar la «vida» con la vida en Jesús. No hay otro tipo de vida. El regalo de la vida llega a los creyentes porque Dios se lo ha dado. Dios ha tomado la iniciativa. Él la ha dado; no se gana ni se merece. Es mejor entender lo que Dios ha dado y el testimonio que Él ha dado como una referencia al ministerio terrenal de Jesús, pero no violentaría esta referencia entenderla como una referencia al testimonio que Dios dio al pecador en su conversión.

Versículo 12. Tener al Hijo es vivir en comunión con Jesús (1.3). El apóstol continuó enfatizando que la vida eterna es posesión del creyente ahora. Con la característica brevedad, resumió el apóstol, **El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.** Hay un sentido en el que las bendiciones de Cristo son realizadas por el que tiene fe, y hay un sentido en el que las bendiciones están por llegar. Es interesante comparar la forma en que Juan puso fin a esta carta con la forma en que puso fin al Evangelio. (Vea Juan 20.31.) Juan afirmó que el camino a la vida estaba en Jesucristo; según él, no había otra forma. El camino de Cristo no es uno entre muchos que uno puede elegir. Él es *el* camino.

(Viene de la página 2)

mente formas de evitar la muerte de sus pacientes. Jesús declaró: «yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Jn 10.10b).

No hay nada en este mundo peor que una persona sin amor. Considere su propia condición cuando usted aborrece o resiente a alguien. La hostilidad que brota en nosotros cuando albergamos odio y resentimiento en realidad nos hace enfermar. Los estados de ánimo depresivos son a menudo el resultado de tales pensamientos negativos. Recuerdo a un tartamudo cuyo problema en el habla se debía a su resentimiento y repudio hacia su padre.

El amor es generador de vida. Juan dijo: «Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos» (1ª Jn 3.14a). Este es un versículo interesante. La palabra *metabekamen*, de *metabaino*, se traduce aquí como «hemos pasado». La palabra literalmente quiere decir «haber emigrado». Esto está de acuerdo con el concepto del nuevo nacimiento que Juan ya había analizado. Cuando permitimos que el amor entre en nuestras vidas, tenemos un renacimiento moral y espiritual. Nuestro amor en realidad nos hace experimentar un renacimiento, porque cuando amamos a Cristo, cumplimos Sus mandamientos.

La naturaleza de esta nueva vida es significativa. Lo que Juan estaba diciendo aquí es que estamos más que justificados; hemos pasado efectivamente de un estado de condenación a un estado de aceptación. Nuestras vidas han cambiado totalmente. ¡De hecho, hemos sido regenerados o revividos nuevamente! Cuando esta regeneración tiene lugar en nuestras vidas, experimentamos la vida abundante que Jesús vino a traer. El amor, entonces, es fuente de vida.

EL AMOR SUPREMO: ILUSTRADO EN LA VIDA

Qué tragedia es para una persona experimentar el nuevo nacimiento solo para volver a sus viejas costumbres. Pedro dio una figura muy pintoresca de esto en la siguiente ilustración:

Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado. Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno (2ª P 2.21, 22).

Ninguna vida puede ser nueva si se basa en

viejos estándares. Es cierto en todos los ámbitos de la vida y especialmente en la vida cristiana. Si me mudara a otro país, tendría que adaptar mi forma de vida a los nuevos estándares. No podría convertirme realmente en parte de la nueva cultura mientras me aferro a las formas culturales del pasado. Lo mismo es cierto si uno se convierte en hijo de Dios. No se puede llevar una vida de pecado mientras se reclama una herencia como hijo de Dios. Pablo lo expresó de la siguiente manera:

Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado (Ro 6.5-7).

En Colosenses 3.1-4, dijo:

Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. [...] Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.

El amor supremo del que habló Juan, por tanto, tendrá un gran efecto en nosotros. Nos convertimos en nuevas criaturas; ya no vivimos como viven los que están en el mundo. Quiero sugerir cinco formas específicas en las que este amor supremo debe ilustrarse en nuestras vidas. Primero, enseña una nueva verdad sobre el hombre: el hombre es precioso a los ojos de Dios. El amor de Dios ha hecho que Él cuide de nosotros. En cada uno de nosotros reside una profunda necesidad de ser necesitado por los demás. A Dios sí le importamos. En segundo lugar, crea un nuevo deber. Cuando amamos profundamente, aprendemos a cuidar de los demás. Ese cuidado se interpreta como una nueva preocupación por los demás. Luego redirigimos nuestras vidas hacia los demás. ¡Qué gozo es vivir para los demás! Jesús dijo «más bienaventurado es dar que recibir» (vea Hch 20.35). En tercer lugar, nos convertimos en una nueva inspiración para la humanidad. Qué ejemplo de amor es ver el amor cristiano en acción. Recientemente, estaba hablando con un cristiano cuyos parientes no eran cristianos. Una tragedia golpeó a la familia y la benevolencia cristiana mostrada por los miembros de la iglesia influyó para siempre en toda la familia.

En cuarto lugar, el amor supremo proporciona una nueva prueba de carácter: la de compartir. Qué contraste de carácter vemos cuando comparamos al rico y Lázaro en Lucas 16.19-31. Aquí había un

individuo que estaba vestido de púrpura y que vivía suntuosamente todos los días. Sin embargo, un mendigo pobre se destacó como el mayor ejemplo de verdadero carácter. El hombre rico ilustra a alguien que ha permitido que los tesoros de este mundo manchen su carácter. En quinto lugar, el amor supremo exige que nuestras vidas sean transformadas. Juan enfatizó que no debemos dejar que nuestro amor sea «de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad» (1ª Jn 3.18). Qué tremendo impacto tendrían nuestras vidas en el mundo si pusiéramos nuestro *agape*, o amor, en acción. «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros» (Jn 13.35).

Juan enfatizó el contraste entre la vida y la muerte. Quienes han dedicado su vida a los demás y practican el amor en sus vidas han pasado de muerte a vida. Nuestro comportamiento normal como seres humanos sería llevar vidas pecaminosas. Sin embargo, Juan enfatizó el impacto del aborrecimiento sobre nosotros al decir que «Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida» (1ª Jn 3.15a). Jesús lo había enfatizado en el Sermón del Monte. Jesús enseñó que el motivo que gobierna nuestras vidas es más importante que el acto real. En otras palabras, si podemos corregir al hombre interior, el hombre exterior encajará en su lugar. Jesús dijo:

Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego (Mt 5.21, 22).

El amor, para ser eficaz, tiene que ser representado. No podemos simplemente decir: «Te amo» y dejarlo ahí. Nuestro amor tiene que ser puesto en acción. *Agape* realmente implica pensar y actuar en el bienestar de los demás.

En una clase que estaba enseñando, más de la mitad de la clase indicó que sufrían de depresión, no solo uno o dos días, sino una depresión más prolongada. Esto me hizo pensar profundamente en este problema. ¿Por qué la mitad de las per-

sonas de mi clase sufrían depresión? Creo que podría haber sido el resultado del tipo de énfasis que tenemos en la vida hoy. ¿Queremos que nuestros hijos aprovechen al máximo la vida! ¿Hemos pensado seriamente en la necesidad de inculcar a nuestros jóvenes la importancia de *dar* lo máximo, en lugar de *esperar* lo máximo? Cuando realmente podamos aprender a dar de nosotros mismos, entonces aprenderemos el verdadero significado del amor cristiano. Cuando volvemos nuestras vidas hacia afuera, entonces encontramos una respuesta a los problemas que encontramos hacia adentro. Los momentos más emocionantes de mi vida han sido aquellos en los que he estado involucrado en hacer algo por otra persona. Hace muchos años, le pregunté a mi buen amigo, Earl West, cómo se supera la depresión. Su respuesta fue: «Encuentra algo que disfrutes hacer e involúcrate tanto que no tengas tiempo para pensar en ti mismo».

Cuando todavía era un niño, decidí que un día trataría de llegar al final del arco iris. Había oído que se podía encontrar una olla de oro al final. Le dije a mi madre un día después de una lluvia, cuando había un hermoso arco iris en el cielo, que iba a buscar la olla de oro. Comencé mi caminata por la colina. Finalmente, cuando casi me perdí de vista, mi madre me llamó. Luego me dijo: «Hijo, si buscas la felicidad, nunca la encontrarás. Mantente ocupado y serás feliz sin así planearlo». Es precisamente lo que nuestro Señor quiso decir cuando dijo: «Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal» (Mt 6.34).

CONCLUSIÓN

El amor supremo del que habló Juan proporcionará respuestas a la mayoría de los problemas que tenemos en la vida. Transformará nuestras vidas de manera tan drástica que nos comprometeremos con el Señor. Esto, a su vez, hará que cambiemos nuestra atención de un enfoque interno en nuestros propios deseos a un enfoque externo. Inconscientemente, nos convertiremos en las personas más felices del mundo. ¿Vale la pena el sacrificio para usted? ¿Por qué no intentarlo? Quizás le guste.

Morris Womack

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).

This is part five of a Spanish translation of "1, 2, 3 John."
Truth for Today, 2209 Benton Street, Searcy, Arkansas 72143, USA
www.biblecourses.com